El viaje del Predicador

Alejandro Sobrino

Image not found.

Capítulo 1

El viaje del Predicador

Episodio I - Duelo de cazadores

Aaron condujo su Mustang a través de calles adustas, frías, llenas de papeles, cartones, botellas rotas y vagabundos, almas desdichadas que habían venido huyendo del norte y las grandes ciudades de San Lorenzo.

Muchos de los que venían a Shaunavon lo utilizaban como un punto más de paso rumbo a Vancouver, la única gran urbe de Canadá que no había sido tocada por la Epidemia, aunque otros preferían quedarse en ese pequeño pueblo, engordarlo un poco más, y confiar en que ese lugar perdido de la mano de Dios fuera lo bastante anónimo como para pasar desapercibido por la catástrofe.

Ingenuos. Con la de gente que aparecía allí, tarde o temprano alguien traería la Epidemia con él. Y los que fueran a Vancouver encontrarían una ciudad con muchos otros problemas, como la crisis económica, la creciente delincuencia, el gobierno policial… por no hablar de las inundaciones y terremotos constantes, sacudiendo el continente desde hace años.

Aaron se preguntó durante unos segundos que es lo que haría él. ¿Huir? ¿Desafiar? ¿Rezar? *Eso último es lo que me pega, ¿no?*

Como para despejar sus pensamientos, apretó los nudillos y con un volantazo giró en la siguiente curva. Un transeúnte recibió una lluvia de agua y barro como propina, y le dedicó una buena retahíla de insultos. Aaron le ignoró y miró más allá, a la casa de detrás.

Un jardín de hierba seca servía de escenario para una extraña homilía. Habría una veintena de personas. Sentados, arrodillados o alzados, todos miraban un estrado de madera alzado frente a la vieja residencia, en la que destacaba una gran cruz hecha con dos postes de electricidad, y en el centro, una cornamenta de ciervo que sobresalía fría y pálida, como un tropel de tentáculos blancos. Esa forma hizo arrugar el labio a Aaron. La silueta asomaba afilada y grotesca, añadiendo un elemento de salvajismo, de locura. Se le encogían las tripas.

Les sermoneaba un hombre con una túnica de un blanco desleído. Creyó por un momento que era un monstruo con cabeza de venado, salido del

infierno. En realidad, solo llevaba una máscara de ciervo, prieta al rostro. Todavía goteaban algunas gotas de sangre, y aunque no podía oírlo entre el barullo, Aaron se imaginaba el sonido del goteo sobre el suelo como una bomba que retumbaba en un mar de silencio. *¿Será posible…? ¿De verdad está recién arrancada?*

—¡No temáis, hijos míos! ¡Pues el Señor nos ha enviado la Salvación! ¡Todavía hay esperanza en esta tierra malsana, maldita como lo fue Egipto con el poder de las Plagas!

La gente asentía y hacía pequeños comentarios de afirmación. Aaron sacudía la cabeza.

—¡El camino nos lo ha mostrado su Espíritu, encarnado una vez más para salvarnos! ¡Nos fue dado para el sacrificio, y con él, como el Cordero de Dios, seremos limpiados del Pecado!

—¡Amén! —exclamó el reducido público, al unísono.

¿En serio?

—Su Carne será nuestro pan. Su Piel, el tabernáculo. Y su Sangre, el vino santo de la Eucaristía. Reuniros conmigo al próximo ocaso, y beberéis la Salvación del Ciervo Sagrado de Dios.

La gente se puso en fila, subió al estrado, y el… "predicador" les marcó la frente usando los cinco dedos, dibujando algo que parecían los cuernos de un ciervo.

Eso colmó la paciencia de Aarón. No pensaba ver más de ese espectáculo de locos. Apretó los puños y aceleró hacia su destino. Mientras se alejaba vio a un hombre junto al sacerdote, su rostro ensombrecido por un ancho sombrero y una bandana, que le seguía con la cabeza.

•

Todavía cohibido por el espectro de malos recuerdos, Aaron encontró el lugar. Una iglesia bastante pequeña y provinciana, sin campanario ni grandes estatuas. Un templo propio de un pueblo. Y lo habían convertido en una taberna que a esas horas se encontraba repleta.

Es lo que tenían los tiempos de la Epidemia y todo lo demás. Ya no había límites, ni estándares ni moldes. Todo lo que se consideraba inviolable se había disuelto como un azucarillo. Puede que para Aaron también.

Se tironeó un poco del alzacuellos, y pensó en lo poco que le cabreaba esa iglesia usurpada y lo mucho que le cabreaba esa secta. ¿Por qué? Sabía la razón, y llevaba largo tiempo intentando acallarla. Comprender sus

sentimientos no era una piedad que se concediera muy a menudo, al menos si no quería concluir que era un desgraciado, una conclusión que le acababa llevando por derroteros impropios de un sacerdote. *Supongo que también los moldes se han acabado para gente como yo.*

Se levantó un poco parte de la sotana y sacó el móvil del pantalón. El brillo de la pantalla le cegó por un momento en esa noche oscura.

"Soy Sussane. Tengo que hablar contigo. Estoy en un pequeño pueblo, Shaunavon. Por favor, es muy importante que vengas. Se trata de Rachel. Te lo ruego, ven a Shaunavon."

Llegados a este punto, ya no tenía mucho sentido dudar. Había recorrido medio país para llegar hasta allí. Al contrario, *aún estoy a tiempo. Puedo dar la vuelta y regresar. ¿Qué puede tener que decirme sobre Rachel? Eso se acabó. Todo se acabó.*

Como para convencerse, se tocó las cicatrices de las muñecas.

Durante ese preciso instante, creyó entender todo ese odio que sintió cuando veía a ese predicador soltando toda esa mierda. Con eso sabía que para él, nunca acabaría.

Sacó la pistola de la guantera y la guardó bajo la sotana. Inspiró y salió del coche.

No le sorprendió recibir algunas miradas de reojo, murmullos y alguna que otra risita a su entrada en la cantina. Aaron mantuvo la barbilla alzado, y con el rostro más plácido que encontró, buscó con la mirada.

Oyó a alguien chistar.

Giró la cabeza y vio a Sussane sentada en una esquina, en un lugar donde ni las lámparas ni la estufa llegaban a desplazar la penumbra.

Hacia como tres años que no veía a esa mujer, y, para su sorpresa, ese convulso periodo no la había cambiado en exceso. Su mata de pelo rubio desordenado, encrespado la envolvía un rostro pequeño, triangular y afilado. Sus ojos eran grandes y expresivos, demasiado para el gusto de Aaron, porque en ese momento no le gustó mucho lo que expresaban.

—Aaron, yo… Dios, yo…

—No deberías jurar en vano. *¿Era en vano?*

Sussane se encogió de hombros y se agarró a su copa como si una ola la

arrastrara. Mangas largas de un suéter le cubrían los brazos.

—No creía que volvería a verte… No después de todo lo que pasó. Es que…

—Dilo. Estoy horrible.

—No es algo físico.

—Sí que me han salido canas en la barba. —Aunque pretendía ser una broma, Aaron no hizo ningún amago de reírse.

—Soy una idiota. Lo último que necesitas…

—Lo último que necesito es que me trates con lástima.

Sussane dio un respingo, y vació media copa de un trago abrupto. Ahora que podía observarla mejor, algo sí que había cambiado. Tenía las marcas de expresión alrededor de la boca más marcadas, la piel más pálida, un tic en uno de los párpados. Cuando uno se dedica a un oficio como el de Aaron, analizar rostros y expresiones es una cualidad que se adquiere por si sola.

—Lo siento. Dime, ¿cómo te ha tratado el tiempo estos últimos años? Oí que volviste a la finca y al pueblo. ¿Te has estado dedicando a administrar un poco de fe?

—Sí. Más o menos. Pero no he venido aquí para que me preguntes como han ido las cosas.

Sussane soltó el aliento por la nariz.

—Esa sinceridad desbordante siempre te ha sido muy característica. De siempre. También antes de lo que pasó.

La seguridad con la que Aaron había bajado del coche se derrumbó, y apoyando un brazo en la mesa, comenzó a levantarse.

—No, espera, por favor. Lo siento, es que… yo también soy de allí, ya sabes…

—Me llamaste aquí por algo, Sussy. No he venido a este antro por placer. Así que suéltalo ya o me largo.

Como dando más vivacidad a sus palabras, un vaso se estrelló contra el suelo. El ruido se expandió con las esquirlas que rodaban por el suelo. Dos borrachos comenzaron a pelearse, pegados el uno al otro como amantes. Pese al alboroto, Aaron distinguió con nitidez el crujido de un puñetazo

que partía un diente, el chirrido de una cuerda vocal como reacción al dolor, la respiración densificada y coagulada, brotando en finas briznas. Una riada de sensaciones pasadas anegó su mente, suficiente, pensó, para que le ahogaran en sufrimiento. Pero, contra todo pronóstico, era como cuando escuchaba una canción con nostalgia, cuando todo lo anterior, cualquiera que fuera su cualidad, parecía mejor.

—Confiésame.

Sussane señaló un confesonario hecho de madera tosca, seguramente reconstruido un par de veces, y seguramente ninguna de ellas en los últimos tiempos.

Aaron sacudió la cabeza.

—Parece mentira que no lo sepas, Sussane. Yo no soy un católico. ¿A qué viene esa petición?

—Tú hazlo, demonios —maldijo ella. Miró alrededor y le instó con la mirada.

Entonces lo entendió. Con sosiego fueron esquivando los bancos de la antigua iglesia donde ahora se sentaban los comensales. Llegaron y Aaron se sentó con las piernas abiertas y la espalda curvada, en ningún caso con una postura que indicara intención de absolver a nadie.

—No sé cómo va esto —gruñó Aaron, y se aclaró al garganta—. Dime, ¿has pecado?

—Más de lo que me gustaría —murmuró Sussane a través de la rejilla.

—Explícamelo.

Sussane levantó la cabeza, y le miró con esos ojos grandes y tristes. Se acercó para susurrar, y Aaron se inclinó para oírla.

—Uno de sus lacayos está aquí —dijo a toda velocidad—. Un médico. Se llama Ronald Gale. Recuerdas a Tom, mi marido, ¿no? Pues hablé con unos amigos suyos del Gobierno, después de… todo lo que os pasó, y se metieron en la base de datos del Sistema Nacional de Salud, para averiguar algo de Rachel.

Aaron tensó su expresión.

—¿Y? —preguntó a desgana.

Sussane tragó saliva.

—En la ficha de Rachel consta una operación de cesárea, practicada hace cuatro años. Aaron, estaba embarazada.

Por mucho que Aaron hubiera conseguido templar su rabia y comprimirla hasta doler, nada le había preparado para un anuncio similar. Lo primero que hizo es agarrar la rejilla e introducir los dedos hasta estrujarla. Notaba la vena de la sien como si le fuera a estallar.

—Cómo esto sea una broma de mal gusto, Sussane, te juro que…

—¡Es la verdad, joder! Todo lo que he podido averiguar, al menos. Si al menos supiera algo del estado de Rachel.

—Y para que tenías que…

Aaron se interrumpió. Paladeó su boca buscando un mínimo rastro de saliva. *¿Por qué tenías que remover nada? Los mataron a todos. Y yo sobreviví por pura suerte. Fin de la historia. Lo superé. Estaba… pasando… página…*

—Eso es todo lo que sé —concluyó Sussane, temblorosa.

Aaron inspiró y expiró.

—Pues ve en paz.

—Aaron…

La mirada que le dirigió ardía tanto que Sussane lo rehuyó y centró su atención en un tablón del suelo.

—Estaré por aquí unos días. Por si…

Movió un poco más los labios, sin llegar a completar la frase.

Se levantó, dejó un par de dólares en la barra y se marchó a paso rápido.

Un parroquiano de aspecto desgarbado la miró con una sonrisa burlesca, y luego se acercó a Aaron.

—¿Conoces el número de esa tipa, reverendo?

Aaron se levantó y le miró a los ojos, amarillentos de años de alcoholismo.

Pudo noquearlo de un solo puñetazo, seco y certero. El ruido que hizo contra el suelo dejó a toda la taberna en silencio. Aaron agitó un poco los nudillos con gesto de disgusto. No recordaba que eso dolía.

—Sí, lo sé —murmuró.

Luego se acercó a la barra, donde estuviera el altar, y pidió algo de beber. El tabernero seguía con las cejas levantadas.

—¿No se supone que es usted el que debería parar las peleas, buen hombre?

—¿Y no lo he hecho? —Aaron se sentó en un taburete—. Antes de que empezara.

•

Aaron se pasó una hora allí dentro, saciando sus penas con el alcohol, y luego durmió un par de horas en su Mustang. Despertó todavía inmerso en la resaca, inmerso en la noche, clareada con el gris de nubes ligeras, que habían teñido con una fina capa de nieve las calles de Shaunavon. Una sirena le hizo desperezarse, y vio por la ventana como una ambulancia sacaba a un tipo inerte de la taberna.

—¿¡Dios, cuántos comas etílicos vamos a tener este puto mes!? —exclamó un enfermero al otro cuando elevaron la camilla.

—Mejor esto que la Epidemia… —repuso el otro.

Aaron siguió con una mirada pesada las luces de la sirena, bailando entre las parcas farolas y enrojeciendo el césped, la nieve y el barro. Su giro se le hincó en la cabeza con un dolor insoportable, hecho de aspas duras y afiladas. *No, aspas no. Nada de aspas.*

Había tenido una idea, aunque claro estaba, una parte de él todavía se oponía. Aquella que había decidido la paz, la paz consigo mismo. *¿Pero cómo puedo estar en paz, con un hijo perdido por ahí? ¿Es posible?*

¿Si estabas en paz, por qué has venido? Respondió una voz lejana.

Arrancó el coche y siguió a la ambulancia Las calles de Shaunavon rebosaban cada vez con más gente, y con más basura. Casi atropella a un ladrón que huía con la cartera de alguien. Quizá debería haber apretado el acelerador.

La llegada a las puertas del hospital le perturbó. El local que albergaba las instalaciones sanitarias no dejaba de ser el apto para un pueblo de menos de dos mil personas: un edificio sencillo, de un blanco inmaculado, de una

sola planta. A su alrededor, las tiendas de campaña habían crecido como tumores, mezcladas las carpas anaranjadas de los servicios de urgencias con pequeñas tienduchas de particulares que venían a ayudar o a ser ayudados. Y entre todo esto, alguna que otra caravana estaba aparcada sobre los jardines, con las luces de su interior como único signo de presencia humana.

Aaron negó con la cabeza.

—Encantador.

Aparcó en la esquina menos transitada que encontró, esperando que el coche no sobresaliera mucho y atrajera la atención de algún oportunista.

En cuanto se bajó, vio salir del parking del hospital un par de furgones de aspecto metalizados, donde las luces de la noche se licuaban y ardían sobre la chapa gris. Pasaron delante de él a toda velocidad, calle abajo.

En las puertas de la recepción se encontró a un médico con la túnica hecha un asco, leyendo un informe con los ojos acelerados. Cuando vio que Aaron repasaba el nombre de la plaquita que llevaba en el pecho, se detuvo.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo de malos modos—. Parece bastante sano, y aquí solo se le necesita si quiere dar la extremaunción. No nos vendrían mal un par.

—No. Yo no… *Que no soy católico.*

—Pues entonces vete. Si eres un perro del Ciervo Sagrado, que sepas que se han llevado los cadáveres. Condenados ladrones.

—¿Qué?

El médico echó la mirada a otro lado y comenzó a andar.

—¡Eh, oiga! —Aaron le agarró del hombro—. Yo no soy…

El médico se apartó como si le hubiera mostrado un cuchillo.

—No me toque o llamaré al sheriff.

—Tranquilo, tranquilo… —dijo Aaron en tono relajado.

El médico le echó una última mirada antes de alejarse por un pasillo. Aaron se masajeó la frente para dilatar así su rabia. *De todas maneras, no*

era Ronald Gale.

Se dirigió al mostrador de recepción, esperando una mejor bienvenida. La recepcionista era una joven menuda que hablaba por teléfono sin parar, mientras revisaba una lista electrónica.

—Lo siento, ya le he dicho que no está aquí. Ya… Mire, si cree que está en la comarca, debería usted llamara a los hospitales de la zona. Pero nuestras listas están actualizadas. Sí… Sí, no. Ya lo he comprobado, señora…

La recepcionista puso los ojos en blanco y le hizo un gesto de paciencia a Aaron. El sacerdote asintió y apoyó un codo en la mesa.

Tardó otro par de minutos en colgar, momento en que otro médico apareció para pedirle una lista con sus siguientes citas.

—Ahora mismo, doctor Johannson. Dígame, señor, ¿qué desea? —preguntó mientras a Aaron, con una educación impecable y un ligero acento francés.

—Sí, verá… Estaba buscando a uno de sus médicos. El doctor Gale. Ronald Dale.

La mano de la recepcionista se congeló. Aaron percibió como la chica miraba de reojo al doctor, antes de enarbolar una nueva sonrisa.

—Lo siento, señor, el doctor Gale no está disponible. Pero si desea algún otro médico…

—No, no se trata de un problema médico. —Aaron endureció su voz—. Quiero ver al doctor Gale.

—Es que… el doctor Gale está ahora muy ocupado…

—Yo me encargaré de esto, René —intervino el doctor. Cogió la lista de la mano tiesa de la recepcionista e invitó a Aaron a acompañarle.

No es que a Aaron le inspirará mucha confianza, dadas las anteriores muestras de hostilidad. Comprobó con disimulo donde guardaba la pistola, antes de asentir con desgana y seguir a Johannson.

No costaba percatarse de lo desbordados que estaban. Las camillas y sus pacientes se agolpaban por los pasillos, con sus equipos de respiración, los sonidos de su pulso y las bolsas de suero colgando bajo las frías luces. Ni en Vancouver ni en casa había visto algo así.

—Ahora entiendo el estrés de los empleados…

—Disculpe sus modales, llevan unas semanas malas, señor, eh…

—Aaron.

— ¿Usted no es de aquí, verdad?

—Se nota demasiado —refunfuñó Aaron.

Johansson soltó una carcajada. Su eco rasgaba los gemidos de los enfermos.

—Si fuera usted me quitaría esa ropa. No se lo tome a mal. Si de verdad es reverendo, no creo que el atuendo sea esencial.

Ahí está la duda.

—¿Por qué?

Johansson se detuvo en una esquina, miró a los lados, y se acarició una de las cejas.

—Un… extraño culto ha ocupado el lugar de las religiones más ortodoxas en Shaunavon. En estos lugares pequeños, crecen con avidez. Esa Hermandad del Ciervo Sagrado tiene costumbres peliagudas, y cada vez busca imponer con más virulencia sus doctrinas al resto.

—¿Y por qué la policía no les ha encerrado?

—Porque sus fieles ya les triplican en número, buen hombre.

—Pues deberían haberlos matado cuando todavía eran pocos —susurró, aunque su voz alcanzó los oídos de Johannson.

—Puede que sea usted un religioso, pero no parece ser muy tolerante con los de distinta fe… —dijo algo divertido.

—Como usted diga. —*Quizá no es mala idea lo de cambiarse de ropa*—. ¿Me va a decir ya dónde está el doctor Gale?

El semblante de Johannson volvió a ensombrecerse. Con un solo dedo señaló al otro lado de la esquina. Un pequeño pasillo que acababa en una ventana negra les recibió.

—Ronald Gale murió hace dos meses.

La noticia cayó como un jarro de agua fría. *Para esto ha servido todo. Una esperanza que acaba en un callejón sin salida.*

—¿Cómo?

Johannson se encogió.

—Oficialmente, nadie sabe de su muerte. Él era un hombre sano. Solo algo de sobrepeso, robusto como un roble. Pero su comportamiento se volvió extraño. Obsesivo. Hasta cierto punto, errático. —Johannson tragó con una abrupta bocanada—. Un día, lo encontramos ahí tirado, en su despacho. Estaba deformado, ahogado en un charco de sangre.

Aaron sintió un escalofrío.

—¿Lo asesinaron?

Johannson negó con la cabeza.

—No había signos. No hemos podido determinar las causas a ciencia cierta, pero tenemos sospechas que debería difundir.

Aaron chistó y miró a su espalda. Nadie estaba cerca, ni les hacía caso.

—¿Le vale con mi palabra de reverendo?

Esta vez, ninguna carcajada salió de la boca del doctor Johannson. Solo un par de palabras, más intuidas que pronunciadas.

—La Epidemia.

A diferencia de la mayoría de la humanidad, esas palabras ejercían poco efecto en el ánimo de Aaron. Puede que se equivocará (y en el fondo de su corazón estaba seguro de que así era), pero él había vivido horrores mucho más dolorosos, y torturas mucho más duras que lo que cualquier enfermedad pudiera quitarle. En el fondo, hasta sentía curiosidad por lo que había provocado todo este caos. *Dios quiso alejarme de ella, ¿no? Solo por eso, no me importaría acercarme un poco.*

—No le veo muy afectado…

—Ya lo sabe. No soy de este pueblo. Y con suerte, no estaré aquí mucho tiempo.

—No me refiero a eso… —Johannson arrugó los ojos—. Es por Gale. Creía que usted era un familiar o un amigo. Un conocido, al menos.

Aaron se frotó el alzacuellos, pensativo.

—Basta con decir que tenía cosas que hablar con él.

Johannson observó su reloj e hizo un gesto de impaciencia.

—Muy bien, eso me basta.

Dio un par de pasos hasta quedar frente a una puerta blanca con una plaquita de plástico. En el papel de debajo decía "Doctor Ronald T. Gale. Especialidades: Ginecología, Oncología, Hematología." Johannson sacó una llave vieja. Se introdujo por la cerradura con una serie de crujidos que sonaban a quejas, los sonidos de algo que se despierta y que quizá debería dejarse dormir. Tras un último clic, la puerta chirrió y se hundió en la oscuridad.

—Puede ver su despacho, por si algo le interesa…

Johnnason pulsó el interruptor de la luz, y los halógenos del techo dieron un flashazo como un rayo, antes de que un sonido bajo y quejumbroso anegara todo el hospital. Solo la pálida luz de la luna y las farolas entraba a la estancia.

—¡Maldita sea! —gritó Johannson—. Tengo que ir a revisar que todos los sistemas vitales funcionan. Si no fuera por el generador de emergencia…

Aaron se quedó a solas en la habitación. Sacó el teléfono móvil y cerró la puerta. Con el pálido haz que proyectaba la pantalla, observó es que el suelo a la derecha de la mesa principal tenía unas manchas difusas, de un rojo rosado, casi imperceptibles en las losas. Aaron se imaginó el cuerpo tendido en medio de la noche, boca abajo, inerte en una mueca grotesca. Eso es lo que tiene la imaginación: ponerte siempre en lo peor. Por eso Aaron también se imaginó que no encontraría ningún informe. Y así fue.

Los cajones de los archivadores estaban vacíos. Los trabajadores de ese hospital habían hecho limpieza. Sí que encontró algunos papeles en los cajones de su escritorio, notas e informes fechados de hace dos o más meses, pero nada relevante para él. Encontró varias jeringuillas guardadas en un pañuelo, algunas probetas con marcas de uso. Intentó buscar algún documento, alguna prueba, lo que fuera, de que había trabajado con la Secta.

A los cinco minutos, dio una patada a la mesa y se desplomó sobre la silla. Se quedó mirando al techo, pensando, oscilando el asiento de un lado a otro. Lo único que había conseguido en Shaunavon es despertar sus pesadillas, remover el pasado e invocar fantasmas. Entonces, ¿por qué quería seguir? ¿Por qué se negaba a rendirse? ¿Por qué sus acciones siempre negaban su recelo? Aaron se dio un golpe en la sien como para

castigarse.

Una mano negra cubrió el techo, y se abalanzó a sus ojos. Aaron casi cae de la silla. Agitó los brazos y encontró la pistola tan rápido como pudo. Su cañón solo encontró una sombra cambiante por los faros de un coche.

—Seré idiota…

Siguió la sombra y llegó a la cabeza de un reno colgada de un marco en la pared. Aaron entornó los ojos y se levantó. Como muchos otros canadienses, no le gustaba en exceso la caza ni el maltrato a la naturaleza. Aunque los últimos años habían horadado esa visión. *Cada vez nos parecemos más a los americanos.*

Con los dedos, rascó los bordes de esa cabeza disecada, sin resultado. Si esperaba una caja fuerte oculta, se llevó otra decepción. Bajó la mirada y encontró otro marco mucho más pequeño, vacío. Con el índice fue siguiendo el relieve, una línea negra y difusa sobre la madera.

Un cuchillo. Un cuchillo de caza. ¿Por qué no está? ¿Se lo llevo antes de morir o…?

Aaron se acarició la barbilla y miró a su alrededor. Hubo un profundo ruido, y en el techo la luz volvió a encenderse. Se sorprendió entonces de lo normal que parecía ese sitio. La cabeza del reno era la única nota de color en un entorno átono, esterilizado.

Salió de la habitación cabizbajo, cavilando.

En el pasillo se encontró con el doctor Johannson.

—¿Ha encontrado algo de lo que buscaba?

—No… no creo. Dígame, ¿conoce la dirección del doctor Gale?

El gesto de Johannson lo dijo todo.

—Ronald era un hombre un tanto extraño. Meditabundo y muy, muy reservado con su vida privada. Sé que vivía en el pueblo, pero me temo que no puedo ayudarle.

Aaron asintió.

—Gracias por su tiempo, doctor.

—No hay de qué —Johannson oyó su nombre en el megáfono y puso cara

de disgusto—. Siento que no haya encontrado lo que buscaba.

—No se preocupe —Aaron entrecerró los ojos—. Puede que haya servido de algo.

•

A lo lejos, varios hombres uniformados rodeaban su coche. Aaron aceleró el paso. Hasta uno de ellos había posado su culo en el capó, tal cual, sin ningún cuidado.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó a viva voz.

No hubo necesidad de responder. Cuando el primero se giró, vio su placa brillante de policía en el uniforme. Contuvo la respiración al verle llevar la mano a la funda de la pistola, el ceño fruncido y los ojos cargados de desconfianza.

La mano de otro policía le detuvo.

—Tranquilo, chico. —Un hombre alto y de rasgos duros, con un frondoso bigote entrecano, se puso delante. Llevaba un sombrero negro que ocultaba una palpable calvicie—. ¿Este coche es suyo?

—Así es. Y agradecería que se tratara mi propiedad con el debido respeto.

Su mirada fue como un empujón para ese policía embobado que se sentaba en su Mustang. Se apartó y bajó la mirada.

—Precisamente por eso estamos aquí. Hay alguien que no ha sido tan respetuoso, reverendo.

La patrulla se apartó, y Aaron pudo ver el mensaje. Alguien había escrito las letras en la ventanilla del conductor, con un líquido rojizo que ya se había secado. Por el momento, no quería pensar que fuera sangre. Aaron carraspeó la garganta para cortar el nudo que se había formado, y puso especial tesón en mostrar una voz tranquila.

—Sobre ti caeremos como el fuego divino, Aaron, y nunca verás la Tierra Prometida.

—¿Suena a amenaza, no cree? —dijo el policía del bigote.

Con los músculos de la boca tan tensos como piedras, Aaron masculló:

—¿Quién demonios es usted?

—Me puede llamar Olivier. Soy el sheriff de este pueblo de locos. —Había algo en su voz, una estridencia como una cuchilla que giraba en sus cuerdas vocales, una sombra de sospecha que le divertía. Sonaba adecuada a los policías. *Capullos.*

—En tal caso, ¿no cree que no está haciendo bien su trabajo?

El escollo de sonrisa bajo su bigote se apagó en un instante, y el sacerdote tuvo un momento de regocijo al saber que había encontrado un punto débil. Frente a la fuerza de su aspecto, Aaron no había respondido con miedo. Al menos, no a simple vista. Iba a abrir la puerta, pero la mano del sheriff aplacó su muñeca como si tuviera un imán.

—No tan rápido, señor. ¿Se puede saber quién es usted?

—Ya sabe mi nombre, lo pone en la ventanilla. —Aaron no intentó retorcerse.

—No me venga con juegos. Estas referencias bíblicas solo pueden venir de la maldita Hermandad, y se ve que le conocen. Yo no, por lo que creo que usted no es de Shaunavon. Así que contésteme, ¿a qué ha venido aquí?

Aaron notó las venas bombeando bajo el pulso de los dedos del sheriff, un cúmulo de rabia llenándose en su pecho que temía liberar. Especialmente, rodeado de hombres armados. Solo le ayudó darse cuenta de lo difícil que era contestar. No había excusa o mentira que pudiera inventar en ese momento, pues tenía la mente demasiado revuelta por traumas y odios.

—A buscar respuestas que no sé si quiero conocer.

El sheriff pestañeó y gruñó. Como si paladeara algo en la boca, escupió y le soltó la mano. Aaron se masajeó la muñeca. En coro, los policías observaban, pensativos.

—Y me temo que mis respuestas me llevan a esa Hermandad de la que usted me habla.

—Pues olvídese —dijo Olivier—. Las amenazas de esos fanáticos no deben tomarse a broma. Lo que usted debería hacer es acompañarnos a la comisaría y pasar allí la noche, por el momento.

Aaron pensó en un habitáculo pequeño y negro, y una sombra asomándose entre los barrotes, con ojos brillantes. Le dolieron las muñecas. *Qué fácil es avivar mis pesadillas.*

—No pienso esconderme por unas letras escritas con pintura o sangre de

vaca.

—No sabe a lo que se enfrenta…

—Sí que lo sé. Este no es el único lugar del mundo en el que se han propagado los fanatismos. Vivimos en una era de pandemias de todo tipo, y nadie se libra de los efectos de alguna.

El sheriff cruzó lo brazos y levantó los cejas.

—No dudo de lo que dice, y no pienso entrometerme en su pasado. Pero mantener la paz es un proceso costoso en este sitio, y más a medida que vienen extranjeros, y gentes diversas ocupan nuestros suelos. Mi deber es mantener ese equilibrio intacto, sin derramar sangre.

Aaron tocó con los dedos las letras de la ventanilla. *¿Cómo saben mi nombre?*

—¿Quiere decirme que esta gente ha… asesinado?

Olivier se despejó la fría humedad que se iba acumulando en su bigote.

—No. No que sepamos. Pero si su pastor se lo pidiera un día de éstos, mantendría mi pistola bien cerca. Sus acciones se han vuelto muy extrañas en las pasadas semanas.

Visto que no le iban a dejar ir por el momento, Aaron se apoyó en un lateral del coche y volvió a mirar al poli de antes. *Yo sí puedo, capullo.*

—¿Lo dice por lo de robar cuerpos?

Saltó un murmullo entre un par de policías, y Olivier le volvió a mirar con unos ojos severos.

—¿De qué habla?

—Oh, vamos. Los furgones extraños, los comentarios de los médicos. La discreción no ha sido su fuerte. Espero que al menos hayan ocultado bien los cuerpos esta vez.

El sheriff se le acercó, y Aaron temió que hubiera colmado su paciencia. Sin embargo, puso los brazos en jarras y susurró:

—Muérdase la lengua si habla con alguien más sobre este tema, ¿entendido? ¿Cree que queremos que se propague la voz de que esos cabrones han estado desenterrando ataúdes en el cementerio, como si

fueran el puto doctor Frankenstein?

—¿Y cómo es que no los han detenido ya?

—No tenemos pruebas. Los cuerpos desaparecen. Nadie los vuelve a ver. Son como fantasmas. No podemos arrestar a nadie así, provocaremos una guerra con la Hermandad.

—Razón de más para coger a su líder y meterlo en una celda.

—Todavía tenemos leyes, nos guste o no —enfatizó el sheriff—. No tenemos nada sólido contra él.

Aaron negaba con la cabeza, cada vez con más vehemencia.

—Por el amor de Dios, para cuando las tengan ya será tarde. —Entonces se detuvo, y le vino la revelación como si hubiera caído un caído del cielo. Aunque lo dudaba—. Mire, déjeme entrar en la casa de esa secta. Idearemos un plan, me meto dentro y les consigo las pruebas.

Ya a mitad de frase, esa maldita elevación de cejas del sheriff lo decía todo. No lo tomaba en serio.

—No sé con quién se cree que habla. No tome mi paciencia por indolencia, reverendo. Dedíquese a lo suyo, y nosotros nos dedicaremos a lo nuestro. No es un justiciero, y nosotros tampoco.

—No, sin duda no lo soy. —El aliento le ardía por el cuello, hasta los orificios nasales—. Pero me he sometido demasiado tiempo a las normas sin conseguir nada bueno para mí. Haga lo que usted quiera. La responsabilidad quedará en su conciencia, no en la mía.

De golpe, barriendo la acera y levantando una nubecilla de brillante nieve que salpicó al sheriff y su comitiva, Aaron abrió la puerta con la frase roja y se metió en el coche.

El sheriff agarró el borde de la puerta y le miró con el ceño fruncido. *Se permite el lujo de juzgarme.*

—Si se desata la guerra, es el fin. Serán ellos o nosotros. Y ellos solo buscan algo como lo que usted propone. Un pretexto perfecto. ¿Cree que es correcto poner en riesgo a todo esta gente, a todo este pueblo, por sus miedos? Piénselo.

Aaron soltó una risa demencial, con un eco que consiguió deformar el gesto seguro de Olivier.

—No, no lo creo. Pero con mis miedos o sin ellos, este pueblo ya está al borde del precipicio. Y tarde o temprano caerá.

Echó una ojeada a la mano del sheriff, y sus dedos deshicieron la presa como un nudo flácido que deshace el viento. Cuando cerró la puerta, ya se estaban marchando.

Pese a todo, lo pensó. Como un niño obediente que se sienta en una esquina y pone un hosco gesto de concentrada reflexión ante el castigo de un padre, encogió el pecho y se hundió en sus hombros y en sus brazos.

Yo solo quiero la verdad, no la seguridad de este lugar. ¿Soy malvado, un pecador y traidor de estos hábitos por quererlo así?

Unos golpecitos interrumpieron sus pensamientos. Bajó la ventanilla y dejó que las letras de sangre se hundieron bajo el metal. Un policía se agachó, y apoyó un codo en el hueco. Miraba de reojo a los lados, con ojos oscuros y afilados.

Tan nervioso como cuando casi me apunta con un arma —recordó Aaron.

—¿Viene a detenerme, agente?

—Vengo a ayudarle, idiota —susurró el joven—. Venga, ¿cómo lo hacemos?

•

Tal y como y suponía, la casa de la Hermandad era el mismo casón desvencijado con el estrado de sermones que Aaron viera al llegar al pueblo. Situaron el Mustang a una manzana de allí, bajo la sombra de un viejo abeto que parecía pintado de tinta negra en esa noche tan gris, con cielos turbulentos que convertían los fríos colores en ondulaciones propias de una ensoñación. Los reflejos de la luna, tan tenues, recordaban a Aaron al haz de la linterna cuando tenían que inspeccionar el viejo pozo de la granja, sondeando las profundidades y apuñalando su negrura, sin conseguir arrancar colores de la superficie de barro y agua.

¿Era así como el inspeccionaba su mente, esperando encontrar color por fin en ese mundo abisal, una mazmorra de monstruos con voces perversas?

El policía volvió del encargo en pocos minutos. Bajo el hombro llevaba un saco igual de negro que el abeto. Solo la luz de un coche que pasaba consiguió que Aaron distinguiera sus rasgos.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó.

—No. Solo tengo fe.

—Muy gracioso, reverendo. —El joven agente entró en el coche y se sentó de copiloto—. Todavía me arrepiento y te llevo a la comisaría. Ni siquiera sé qué vas a hacer. ¿Sabe algo más aparte de rezar?

—Ah, al final tendré que deshacerme de esta ropa… —Aaron se palpó el bolsillo de la pistola—. Bien, vamos allá…

—Espere, demonios, espere un minuto.

Se llamaba Parker, un crío que creía que la barba le hacía parecer duro, con pómulos finos, pelo castaño y ojos azul claro como la nieve derretida bajo el sol matutino. El típico bravucón de instituto que luego estaba cargado de miedos y resentimientos. *Vaya, ¿realmente es tan distinto de mí?*

Parker se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos. Se colocó uno en los labios y se puso el mechero entre las manos. Los dedos le temblaban como si tiritara.

—Anda, déjame que te lo encienda.

No es que quisiera dejarle, pero cedió a regañadientes. Bajo los mechones que le cubrían la frente, estaba sudando. Una vez dio la primera calada, y pareció destensarse un poco, Aaron no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué me ayudas?

—Creo que tienes razón —dijo con los ojos cerrados.

—Y una mierda, hay algo más.

Parker hizo una mueca de asco con los labios, y le miró de reojo.

—Esa secta tiene a mi hermana. Solo tiene dieciséis años. Siempre he creído que era muy lista. Más que yo. No debíamos haber dejado que fuera a colegio. Una de las profesoras era de la Hermandad, y empezó a comerle la cabeza a toda la clase. Que sí la Epidemia podía ser un castigo divino, salido de los infiernos, que sí los seres vivos que no habían sido contaminados eran los puros y los que había que adorar. Lo de los ciervos, lo de la sangre, lo de… Ugh.

Parker le dio una patada a la guantera.

—…Lo siento.

—Bah, da igual —susurró Aaron.

Un bravucón que en el fondo, tenía buen corazón. *¿Distinto de mí? ¿Igual?*

Parker tiró las cenizas por su lado de la ventanilla.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué es lo que te mueve? ¿Es una convicción de fe contra aquellos que manchan su nombre o…?

—Lo que le han hecho a tu familia, con la mía fue mucho peor.

—¿Fueron esa gente?

Aaron echó la cabeza hacia otro lado. No manifestó las dudas y sospechas que habían anidado en su mente desde el hospital.

Parker dejó de buscar una respuesta y tiró la colilla a la carretera.

—Ya estoy listo.

Cogió la bolsa y la extendió.

Aarón inspiró con fuerza.

—Espero que sea lo bastante grande.

•

Parker aparcó frente a la casa de la Hermandad, y Aarón solo escuchó silencio y vio oscuridad.

Una puerta que se cierra. Pisadas sobre la hierba. Silbidos y susurros.

—¿Qué es lo que quieres? —gruñó una voz ronca y agresiva.

—Ten cuidado con cómo te diriges a la autoridad, ¿eh? —contestó Parker—. ¿Quieres oír algo que te gustará?

No hubo contestación.

—Vamos, vamos —susurró Parker—. Date prisa, o cancelo mi oferta.

Los pasos ganaron intensidad. Estaba cerca.

—Un cuerpo. Muerto, pero fresco. Eso os gusta, ¿no?

Hubo un corto silencio al que siguieron intercambios de susurros. Aaron temía que, quienquiera que fuera el acólito con el que Parker hablara, terminara por echarse atrás.

—Vale, está bien. Cincuenta dólares, y es mi última oferta.

No se le da mal actuar.

Se oyó un resoplido.

—Muy bien. Si quieres yo te lo cargo…

—No es necesario. Solo me basto —volvió a gruñir el otro hombre—. ¿Tendrás más en el futuro?

—Eso depende de lo que me pagues.

Oyó como se abría la puerta de su Mustang. Aaron se estremeció cuando unas manos le cogieron por los pies.

—No te preocupes. —La voz sonaba más alegre—. Tendremos un pago especial, reservado para ti.

Parker no respondió.

Aaron notó como se torcía su cuerpo cuando alguien lo levantó, pero no pudo hacer más que mantenerse inerte, y aguantar el entumecimiento y el dolor.

El chirrido de una puerta chocó en sus oídos. La oscuridad cobró intensidad, y supo que ya estaba dentro de la casa, la casa de esa secta. El olor en su interior era acre, como el de un almacén que solo se abre una vez al mes. Los tablones crujían bajo las pisadas del fiel que le llevaba. Su costado se rozó con una pared y escuchó como se desprendía costra con un sonido polvoriento.

De pronto, sintió el poder de la gravedad, y cayó sobre una superficie dura. Aaron eligió morderse la lengua en lugar de gritar y delatarse. Se mantuvo en silencio y esperó. Esta parte no había sido difícil, en absoluto. Pero la parte más delicada del plan llegaba en este momento, y Aaron sabía que requeriría mucha más… *Bueno, delicadeza.*

La espera era lo peor. Le recordaba a sus días de encierro. A las noches y sus sombras, todo el tiempo que había estado a merced de gente que creía en dioses extraños y métodos propios de épocas pasadas. Se sintió tan comprimido y rígido como en aquellos días, en una celda mientras

esperaba la muerte. Rezaba, eso lo recordaba. Ya no porque lo liberaran. Rezaba porque lo mataran.

El latido de su corazón se redobló, tan potente en sus oídos como los tambores de una orquesta. Aaron estaba seguro de que le tenían que oír. Se podía dar por muerto. Y la voz volvió a sonar.

—Tengo un cuerpo aquí, en la guarida. —Pudo discernir la luz de un teléfono móvil—. Joder, sí, un muerto. ¿Qué hago? ¿Os lo llevo o espero?... Vale. Si, espera. No, no sé si hay hielo. Iré al garaje a mirar. Vale. Que el Ciervo Sagrado te guarde, hermano.

Se oyó un resoplido.

—Ese cabrón listillo. Se cree que soy idiota, eh. Le tenía que meter el sombrero por el culo, joder.

Poco a poco, sus refunfuños se fueron alejando y alejando, hasta perderse por los pasillos.

Aaron inspiró, y empujó sus miedos hasta el fondo de su ser. *Es ahora o nunca.*

Abrió la cremallera con cuidado, sin hacer mucho ruido, hasta que pudo sacar el torso. Tuvo que sacudir un poco una de sus manos hasta que se le pasó el hormigueo. Sacó las piernas de la bolsa de cadáveres, y no pudo contener un escalofrío. *En una bolsa de cadáveres, ni más o menos. Espero que no tenga que volver a hacer esto nunca más.*

Tuvo que fruncir los ojos hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra reinante, y aun así todo lo que podía distinguir eran siluetas de muebles y de tablones que tapiaban las ventanas. Encendió la linterna de su móvil y la graduó hasta la más baja potencia. Avanzó.

Aaron no pudo evitar pensar en una casa encantada, sumida en un recuerdo de sangre y tragedia, un lugar en el que el terror se sentía, no como una sensación que despertara en tu mente, sino como algo externo, vibrante en el aire, que, como la Epidemia, volaba para penetrar y clavarte su gélido aroma bajo la piel. Hasta el olor tenía un regusto extraño, cerrado, podrido a velocidad record. A la cabeza le venían tantas cosas de la televisión, de la prensa, de leyendas urbanas. Se creyó andar por un pasillo del 112 de Ocean Avenue en Amityville, encontrar una habitación secreta de la mansión Winchester, asomarse a unas peligrosas escaleras en Fairmont Banff Springs.

Con pasos lentos y premeditados, se asomó a una sala de recreo. Entre las telarañas y el polvo había una pequeña barra y armarios llenos de coloridas botellas de licor, un elegante tocadiscos, un piano con teclas

oxidadas y, presidiendo el centro de la sala, una larga mesa de billar, con alguna que otra mancha de humedad sobre el terciopelo verde.

No encontró nada de su interés. A lo lejos, oyó un crujido que se replicó a lo largo de las vigas. Sonaba con los chasquidos habituales de una bolsa de hielo. *Mierda, me quedo sin tiempo.*

Acunó sus ideas y las orientó hacia ese documento que buscaba con tanta desesperación. En realidad, encontrar una prueba de los delitos de esa Hermandad le importaba bien poco. Bien, bien poco. Tampoco es que viera muchas pruebas entre toda esa suciedad. Ese lugar parecía decorado con una evidente normalidad, sin que nada destacara en exceso. De pronto dejó de pensar en las famosas casas de horror y lo sustituyó por la mansión encantada de un parque de atracciones. Todo viejo y tétrico, pero en su lugar. Como si lo cuidaran y lo cultivaran, cual mala hierba, para que siempre tuviera ese mismo aspecto. *Una mentira, como la Hermandad. Como la Secta.* Aaron se rascó las cicatrices de las muñecas.

Rondó dos habitaciones más sin éxito, dormitorios con camas revueltas y cuadros tan sucios que las figuras del lienzo resultaban indescifrables. Solo a la tercera encontró algo prometedor. La sala debía dar al jardín trasero, si la orientación no fallaba a Aaron, aunque la enorme ventana, alta como una puerta, al estilo colonial estaba tapiada, entre cortinas deshilachadas que se movían por diminutas corrientes de aire. A su alrededor, sobresalían cabezas, montones de ellas.

Aaron observó los premios de caza, sus ojos negros y muertos, su cornamenta enhiesta y blanca como un sudario, coronas en su difunta belleza. Algunos marcos lucían vacíos. Alguien había arrancado las cabezas, y con furia. Las juntas que unían el cuello estaban dobladas y astilladas. *A ese Gale le encantaba la caza.*

Al otro lado se encontraba su escritorio, y detrás, varios estantes con libros. Si Ronald Gale se sentaba en esa silla a trabajar, lo primero que tenía que ver al levantar la cabeza era todo ese público personal, siempre dedicado a admirar su trabajo. Seguro que lo hacía a propósito. Sin poder ni querer evitarlo, un latigazo de odio se deslizó hacia el ginecólogo.

Alguien que tiene como oficio sanar y salvar vidas, y que tiene como hobby segarlas y luego mirarlas. ¿Quién coño puede creer que alguien así es de confianza? Solo la Secta, claro.

Y con ese pensamiento en la cabeza se detuvo. No había escuchado nada, no había olido nada, ni había notado ningún cambio en particular. Y, sin embargo, fue como si un fantasma traslúcido, de ojos brillantes y sonrisa demoníaca saliera de una pared y se lanzara con las garras abiertas. Así

se sentía, con el cuello tan tenso que le costaba respirar.

El libro estaba justo en el centro de una de las estanterías, y el lomo sobresalía como un ladrillo mal colocado. Estaba menos ajado y polvoriento que el resto, y el símbolo de la Secta estaba bordado ahí mismo, en un color rojo intenso, como si le hubieran inyectado sangre fresca: Un molino, con la estructura de una cruz, las aspas saliendo de sus esquinas, engrosadas en sus extremos. Aaron siempre había pensado que el dibujo de las aspas estaba hecho con unas rayitas que las asemejaban a sierras afiladas. No podía asegurara que fuera intencionado.

Lo alcanzó con dedos frágiles, y lo dejó caer con un rápido ademán en la mesa, como si quemara. Solo después se daría cuenta de que el golpetazo del libro levantó un eco por esas caprichosas vigas, y extendió el ruido hasta el depósito de hielo del garaje.

Aaron descubrió que no se trataba de ningún libro de culto o rezos. Sobre una cubierta negra, una etiqueta blanca rezaba, con letra delgada y estrecha: *Registro de actividades con la Orden del Viento Sagrado y su Nuevo Arcángel.* Aaron no escuchaba el nombre completo de la Secta desde hacía años.

Dentro, en ordenadas listas, descubrió todos los trabajos que Ronald Gale había realizado para la Secta del Molino, siempre detallando, en una esquina, los pagos que Gale había recibido. Descubrió que las cifras ascendían en la misma medida que las fechas. *Este doctor era todo escrúpulos, sin duda.*

Las páginas detallaban pequeñas operaciones, reconocimientos, evolución de enfermedades y de gestaciones. Este último aspecto copó su tiempo especialmente. Tenía las fichas de decenas de mujeres, con todos sus datos clínicos reflejados en una columna, y en otra, la fertilidad o esterilidad, las causas, posibles procesos de concepción y, por supuesto, todas las fases del embarazo, hasta llegar al parto. Después, algunas tenían un pequeño apartado de observaciones, pero ahí se acababa su tarea.

Encontró el nombre de Rachel. Se obligó a leerlo por lo menos cinco veces, hasta reconocerla. Rachel Starling. Nacida el 19 de septiembre de 1999.

(Siempre hacíamos bromas con los nueves).

Caucásica. Ojos verdes. Pelo castaño.

¿Por qué no hay fotos? ¿Tienes fotos de muchas pero no de ella, verdad,

maldito cabrón?

Fecha de embarazo aproximada: 1 de julio de 2023. Gestación tradicional. Evolución estándar. La paciente muestra pequeños desórdenes alimenticios debido a estrés emocional.

¿Estrés emocional? ¡Hijo de la gran puta!

Sexto mes. Se le ha diagnosticado una migraña. Además, tiene el hierro bajo. Se han tomado medidas oportunas, nada importante.

Noveno mes: parto normalizado. Bebé sano.

Oh, dios mío.

Observaciones: Se observan síntomas extraños tras el parto. Creo que la paciente podría tener la Epidemia. Si es así, no sobrevivirá mucho.

—¿Quién demonios anda ahí?

La voz chirrió por el pasillo, y Aaron cerró el libro de golpe. Solo entonces consiguió expulsar el aire de sus pulmones. *¿Por qué me has condenado a esto, Señor? Si de verdad estás ahí, ¿por qué elegiste esta tortura para mí?*

—Oye, esto no tiene ninguna gracia. —La voz se acercaba, y temblaba—Joder, Tommy, como seas tú, te parto la cara.

Ha visto la bolsa vacía, pensó Aaron. Cogió el libro y se lo guardó debajo de la sotana, sujeto al cinturón. Dio un par de pasos, con fuerza suficiente para que crujieran los tablones, y empezó a sacar su pistola del pantalón. Sintió como su boca se abría, y sus cuerdas vocales reaccionaban con la fuerza y serenidad de un predicador entrenado.

—Yo no soy Tommy.

Las palabras murieron entre los muros. Solo quedó silencio. Imaginó a ese cabrón meándose en los pantalones, y vaya si lo disfrutó. Apagó la linterna de su teléfono.

—Y tú eres un pecador, hijo. Por eso me he levantado de entre los muertos.

Avanzó al umbral de la puerta, danzando entre las sombras de bestias muertas.

—Para castigarte por lo que has hecho.

Levantó el cañón del arma, y salió al pasillo.

Un bolsazo se estrelló en su rostro. La oscuridad se transformó en colores brillantes, y Aaron se tambaleó. Cubitos de hielo cayeron sobre el suelo, y se desperdigaron. Sacudió la cabeza y vio la cara de su enemigo, fruncida y con los ojos abiertos como platos. Estaba aterrado, como pretendía. Y había reaccionado atacando, como no pretendía.

Con algo que en otra situación se consideraría timidez, el fanático alargó los brazos y le dio un empujón que le hizo chocar contra la pared. Notó la pistola que resbalaba entre sus dedos. Empezó a calar el frío húmedo que se derramaba por su cabeza.

Sus instintos de juventud le poseyeron, y Aaron estiró un brazo con furia, los dedos extendidos. Saltó en dos zancadas y cogió al fanático por el cuello. Antes de arriesgarse a recibir otro golpe, acumuló fuerza y lo lanzó a lo lejos, entre la oscuridad. Escuchó un golpe seco, cristales que se hacían añicos, algo de madera rebotando contra una pared. Retornó un largo grito, y Aaron se acercó, creyendo haberlo derribado. El fanático lo embistió como un toro, con una fuerza inédita, y lo lanzó al suelo del despacho que acababa de dejar.

Aaron consiguió darle una patada en la entrepierna. El fanático respondió con una bofetada desde el dorso del antebrazo. Cayó sobre los tablones que tapiaban la ventana, y dos de ellos se quebraron. Durante un tiempo que no sabría calcular, Aaron se quedó con la cabeza entumecida entre madera doblada, paralizado por ganchos de dolor.

Vio al fanático sacar su teléfono móvil. La luz de la pantalla reactivó sus sentidos. Agarró un trozo de tablón y lo reventó en su coronilla. El fanático levantó ambos brazos y le rodeó el cuello, estrujando su alzacuellos. La presión le enrojeció el rostro. Clavó las uñas en el rostro de su adversario, y este apretó. Apretó, más casi, cada, vez más. Allí, contra la pared, se veía decorando, con ojos muertos, con sus amiguitos, la pared de la casa encantada.

Las cabezas. Consiguió alcanzar el cuerno de un pequeño cervatillo disecado. La arrancó de golpe y la partió sobre el fanático.

Los dedos se aflojaron. Mientras la sangre marcaba su frente y su rostro, el seguidor de la Hermandad puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás, inerte. Aaron se acarició la garganta, su piel tenía el tono y tacto del fuego; no tardaría en purpurear.

Ha estado cerca. Hasta creyó ver el rostro de Rachel, mirándolo mientras su conciencia se deslizaba al otro lado. Eran sus mismas manos, las que

atenazaban su tráquea.

El siguiente medio minuto consistió en un profundo ataque de tos que acabó en una arcada. Y al final no se sintió muy recuperado. Tenía los miembros plomizos, la cabeza gacha, la mirada fija en ese cabrón loco.

Le propinó una patada.

Si, está inconsciente.

Le propinó otra. Y otra. Y otra.

A la cuarta escuchó una costilla que se fracturaba. Esperaba que se le clavara una punta en el corazón.

Solo así se detuvo. Salió al pasillo y encontró la pistola tirada en mitad del suelo. La recogió y volvió a toda prisa al despacho. Apuntó el cañón contra la sien ensangrentada de ese hombre. Sus labios todavía emitían un aliento ululante.

Vamos, es tan fácil. Hazlo. Hazlo. Ahora que sabes que el pasado ha vuelto, ¿por qué no recibirlo con brazos abiertos? Dios no te juzgará por matar a este cabrón.

Aaron reconoció esa voz desagradable, desatada. Convertida en gruñidos y grietas dolorosas, era la voz que sonaba en una solitaria celda mientras la Secta se apropiaba de su hijo. De su propia descendencia.

Su voz de ahora respondió, en su mente.

No es el juicio de Dios lo que temo. Sino el mío.

Se agachó una última vez y recogió el teléfono del fanático junto a su cuerpo. Dejó a ese pobre diablo tirado en el suelo y se alejó.

Decidió salir por el garaje, disimulando, con la mirada distante y el paso firme. De todas maneras, le sorprendió encontrar un jardín solitario, con escarcha joven que crujía en la hierba. Mantuvo la pistola a su alcance, bajo el cinturón.

Torció la esquina, y frenó.

La puerta de su Mustang estaba abierta. La amenaza en letras rojas yacía desordenada entre cristales rotos. Al otro lado, un rastro de sangre se deslizaba por el asiento del conductor. Habían colocado la máscara de ciervo en el asiento contiguo, para que lo viera de frente, en medio de un

charco de sangre.

Esa ya la había visto. Algo brillaba en la frente, engarzado al pelo. Aaron se estiró para verlo mejor. Era una placa de policía, de un dorado reluciente. De ella sobresalía un pequeño papel, con una letra delgada y apretada que decía:

"Tengo a tu amiguito, sacerdote. Si le quieres, ven a por él. Ya sabes dónde encontrarnos."

Aaron se sentó, y suspiró. Encendió el móvil que había quitado a ese fanático, y buscó su historial de ubicaciones. En cuanto lo encontró, introdujo la llave en el contacto.

•

A medida que apretaba el acelerador, Aarón percibía que se precipitaba sin remedio hacia los fantasmas de su pasado. O quizá, ahora formaban parte de su futuro, ahora que ese mismo futuro, en el sentido más físico que podía entenderse, estaba en manos de la Secta, arrebatado de su sangre. *Incluso eso me robaron.*

La ira se le arrebolaba en las venas, y los tendones de sus brazos estaban tensos, los dedos aferrados al volante. Los árboles y las farolas volaban, como borrones en la noche A veces, quería salir de la carretera, con un volantazo perderse en la inmensidad para no regresar. Pero la Secta ya había vallado la carretera que él debía seguir, para bien y para mal. *¿ Realmente afirmé que me había desembarazado de todo? ¿Qué podría vivir en paz?* Sí que podía, sin duda. Parar en la carretera, y vivir en ella sin avanzar ni un solo metro, como había hecho los últimos años. *Y seguiría viviendo con los fantasmas. ¿Precipitarme hacia ellos? Joder, pero si nunca los dejé.* Intentó borrar ese juramento en vano de su pensamiento, como un movimiento reflejo.

Se fijó en que ya había dejado las casas atrás. Un campo de cultivos secos y hierbas enterradas bajo nieve lo envolvía y, cincelado en el retrovisor, el vaivén de un cable de electricidad entre los postes lo acompañaba, arriba y abajo, arriba y abajo.

Pasó junto a una señal. *Línea Canadiense del Pacífico.* Un dibujo blanco de una locomotora decoraba su espacio inferior. Un par de minutos adelante, vio grandes siluetas, y con un vistazo al móvil calculó que ese era su destino.

Dos elevadores de grano se alzaban a un lado y otro de las vías, como centinelas de una vía prohibida. Debían de haber pasado como tres años desde que la Línea del Pacífico dejara de funcionar. Desvió el Mustang por un camino de tierra aplastada, demorando su avance, y así los focos

delanteros iluminaron la fachada gris del más cercano elevador, sucia y desgastada, con un par de pequeñas ventanas, negras y rotas, a distintas alturas. Por una de ellas emanaba una luz cálida.

Aaron aparcó justo delante, con los raíles oxidados a su izquierda, y los focos se redujeron a dos pupilas intensas que revelaban un ancho portón de hierro. No iba a ocultar el coche. Estaba seguro de que ya sabían de su presencia, de que ya le estaban esperando. No necesitaba esconderse.

Salió al exterior, y se internó en la noche, cargada, sin estrellas ni viento. El silencio flotaba a su alrededor hecho de aceite, siempre por encima, como una capa pegajosa.

Sacó la pistola a la vista, y se aseguró de que estuviera cargada. Mientras lo hacía, comprobó que la tierra estaba deformada por decenas de pisadas, mezcladas unas encima de otras. *Se iban a reunir esta noche. Sus seguidores.*

Aaron se detuvo y volvió sobre sus pasos. Decidió coger la máscara con la placa, por el pellejo de atrás. Con ella en la otra mano se acercó hasta el portón.

Uno de sus extremos estaba anclado con una cadena y un candado. A un lado, apoyada en al pared yacía un candil eléctrico, con una brillante bombilla blanca. La luz se reflejaba por un ventanuco abierto unos metros por encima. *Cualquiera diría que los visitantes se han desvanecido al llegar.*

Aaron no titubeó. Alzó la culata de la pistola y dio varios golpes.

El sonido se propagó con ecos metálicos. Escuchó un aleteo. Unos pájaros alzaban el vuelo. Algo frío le tocaba la espalda.

—No sabía que tú fueras parte de la Hermandad.

Aaron se quedó muy quieto. Seguía con la pistola sobre la cabeza.

—Tengo una invitación. —Muy lentamente, alzó la máscara del ciervo.

—Una pena… Porque ya hemos llenado el cupo de visitas.

—¿Eso incluye a mi amigo? —preguntó Aaron.

La voz a su espalda chistó.

—Él no formaba parte de los invitados. Más bien… de las ofrendas.

Aaron lanzó el codo y usó la máscara con un manotazo para confundirle.

O eso pensó que haría. Notó un latigazo que le quemaba la espalda, y luego todo su cuerpo se quedaba rígido como la lava fría. Cayó hacia delante, la vista ya aprisionada por el dolor, y luego se desplomó sobre su espalda.

Vio un rostro con bandana y un ancho sombrero, observándole con ojos alegres.

—Y tú eres la otra.

Pues ahí quedaba su intento de rescate. *Menuda chapuza.* Lo último que pensó antes de quedarse inconsciente.

•

Despertó con un grito. La luz de una bombilla le cegó al principio, luego percibió como su vista iba cobrando profundidad, y vio el interior de la torre del grano, un techo altísimo sumido en sombras.

Otro grito, ronco e inarticulado. De respuesta, un susurro amortiguado.

En cuanto se activaron sus músculos, sintió los rescoldos de dolor nadando en sus nervios. Se imaginó pececillos hambrientos, microscópicos, dando mordiscos de tanteo por su carne. El dolor en la espalda era distinto. Tenía sabor a quemadura, como un escozor agudo. Movió un poco el cuello, y su equilibrio se desplazó como mil kilómetros. Quiso pensar que toda esa noche era una mala pesadilla, motivada por tres días de cogorza ininterrumpida. Pero los gritos sonaban demasiado reales.

—¿Qué le estás haciendo? —gruñó.

Los ruidos cesaron. Escuchó unos pasos. Una figura se aproximó. Aaron intentó moverse, en vano. Estaba atado a una camilla oxidada, con todo el torso, los brazos y los tobillos apresados por cuerdas.

—¿Al policía? Mostrarle el precio de su obstinación. Tengo que reconocer que mostró una resistencia inaudita. Tan, tan mal enfocada… Pero cuando la vio, se derritió. Lo contó todo.

Unos ojos aparecieron de repente sobre él, como un relámpago. Levantó una mano, y Aaron frunció los párpados. Pero lo único que hizo fue quitarse la mascarilla quirúrgica que le cubría nariz y boca. El hombre bajo ella tenía un rostro demudado, con una sombra de barba grasosa, unas mejillas un poco regordetas. Todo a la sombra de esos ojos, ojos penetrantes y escrutadores. Como no lo vio, allí, encima del estrado. Esos

ojos que no perdían detalle, ojos de médico.

—¿Se ha cansado de las máscaras de ciervo, doctor Gale?

El médico respondió con una risa larga y cadenciosa, calculada.

—La verdad es que dan mucho calor. Y apestan un poco cuando las cortas, sean frescas o disecadas. Distinto hedor, pero hedor al fin y al cabo.

—Me pregunto de quien viene de verdad el hedor. Creía que eras un cadáver deformado.

Sonriendo, Ronald Gale fue rodeando la mesa hasta llegar al otro lado. Allí, había una mesa con instrumental. Jeringuillas, agujas, escalpelos, una sierra. Un cuchillo de caza. Algunos de los filos estaban manchados de sangre reseca. El doctor vio que lo miraba, e hizo un gesto condescendiente. Llevaba una bata blanca llena de suciedad.

—Por favor, Aaron, no tienes nada que temer. Es sangre de animal. Si olieras tan bien ese hedor lo sabrías. Y en cuanto a mi muerte… bueno, digamos que mis compañeros del hospital no se esforzaron mucho en comprobar la identidad de un cuerpo en mi propio despacho, henchido de la Epidemia. Verás, se me ocurrió cuando estaba…

—¿Cuánto le han pagado por hacer esto?

Gale cogió una jeringuilla. Le miró de reojo, y alzó las cejas.

—¿Quiénes? ¿La Orden del Viento Sagrado? Oh, ya, ya lo entiendo. —Su sonrisa se ensanchó. Se acercó a una mesa cercana y recogió un libro. El libro con el símbolo rojo de la Secta *Se me debió caer cuando me quedé inconsciente*—. Has leído esto en mi casa, y ahora crees que la Hermandad y la Orden son dos caras de una misma moneda.

De golpe, se precipitó sobre él. Su aliento rancio y el olor a sudor se le pegaron a la cara.

—Pero dime, Aaron, con el poder y la fama que la Orden (aquellos a los que la gente como tú llamáis Secta) ha conseguido por toda América, ¿por qué iban a molestarse en tomar otro nombre, ocultar su identidad e idear nueva fe para este pueblo perdido de la mano del Señor, eh? ¿Qué influencia ganarían aquí?

»Ya tienen muchos pueblos, y pronto cosecharán ciudades enteras, y si no, tiempo al tiempo. Puede que no se sienten en congresos o gobiernos,

pero su voz canta a oídos más poderosos de lo que te podrías imaginar.

Finalmente apartó el rostro, y Aaron lo agradeció. Estaba a punto de vomitar.

—Mis trabajos con ellos acabaron ya hace algún tiempo —continuó Gale—. Volví a Shaunavon. Quería volver a casa. Me sentía más seguro, ahora que la Epidemia empezaba a bajar latitudes y hacerse notar de verdad. Me dio tiempo para pensar. Pensé en todo lo que había visto, en lo que había hecho. En lo que quedaba por hacer.

»La Epidemia llegó a Shaunavon, aunque hayas escuchado lo contrario. Ya sabes, este es un pueblo pequeño, aquí sabemos mantener los secretos —dijo con acerada frialdad—. Investigué a los enfermos. Investigué los cadáveres. Investigue los registros. Y descubrí mi labor.

Extendió los brazos con una expresión de éxtasis, casi de placer.

—¿La Hermandad? ¿Encontraste a un búfalo sagrado en una arboleda y viste la luz del Reino de los Cielos? —El tono de Aaron mezclaba burla y furia.

Gale hizo una mueca con los labios.

—No seas imbécil. Lo de la caza es una tradición familiar. Mi abuelo aseguraba que descendía de un Pies Negros que vivía en la región, antes del ferrocarril y la ciudad. Decía que quitar la vida a un animal era un acto de honor.

»En el momento de la caza, a través de la mira, puedes ver el alma de la bestia detrás de sus ojos. Es poético, ¿verdad? Y luego, cuando la despellejas, liberas al espíritu y solo entonces se puede comer la carne. Si no, te envenenará. —Gale hizo una pausa, y resopló—. Bonita leyenda. Bonita chorrada. La idea de la Hermandad vino de allí. En los tiempos que corren, ideas tan simples corren como la pólvora. Salvarse a través de rezos y ciervos muertos es un plan reconfortante cuando la muerte acecha a todo el mundo. Como bien sabrás, la desesperación es un caldo de cultivo fértil.

—¿Yo? —preguntó Aaron entre dientes—. Yo no me aprovechaba de las penas de la gente.

—Vamos, Aaron —Gale se me acercó con un gesto de lástima—. Dar a la gente vanas esperanzas y sueños imposibles en el cielo no es algo de admirar. Tiene que haber algún objetivo detrás para que sea digno.

Aaron se negó a discutir con él sobre eso. No le iba a dar esa satisfacción.

—¿Y cuál es tu objetivo?

Como respuesta, Ronald Gale cogió el escalpelo. Esa hoja estaba limpia, brillaba como plata reluciente. Gale se pegó el mango a la mejilla, y se inclinó con una sonrisa cerrada. Bajó el cuchillo.

—¿Mi objetivo? —susurró.

Bajó el cuchillo, y los ojos de Aaron bizquearon en su lumbre. Notó un cosquilleo, ese tacto fantasma, de algo que pica como preludio al tacto. Bajó el cuchillo. Aaron sorbió el aliento.

Le pinchó un dedo y dejó que una gota de sangre brotara y quedara sobre la hoja, redonda y temblorosa.

—Esto es lo que quiero. La sangre.

Aaron frunció el ceño.

Gale se alejó a la camilla de Parker, con el escalpelo en horizontal.

—A mí se me ha encargado la tarea. ¡Solo a MÍ! Yo derrotaré la Epidemia, la oscuridad de Satanás nacida del Inframundo, hecha Peste Negra renacida.

»Saqué cadáveres de la morgue. Del cementerio. Muchos, y analicé su sangre. Ninguna era pura. Ninguna era inmune.

Como un rayo, abofeteó a Parker. El chico debía de estar inconsciente. *Nunca debí dejar que me ayudara. Nunca.*

—La de este chico tampoco me ha servido de nada. Bueno, ahora al menos sé la localización del depósito de ese maldito sheriff.

—¡Déjala ir! ¡Lo prometiste!

El grito de Parker estaba rayado, lleno de terror. Tenía el uniforme lleno de manchas de sangre.

Gale le devolvió una mirada severa, las cejas muy juntas. Giró la cabeza.

—¡Alice, querida, ya puedes entrar!

Se abrió una puerta de madera, y al habitáculo entró una chica menudo, con un vestido blanco y sin adornos. Una melena castaña y lisa le caía en la espalda, peinada a cepillo. Su frente lucía un dibujo rojo, una

cornamenta de cinco puntas.

—Alice, oh Alice, Alice, por favor, desátame.

La chica respondió con una mirada alargada. Aaron la vio de lejos, pero conocía muy bien su significado.

—Alice, por favor… Alice, déjame llevarte a casa.

—¿Qué casa?

Aaron vio la expresión de Parker. La pregunta se le clavó en forma de puñalada.

—Alice… —Y de pronto, el ruego se convirtió en rabia—. ¡Alice, joder, soy tu hermano!

La chica no respondió. El doctor Gale soltó una carcajada seca, mientras balanceaba el bisturí en sus dedos.

—Prometí que la dejaría ir. Pero ya sabía yo que querría quedarse.

¿Realmente se cree lo que dice? ¿Cree o no? ¿Acaso importa?

—Tu hermana será testigo ahora de lo que espera a los infieles como tú. Del sacrificio nacerá el Paraíso en Shaunavon.

Extendió una correa sobre la frente de Parker, de manera que su cabeza quedó inmovilizada. Entonces bajó el bisturí y comenzó a cortar.

•

Hubo un momento en el que los gritos cesaron, y ese momento fue bastante más tarde de lo que Aaron habría deseado. Fue cuando cayó en la cuenta, como un fulminante disparo, de que ya no podría salvarle. Por eso se apresuró con la cuerda.

Su idea habría sido alargar la conversación con ese doctor del demonio (esta vez, Aaron no pensó que jurara en vano), hasta liberarse y hacerle sufrir, hacerle sufrir como nunca había hecho sufrir a nadie. Para eso había arrancado la placa de Parker de la máscara antes de acercarse al portón, y la había ocultado en la cara interior del cinturón. Se le clavó en la cadera en cuanto despertó, pero había valido el riesgo. Si se4 le hubiera caído, como el libro, se lo habrían quitado.

La placa tenía por detrás un gancho bastante afilado, y bastante pequeño, y con lo gruesa que era la cuerda de su brazo derecho, donde estaba

rozando ahora con ese filo, le llevaría varios minutos. Demasiado tiempo.

Ese cabrón había usado la sierra en más de una ocasión. La sangre rociaba su bata y el suelo en torno a la camilla, con un rojo intenso que reflejaba las luces.

—Todos llevamos una máscara, Aaron. Sea nuestra profesión. Sea nuestra fe. Sea nuestro dolor. —Gale susurraba de espaldas, dando tajos como a un filete—. A veces es necesario cambiar la máscara, pues como todo se deteriora. Pero lo que hay debajo, eso nunca cambia.

Gale dio un tirón suave. Aaron tragó saliva. Alice miraba impasible.

Uso una cuerda para ajustarla al rostro. La ató con un nudo tenso.

Al darse la vuelta, Aaron notó que le flaqueaban las fuerzas. Un temblor le invadía el cuerpo, y su estómago se había enrollado como una manta.

Gale sonrió bajo la cara muerta de Parker. Sus ojos tenían esa misma expresión fervorosa que le vio en el estrado de su casa, rodeados de piel muerta, y el cambio de expresión provocó que un chorro de sangre le resbalara por la barbilla hasta el suelo.

—¿Por qué llevas esa máscara? —continuó—. ¿Crees qué esos harapos ocultan algo? Yo sé lo que ocultas. La Orden…

La cuerda soltó un chasquido y cayó a un lado cuando la desabrochó. Gale abrió mucho los ojos.

Aaron volcó la camilla de un empujón, liberando así el resto del cuerpo. Saltó por encima de la misma para usarla como barrera, o lo intentó, con sus piernas apagadas y rígidas. Cayó al otro lado, golpeándose el rostro. Sacudió la cabeza y gruñó por el calor que afloraba a su nariz. Gale avanzaba en silencio, con pasos rápidos. Aaron tiró la bandeja de instrumental de un manotazo. Agarró unas tijeras de acero justo cuando Gale plantaba un pie frente a su pecho. Se las hundió en el tobillo, hasta rozar hueso.

Gale gritó y se desplomó, jadeando. Aaron se arrastró hacia él y recibió una patada en la cara. Un sabor metálico inundó su paladar, hasta que tuvo que echar un esputo sanguinolento. Se levantó y le golpeó con un puñetazo certero en el vientre.

Ya estoy harto de juegos, hijo de puta.

Le plantó un pie en el cuello, y apretó hasta que Gale empezó a resollar. Con la máscara de piel pálida de Parker, no podía saber si se estaba

poniendo colorado.

Aaron escuchó un ruido.

Alice había tropezado con un saco de grano podrido al intentar llegar a la puerta. Aaron levantó hacia ella un dedo.

—Si tocas el picaporte, te juro que cojo un bisturí y te corto el cuello de oreja a oreja.

Aún con esa cara inexpresiva, Aaron sintió el miedo que estallaba en su interior como una caldera. Se agachó y se quedó muy quieta.

—Serás cabrón. ¡Me has destrozado los tendones de…!

Aaron lo levantó con una fuerza descabritada. Lo empujó contra una pared con un golpe sordo. Buscó con la mirada un arma hasta que vio su pistola, en una mesa cercana. Antes de que Gale se hubiera movido, ya tenía el cañón apoyado en su mejilla. O en la mejilla de Parker; la pistola se hundió con un sonido repugnante.

—¡Carnicero lunático! ¿Dónde está?

Gale pestañeó.

—¿El qué?

Aaron le golpeó con la culata. En cuanto amagó un grito le puso la mano en la boca y le clavó el cañón en un ojo.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está el bebé de Rachel Starling? Dímelo o te reviento los sesos.

—Idiota. Y yo que sé dónde está el niño…

—Mientes…

—¡Te digo que no lo sé! ¡Yo solo asistí en el parto! El bebé quedó a cargo de la Orden.

—¿Y dónde lo tienen?

—No lo sé, ¡te he dicho que no lo sé! ¡A mí nunca me decían nada…!

Aaron le hizo bajar el tono de voz con otro golpe. Le miró con los ojos inyectados en sangre, la respiración trocando sus costillas en ráfagas,

apretando los nudillos cerca del gatillo.

Ya lo sabía. Claro que aquí no iba a encontrar respuesta. Es la Secta. Es a ellos a los que tengo que buscar.

Esa voz desgarrada, reseca por el silencio del cautiverio volvió a hablar. *¿Por qué no cogiste el coche y te largaste de Shaunavon en cuanto lo supiste?*

Aaron se negó a responder a esa voz. Miró el cadáver de Parker. Su rostro rojo tenía los ojos muy abiertos y vidriosos. La mandíbula sobresalía como un pico blanco entre la sangre.

—Esos policías no ven la verdad —susurró Ronald Gale, con el rostro blando, sin facciones que lo perfilaran, cubriendo su gesto—. No promuevo una Salvación basada en fantasías ni oraciones sin respuesta. La mía es una Salvación verdadera. El fin de la Epidemia gracias a la ciencia. Solo necesito la sangre de todos. Tu sangre. Y acabaré encontrando la inmunidad que acabe con esa enfermedad.

—¿Y para eso le arrancaste la cara? —gruñó Aaron.

—Es hora de mostrarle a Shaunavon el método necesario. Cuando sepan lo del chico, la Policía tendrá que actuar. Ellos nos atacaran. Nosotros tendremos pretexto. Y entonces podremos conquistar esta ciudad, por fin.

La voz de Gale era seductora, y Aaron la conocía tan bien. Eran palabras de un predicador, suaves y dulces y enérgicas y afiladas como un arma. ¿O eran de médico?

—Solo buscas muerte. —Aaron negó con la cabeza.

Gale osciló la cabeza, ya olvidando la amenaza de la pistola, sus ojos brillaban entre párpados muertos con la curva de una sonrisa pesarosa.

—¿Muerte? Si hubiera tenido la cura de la Epidemia hace cuatro años, podría haber salvado a tu Rachel.

Algo chasqueó dentro del cráneo de Aaron. Sonaba a una puerta de celda que se abría de golpe, rechinando.

Le disparó en la frente, y la sangre caliente y los trozos de las dos caras de Gale le saltaron por la sotana. Alice no pudo evitar soltar un gritito, y empezó a sollozar.

¿Lloras por él, y no por tu hermano? Con la pistola todavía humeando y

candente, se agachó delante de la chica.

—¿Dónde está el resto? ¿El rebaño del doctor?

Alice sacudió la cabeza, testadura.

Aaron levantó la pistola hacia ella, y la chica se derrumbó y lo dijo.

Pudo subirse a una claraboya de esa sala. Al otro lado, había un enorme recinto, la sala en la que el grano se vertía a un prominente elevador de color marrón, sumido en las sombras.

Debían de estar acumulados un centenar de personas, o más, y el rumor de sus cánticos llenaba la torre hasta chocar con tejados de aluminio. Tenían velas y faroles que daba a todo un ambiente antiguo y místico. El olor a humo y viejo cereal llegaba hasta el sitio en el que se alzaba Aaron. Había grano podrido esparcido por el suelo, el aire parecía cargado con un polvo acre.

Nadie le vio. Todos rezaban de rodillas ante el cuerpo de un venado sentado en un altar. Un par de moscas se posaban sobre el pelaje de la bestia muerta. *A este Gale le gustaba tanto el attrezzo.*

Hombres, mujeres, adolescentes. *Ningún niño,* pensó para sus adentros. Aunque esa Alice bien le había parecido una auténtica cría que había cometido los peores errores de su vida. Cuando salía de la habitación por una puerta trasera, la vio aproximarse por primera vez al cuerpo de su hermano. Las líneas de las lágrimas marcaban su rostro a cincel. Aaron cogió el libro de la Orden y salió. Atrancó la puerta tras de sí.

El viento lo recibió con un saludo triste. La oscuridad parecía caer derrotada; a lo lejos un resplandor rojo como la hemoglobina clausuraba la noche infernal. La hierba se cubría con rocío, los letreros cobraban vida con frases sin sentido en la negrura. Unos cuervos vigilaban los raíles para viejas mercancías, con el sosiego de quien observa una tumba.

Tuvo que reconocer que quiso soltar una risotada intensa cuando vio al guardián del sombrero alejarse del portón, mirarle con ojos como platos, mientras descruzaba los brazos y se preparaba para sacar su aturdidor.

Aaron levantó el arma e incrustó una bala en su húmero. El hombre chilló y cayó de rodillas.

Cualquier espectador que observara la escena creería que Aaron era un pistolero salido de una película del Viejo Oeste, y jamás adivinarían que ciertamente había errado el tiro, pues él apuntaba al corazón. Eso pensó, al menos, el insospechado observador que miraba a lo lejos, entre los

arbustos, y poco a poco se iba acercando.

—¡Hijo de puta! —Una vez oyó esa voz esforzada, Aaron pensó que ese tío del sombrero no parecía tan temible—. ¡Si me haces algo, la Secta irá a por ti!

Aaron se detuvo en seco.

—¿Cómo?

—Si has matado a Gale, la Secta te…

—Le has llamado Secta dos veces. En vez de Orden.

El hombre enmudeció. Aarón dio dos rápidas zancadas y le arrancó sombrero y bandana para verle el rostro. Otro puto crío, quizás veinte años. Y esa expresión, como organizaba sus labios y su boca y sus ojos… Aaron la conocía. La vio mucho tiempo en el espejo.

—Tú no eres un ciego creyente. Eres un mercenario, ¿a qué si?

—Vete a la mierda, sacerdote.

Aaron le colocó la pistola en la coronilla.

—Tú sabías quien era. Por eso encontré mi nombre en las amenazas. La Secta sabía que estaba aquí. Llevan años buscándome, me quieren muerto. Lo sé.

—No sé de qué…

Aaron apretó contra él la pistola. Ya se estaba hartando de eso.

—Niégalo y te reviento la tapa de los sesos, como a Gale. Ni siquiera tienes el acento de esta zona, joder. Eres americano.

El chico levantó las manos con nerviosismo.

—¡Para, tío, para! Sí, la Secta me contrató para vigilar a ese puto Ed Gein. ¡Hay que buscar dinero dónde sea hoy día! Pero a mí me dijeron el nombre en la Hermandad. Yo no sabía nada.

Aaron le agarró del cuello de la chaqueta.

—¿Desde dónde te envió la Secta?

El chico titubeó, luego respondió a regañadientes.

—De la… filial que han abierto en Toronto. Fue hace poco, están bien ocultos.

Fue allí cuando Aaron resolvió su primera determinación. Los rayos del sol se encauzaban en los raíles de hierro, y le iluminaban los ángulos del rostro.

—Pues vamos a hacerles una visita.

—¿Cómo que hacerles?

—Dices que están ocultos. Tú me llevarás hasta ellos.

—¿Qué? De eso nada, cura de los cojones.

Le dio tiempo a proferir dos insultos más antes de que Aaron le tumbara con su aturdidor, lo que consideró, por el momento, una retribución justa. Cogió alambre de una cerca cercana para maniatarle (la cerca tenía pinchos, pero seguro que unos arañazos no le importaban mucho). Comenzó a arrastrarlo cuando oyó unos gritos desde el elevador.

Lo han descubierto.

Se acercó y agudizó el oído.

—¡Han sido los policías!

—¡Tenemos que matarlos a todos!

—¡Shaunavon conocerá la ira del Señor!

Y los pies, diez, cien, mil pasos que se acercaban al portón de hierro.

Aaron miró a su derecha, y encontró el farol con la bombilla, en el suelo. Seguramente el chico del sombrero lo había usado para darse luz en la noche; ahora, solo vivía en los rescoldos de la penumbra.

Levantó la cabeza, y vio dos metros por encima, el pequeño ventanuco redondeado, exudando ruido y olor a polvo de grano rancio.

Aaron ya no sabía en creer, pero no pudo rechazar el pensamiento de que todo eso parecía especialmente plantado para él, predestinado por algún tipo de providencia que le instaba a actuar.

También podía ser la voz oscura del presidio, pero, en el camino que

Aaron enfilaba, no se veía capaz de distinguirlas.

Rompió los cristales del farol, y los arcos voltaicos chispearon, libres. Aaron sopesó el peso del candil en las manos, calculó la trayectoria y lo lanzó por el ventanuco

Se escucharon unos gritos, menos de lo que esperaban. Mirando siempre a la torre, Aaron se alejó, con pasos lentos.

La deflagración lo tiró contra el suelo, en una bofetada cálida. Toda la estructura tembló, y por los ventanucos salieron columnas y lanzas de fuego. Aaron se incorporó con el corazón a mil. Algún chillido de auxilio, y a los segundos, solo el ronroneo glotón del fuego. Él mismo se alarmó de lo poco conmovido que se sintió. Menudo portavoz del Señor estaba hecho.

Un objeto romo le golpeó la cabeza, desde atrás. Las estrellas le obnubilaron la vista, y sus rodillas flaquearon. Levantó a tiempo el brazo, y el segundo golpe le arañó el antebrazo. Agarró lo que le había golpeado: no era más que un trozo de poste de una de las cercas. Dio un tirón y la persona que lo empuñaba cayó al suelo, entre resoplidos.

—Sussane…

Y entonces lo comprendió. Ya lo entendía todo. Todo cobró sentido desde el primer paso que dio en esa mugrienta cantina.

—¿Qué es lo qué has hecho? —preguntó ella con una voz lacrimosa. *Dios, está horrible. Bastante más horrible que yo.*—. Aaron, joder, lo has echado todo a perder.

—Tú me trajiste aquí para que Gale me cogiera. Todo estaba planeado. La Hermandad sabía mi nombre por ti.

Las dotes de Aaron para su profesión le habían fallado esta vez. Si hubiera sido capaz de leer a las personas tan bien como creía, habría notado que el nerviosismo de Sussane era propio de los mentirosos. Y de los desesperados.

—¿Por qué, Sussane? ¿Por qué lo hiciste? Dios, Rachel era tu amiga. ¡Y tú me has traicionado por uno de los cabrones que la dejaron morir!

Sussane levantó esos ojos, grandes y colmados de lágrimas.

—Por favor, Aaron, no te hagas el moralista. No después de lo que has hecho. Le has matado. Les has matado a todos.

—¡Claro que sí! —chilló Aaron a todo pulmón. Y Sussane retiró el rostro, y se agarró las mangas.

—Lo que te dije de Gale y de Rachel era cierto, ¿o no? —tuvo al desfachatez de susurrar.

—Sí, pero tengo la sensación de que se te olvidó decir mucho más.

—Es posible —dijo ella, y soltó el aliento tembloroso—. Pero como decir algo que ni yo quiero creer.

Con esa palabra, retiró una de sus mangas. Tenía unas manchas doradas, pero oscuras, como una miel pasada de fecha. Allí donde no crecía ese color tan frío, asomaban ronchas y ampollas. El rastro de color seguía, como lagunas en un mapa soez, hasta ocultarse por el hombro.

Aaron tragó saliva, y por mucho que se resistiera, su rabia se evaporó. Solo sentía lástima. Lástima por ella, lástima por él mismo.

—¿Dónde está Tom? —preguntó con un tenue hilo de voz.

Sussane sorbió con dureza por la nariz, y tosió por el humo. Una lágrima resbalaba por sus escuálidas mejillas, pegadas a los pómulos.

—La Epidemia se lo llevó, hará cosa de un mes. Creo que fue él quien me lo contagió, mi querido Tom… Aaron, he buscado tanto una esperanza. Y he rezado, he rezado tanto que me dolía la cabeza. Hablé con creyentes, y con los rumores que estos llevaban por las carreteras. Así oí de Gale, de la cura que estaba buscando.

Sussane agarró a Aaron de su mano libre, la apretó y cerró mucho los ojos. Sentía como le clavab los dedos en las cicatrices de la muñeca.

—Ya noto la muerte creciendo en mi interior, esa larva que poco a poco me consume para crecer y crecer. Tú eres distinto, Aaron. La Epidemia nunca te ha tocado. Y has estado tan cerca de ella. Tu sangre, tu sangre podría haberme salvado. Gale podría haber sintetizado una cura. Dios te ha bendecido.

Aaron, con mucha suavidad, le apartó las manos.

—No, Sussy, nadie me ha bendecido. Y si no, mira a tu espalda.

El humo salía por cada agujero de esa oxidada estructura. Aumentaban los crujidos de la madera y el metal. Los cimientos se estaban debilitando.

—Quizá —concluyó ella, moviendo la cabeza como si flotara— es la voluntad de Dios que me encuentre con él.

¿Cuántas veces he escuchado ese argumento? ¿Cuántas veces, atribuir lo que no se puede controlar a un ser superior? Él acababa de hacerlo, ingenuo, cuando tiró el candil. Pero fue su decisión.

Sussane había ido esparciendo la Epidemia por todo Shaunavon con su furtiva visita. Aaron se convenció de haberlo salvado cuando arrojó el fuego al elevador de grano, y en realidad ya había sido condenado. No sería ni el primer ni el último asentamiento olvidado, repleto de esqueletos y ruinas, cercado por grandes muros y carteles con el símbolo de peligro biológico.

¿Y todo eso es voluntad de Dios? De verdad, espero que no.

—Lo siento, Sussane. —El tono de sacerdote compresivo volvió en esas palabras, y para sumar, le puso una mano cálida en el hombro, antes de marcharse, mientras ella observaba el elevador de grano que se convertía en antorcha, extinguidas las vidas de su interior.

Aaron metió al chico del sombrero en los asientos de atrás de su Mustang, y luego se puso al volante. Con la ventanilla rota, el aire cargado de humo le entraba por la nariz y le picaba la garganta. Se alejó por la carretera a toda velocidad, con el rostro lleno de hollín y sangre.

Miró Shaunavon por el retrovisor. Creyó escuchar un grupo de sirenas que se acercaba. Pisó con más fuerza el acelerador. El día devoraba la congregación de luces de las casas, y poco a poco, vio como la ciudad se consumía en la distancia.

Siguió una carretera rumbo este, con el sol de cara, los ojos fruncidos y llorosos. Intentó visualizar el rostro de su descendencia para sentirse mejor, pero esta se deshizo en la bruma.

Y, en el fondo de su mente, le sobresaltó una risa gutural, voces mezcladas.

Ahora que Dios no te acompaña, nosotros seremos tus amigos. Tu consuelo. Tu odio.

Hacia dónde te diriges, ¿queda el futuro, o la venganza?

Capítulo 2

Episodio II

Lo que esconde el bosque

Connor Thelonious Levine nació en San Luis un cálido 28 de junio de 2006 tras nueve meses de gestación, sano como un roble. Hijo de Jonathan y Elain Levine, nadie podría afirmar jamás que Connor careciera en su infancia de atención, cariño y comodidades.

Al contrario: se educó en un colegio privado al que acudía gente adinerada, sus padres le llevaban de vacaciones a Orlando y, en las contadas ocasiones en las que ambos progenitores hacían una gira musical, como reputados batería y pianista que eran, se llevaban al niño de un rincón a otro de los Estados Unidos.

Es probable que esta misma razón sea por lo que, a la edad de seis años, su realidad se viera tan impactada al presenciar por primera vez una muerte en directo.

El autobús de su escuela venía a recogerlo todos los días a las siete y veinte minutos de la mañana, en la ronda habitual que hacía por el barrio. Unos diez minutos después, cuando todos los chicos estaban acomodados en sus asientos, entre charlas infantiles y canciones a coro, el autobús tenía que atravesar cuatro calles de una de las zonas más conflictivas del Gran San Luis.

Todo ocurrió en un callejón mal iluminado, entre vapores de alcantarilla y escaleras de incendios. Una mujer emergió de la penumbra, corriendo con dos zapatos de tacón en la mano y una de las mangas de su vestido roto. Aunque nunca lo sabría, Connor fue el primero en verla, jugando con unas gafas de colores que daban a la vista un tono verde avivado, como el de un césped recién regado. La chica parecía así una elfa de los bosques, una criatura de cuento.

Saltó sin vacilar a la carretera y chocó de frente contra la chapa del autobús. Solo quedaron su pelo, su frente y sus ojos por encima de las ventanas. Desde el lado de Connor, sus chillidos sonaban como la llamada de un genio metido en una lámpara de latón. Las palabras se enredaban tanto que resultaban incomprensibles. Connor no la escuchó decir nada con sentido.

El perseguidor llegó unos metros por detrás, joven y musculado, con una camiseta de tirantes blanca llena de lamparones. Frenó derrapando sobre

el asfalto, lo justo para agarrar a la chica y chillar a su mismo ritmo. La agitación dejó en silencio al autobús. El conductor habría apretado el acelerador de golpe de no tener un semáforo en rojo delante, o mejor dicho, a gente que estaba cruzando con ese semáforo en rojo. Pero se limitó a escuchar, como el resto, la alocada discusión.

Nadie sabe muy bien de donde salió la pistola. ¿La llevaba él? ¿La llevaba ella? Connor nunca tuvo respuesta para ese misterio. En el momento en que hizo acto de escena, los profesores comenzaron a gritar, y ordenaron a todos que se agacharan. Connor estaba tan ensimismado que no hizo caso. Permaneció sentado, observando el forcejeo ensimismado. Y eso le salvó la vida.

El arma soltó dos tiros, y las balas atravesaron primero el pecho de la mujer y luego la chapa del autobús, rebotando en el interior del vehículo, hasta que en algún punto quedaron por fin incrustadas. Connor miró las abolladuras que habían dejado en su errático viaje, justo a sus pies. Arrugó la nariz, pues un olor a pólvora ascendió por el aire.

Cuando la policía se presentó unos minutos después, Connor oyó afirmar que "había sido un auténtico milagro" que solo tuvieran un cadáver. Raro, porque Connor pensaba que los milagros suponían que todos se salvaban, no solo algunos.

Su padre estaba colérico. En realidad, todos lo estaban. Pero su padre el que más. Consiguieron que el autobús cambiara la ruta. Tendrían veinte minutos más de viaje, pero mucha más seguridad. Su madre tampoco se conformó con el psicólogo de la escuela, que tuvo sesiones con todos y cada uno de los niños y niñas del autobús. A Connor no le disgustaba: se libraba de clase, le daban galletitas y hacía juegos divertidos.

El nuevo al que le llevaron era aburrido, tenía un despacho gris y no paraba de preguntar y preguntar, cavando en su cerebro para encontrar respuestas que Connor no sabía formular. Al cabo de un tiempo, dejaron de llevarle. Contra todo pronóstico, Connor no desarrolló ningún tipo de trauma.

Una pena, pensaba el Connor de mayor, pues un trauma como el que tuvieron el resto de esos niños lloricas le habría permitido encajar en la nueva realidad. En su lugar, Connor cambió a ojos de los demás. Los niños comenzaron a susurrar. Y luego algunos padres, a los que Jonathan Levine habría pegado un puñetazo en la cara si se enterara de lo que decían.

Hablaban de un detalle tonto. Un detalle de niños. Un detalle que Connor solo descubrió la primera vez que se lo soltaron sin suavizar.

—Ese asesino que mató a la chica era un negro. Un negro de mierda, como tú.

Dieciséis años después de eso, Connor podía afirmar con orgullo que él no había sido como ese asesino negro de mierda, él era un negro decente, o mejor dicho, una persona decente. No quería decir palabras como un maldito racista.

He tenido que hacer cosas, joder, cosas para sobrevivir. Pero no toleraré que me insulten, ni me llamen asesino. Eso jamás.

Incluso trabajar para esos chalados de la Secta. Siempre tuvo dudas, como cualquiera con ciertos límites los tenía. *Y, joder, vaya si la cosa se ha ido de madre. Vaya que sí.*

En vez de trabajar para chalados, ahora estaba en manos de un chalado.

—¿En serio no podemos hacer un trato? ¿Aunque sea uno pequeñito, para que me quites este alambre de las muñecas?

El sacerdote le dedicó una mirada rápida a través del retrovisor, antes de volver a centrarse en la carretera.

—En cualquier caso, si hubiera querido huir, tener las manos atadas no habría supuesto un obstáculo.

El sacerdote no hizo gesto alguno.

—En Toronto reina el caos. Por algo elegí trabajar en Shaunavon. Te recuerdo que el país tiene dos gobiernos desde las elecciones, y ninguno legítimo. Uno tiene su base en la ciudad. Ese lugar es peligroso. Si te das la vuelta, todavía podemos negociar algo que zanje nuestras diferencias.

Con un movimiento alargado, ajeno a la prisa, el sacerdote alcanzó la guantera, y sacó la pistola.

—Esto es lo único que puede zanjar nuestras diferencias, mocoso. Creo que no eres consciente de lo que pasa. Tú me llevaras a la base de la Secta en Toronto. Solo entonces te dejaré ir… de un modo u otro. Hasta entonces, muérdete la lengua o lo lamentarás.

Gruñó palabras inteligibles antes de bajar el brazo de la pistola. Connor escudriñó su brazo. Allí donde terminaba la manga, la piel estaba lacerada, tirones de carne marcados tras miles de roces. *Él ya ha sufrido ser rehén de alguien. Seguro.* Connor Levine no aprendía de sus errores ni cuando se los metían por el culo con un palo ardiendo, y él mismo lo

sabía, así que no se sorprendió de volver a abrir la boca.

—Tú no vas a matarme. Tú lo has dicho. Me necesitas. Así que blande esa pistola cuanto desees, vaquero.

El sacerdote apretó el freno, y los neumáticos levantaron una humareda de polvo hasta detenerse en seco. Connor cayó hacia adelante. Sin el uso de los brazos, se golpeó con el asiento del conductor en la mandíbula.

—No voy a matarte —dijo el sacerdote con una voz ronca que ganaba en estridencias—. Tú lo has dicho. Te necesito. Pero puedo hacerte cosas mucho peores. La bala que tienes en el húmero se quedará en un beso cariñoso.

Connor cayó hacia atrás, y escupió sobre la piel de los asientos la sangre que se le acumulaba en la boca. Se había mordido esa condenada lengua suya. Luego, sonrió.

—Entendido. —Se colocó, y contrajo por un momento el rostro—. Pero si me quieres vivo, más te vale renovar las vendas de ese beso.

Se quedó dormido antes de ver su deseo cumplido. Ya le había ocurrido varias veces a lo largo del día. Sentía un peso fuerte, pegajoso, implacable que le cerraba los párpados y… ¡pam! Volvía a abrirlos dos horas después. *Y todo por el aturdidor que me ha quitado el cabrón.* Recordó que, en la academia de policía, obligaban a usarlo sobre uno mismo para constatar sus efectos y por lo cual, usar eso que los policías debían tener en el centro de sus actuaciones: la empatía. *Todo un cuento chino. Además, aquella vez solo fue un picor intenso y unos miembros plomizos.* Aunque también se obligaba a recordar que ese aturdidor estaba modificado para ser mucho más fuerte. Connor decidió, en un ataque de cordura, que no volvería a usarlo. Igual había cruzado la línea.

Su vida se convirtió en una serie de episodios cíclicos. Despertaba, intentaba entablar una conversación con el mamón de la sotana, dormía, y vuelta a empezar. El resto siempre lo mismo: El Mustang lleno de restos de sangre, el olor a cuero y a metal, los pinchazos del alambre de cerca, y sobretodo, esa bala que se hincaba en el hueso de su brazo, metida bajo músculo y piel, enterrada en unos vendajes cada vez más húmedos y rojos.

El escenario tampoco mutaba. En su esencia, permanecían las praderas y los terrenos de cultivo mortecinos del invierno, los arbustos, las granjas solitarias y el búfalo que rondaba entre los hierbajos mustios en busca de alimento. Por algo había querido Connor que la Secta le enviara a Shaunovan. Frente al peligro de Toronto, estaba en medio de la nada más

absoluta. Ese paisaje no seduciría ni al más apasionado naturalista, tendido por kilómetros y kilómetros en la vasta Saskatchewan, moteado por pueblos que se vaciaban ante el advenimiento de la Epidemia. *Excepto Shaunavon. Todo tenía que pasar en Shaunavon. Pueblo de enfermos.*

Cuando despertó una vez más, lo único que no quería ver cambiar había desaparecido.

Los pinos lo cercaban con sus ramas negras. Se inclinaban como negros vigilantes en la carretera, como si estiraran brazos llenos de púas para detenerlos. Los focos del Mustang iluminaban copos de nieve que caían plácidos en una noche sin viento.

—¿Dónde estamos? —preguntó Connor.

—De camino a Toronto —dijo un lacónico sacerdote.

—Y una mierda. Estoy seguro de que esto no está en ese camino. ¿Dónde coño nos has metido?

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? —La voz del sacerdote sonó a amenaza, no a petición—. Llevo bajo la pista de la Secta desde hace años. Y es posible que ellos pronto sepan lo que ha pasado en Shaunavon. No me arriesgaré a seguir las rutas convencionales. Esperan que vaya al este. Así que iré por el norte.

La palabra sonó con una tétrica nota final. *Norte. El norte. El norte, el frío y el hielo, la cuna de la Epidemia.*

—Nos vas a matar.

—Estamos entre el parque nacional Prince Albert y Narrow Hills. Casi no hay poblaciones por aquí. El único peligro que puedes tener aquí es el mío.

—Guárdate las amenazas —Connor se reclinó en el asiento—. No se puede razonar contigo. Estás loco.

—¿Eso crees? —susurró el sacerdote.

Connor creyó escuchar un ruido en las profundidades del bosque. Miró por la ventanilla, pero su mirada no pasó del muro compacto de las coníferas. El aire entraba en mareas por la ventanilla rota, y sonaba desgarrado y agudo por los filos que quedaban en los bordes.

—Eres un asesino —afirmó, todavía atento a los árboles—. Vas con esas ropas de sacerdote como si así parecieras más puro, pero yo lo vi.

Quemaste a todo esa gente.

—Esa gente estaba lista para invadir el pueblo, para provocar una matanza, idiota.

—Entonces solo intercambiaste vidas, no evitaste muertes.

—¿¡Quién coño eres tú para darme lecciones!? —El sacerdote dio un golpe al volante—. Hipócrita, ¿sabes lo que hicieron con el policía? ¿Lo sabes? Gale le arrancó la cara. ¡Como quien pela una fruta! ¡Y tú trabajabas para él!

—Pero yo no lo hice —Connor inclinó la cabeza hacia un lado—. Yo siempre me negué a ese tipo de trabajos.

—Ja, sigue engañándote a ti mismo —dijo el sacerdote, con la boca retorcida en un gesto sardónico.

—Sí, él estaba loco. Y tú también. Los dos igual de locos. Y la Secta igual. Este es un mundo de locos. ¡Todos locos! —gritó Connor, levantando las muñecas enlazadas.

El sacerdote guardó silencio.

Veinte minutos después, se detuvo. Cogió un pequeño desvío, un camino de tierra lleno de surcos que descendía de manera abrupta por el bosque. Avanzó unos cincuenta metros, hasta encontrar que el camino terminaba en un claro y una pequeña cabaña de guardabosques. El sitio estaba abandonado, por supuesto. Llevaba un tiempo así. De hecho, el sacerdote ni siquiera intento entrar. Las ventanas estaban intactas pero polvorientas, y la puerta bien cerrada pero lleno de rasguños de zarpas.

—Aquí hay lobos, y ciervos, y carnívoros. A montones —advirtió Connor desde el coche.

—Los ciervos no son carnívoros —dijo el sacerdote en tono cansado.

—Pero tienen cuernos —Connor intentó hacer el gesto con los dedos, y se rasguñó con las agujas de la alambrada. Masculló una maldición.

—¿Quieres que te cambie las vendas o no? —preguntó el sacerdote desde el porche.

—Si… Pero…

Un almacén aledaño estaba abierto. Las cadenas que debían sellarlo yacían en el suelo, con el candado abierto.

Connor le vio internarse en la oscuridad, y esperó un largo rato, inquieto, atento a cada partícula de sonido que salía de entre los árboles. La noche era clara, y las estrellas aportaban una luz pálida y delicada que envolvía los troncos con velos fantasmales. *Yo soy un tío de ciudad. Un tío de ciudad. No de bosque. Maldito sacerdote.*

Tan tenso estaba que saltó en el coche cuando vio salir de vuelta al sacerdote. Soltó una palabrota por su estupidez. El sacerdote iba cargado de leña.

Encendió una hoguera en el centro del claro, y Connor vio a las llamas prender y ahuyentar la penumbra. Brillaban, con un rojo cálido, en pinos y eucaliptos. El candor calmó un poco los nervios de Connor.

El sacerdote vino de vuelta y le abrió la puerta. Bien visto, Connor había tenido algo de razón en asustarse. El sacerdote tenía las ropas llenas de manchas de sangre, de los pies hasta el alzacuellos; parecía un maldito carnicero. Su rostro lucía los mismos restos, además de cortes, moratones y una nariz algo inflamada. Sus ojos estaban rodeados por aureolas moradas, y el pelo oscuro le caía sobre la frente, sucio y sudado. *Que poca pinta de religioso tiene.*

—Estás hecho un asco, ¿lo sabías? —dijo Connor.

—Ya me lo han dicho —El sacerdote balanceó la cabeza—. Venga, sal.

Connor esperó en silencio. El sacerdote también. Al cabo de un rato, el joven se encogió de hombros y le enseñó la alambrada en las muñecas.

—No te lo pienso quitar. ¿Las piernas te funcionan, no? Pues sal de ahí.

—Me duele todo —se quejó Connor.

El sacerdote respondió enseñando el aturdidor.

—De verdad esperabas que te cargara como un fardo —comprendió con un gesto amargo—. Bájate del coche ya.

Finalmente, Connor obedeció.

Con el cura de sombra, llegó al círculo más cercano a la hoguera y se sentó en el suelo, con cuidado de no mover el brazo, lo que a su vez resultaba difícil con las manos unidas. El sacerdote sacó un rollo blanco y

le cambió el vendaje. Sus manos tuvieron una delicadeza inusitada.

—Cualquiera diría que te dedicabas a esto —comentó Connor.

—He vivido los últimos años en un lugar apartado. Una granja que perteneció a uno de mis tatarabuelos. El pueblo es tan pequeño y apartado que no tiene médicos, y si hay una emergencia, la ambulancia tarda más de una hora en llegar. Al ser el cura del pueblo, muchos me pedían ayuda a mí. Aprendí a la fuerza.

Connor alzó las cejas.

—Creía que habías robado esas prendas.

El sacerdote le echó una mirada furibunda. Hizo un nudo en las vendas que hizo a Connor doblarse de dolor.

—Y yo creía que tú eras un sicario experimentado y peligroso. Ese sombrero te quedaba demasiado grande, niño.

—Es Connor — *Y espero que me devuelvas el sombrero. Con la cartera.*

El sacerdote frunció el ceño.

—Como digas.

—Tenemos que ir a un sitio con un médico de verdad. Con la bala ahí dentro todo se me va a gangrenar.

—¿Y?

El sacerdote dio dos pasos tras él y recogió algo que tenía un sonido metálico.

—¿Cómo qué y? Me necesitas vivo —chilló Connor.

—Pero no entero. Creo que tengo un cuchillo en el coche. Espero que corte hasta el hueso —dijo el sacerdote con un tono monocorde.

—No tiene gracia, demonios.

—No jures en vano.

—Como tú digas, sacerdote de los…

Notó algo frío que caí entre sus piernas. Connor bajó la cabeza y vio la

cadena de hierro.

El sacerdote enroscó varias veces la cadena, pegando brazos y torso, para luego estirarla y atarla a uno de los postes del porche de la cabaña. Allí cerró de un golpetazo el candado.

—Es Aaron. Tienes tres horas para dormir. A las cuatro salimos a la carretera.

Connor no pegó ojo. Lo intentó muchas veces, colocándose en una posición u otra mientras los eslabones producían ruido al arrastrarse. Le dolía el brazo, tenía las muñecas llenas de arañazos y sangre fresca, y el estómago le rugía. Aaron le entregó un par de galletas y una botella de agua a medio llenar. Acto seguido, se sentó en el extremo contrario de la hoguera, donde comió y bebió el doble. *Hijo de puta*.

El tipo estaba agotado, de eso no cabía duda. Estuvo un rato leyendo un extraño libro, y cuando se cansó se puso con su teléfono móvil, observando y leyendo mensajes. Luego se conectó a varias emisoras de radio y escuchó las noticias. El eco de los locutores se extendió en ondas por el bosque negro.

Seguía sonando en la mano de Aaron cuando él ya dormía, tumbado y hundido en sueños que le hacían gesticular y rubricar palabras en sus labios.

—El Gobernador de Missouri ya ha anunciado que no aceptará los dictámenes del Tribunal Supremo, y asegura que evitar la extensión de la Epidemia está por encima de los derechos individuales de los ciudadanos. Varios gobernadores ya han anunciado medidas similares para sus estados, donde se expulsará a aquellos con sospechas de padecer la Epidemia.

Oh, querida Missouri, siempre eres tan buena con todos. ¿Cómo no quererte con tus purgas y tus ejecuciones en masa?

—En otro orden de cosas, se confirma que la cifra oficial de fallecidos en la explosión de Shaunavon se eleva a 117. —Connor levantó la cabeza—. El alcalde de la localidad ha confirmado que el incendio fue provocado, y que hay dos sospechosos huidos. Se ha difundido una orden de busca y captura a las autoridades de la provincia. Cuando un periodista preguntó al alcalde sobre los rumores de casos de la Epidemia en el pueblo, se negó a hacer comentarios. Se espera que el sheriff de Shaunavon sea cesado en las próximas horas. En próximas noticias, os traemos los posibles avances para una vacuna desde Washington. Ahora, un poco de música

para amenizar la noche.

Una melodía que sonaba a alguna sinfonía clásica de Beethoven, o Mozart, o algún compositor que Connor desconocía comenzó a inundar el claro. Tenía un viola como epicentro, un sonido que parecía grueso y estridente. Connor se sintió incómodo, tenso, como si la hoguera se hubiera alejado cuando no la miraba, dejándolo a merced del frío.

Es como si ya la hubiera escuchado. En casa. Con la familia. Connor intentó encogerse. En otra vida.

Dio un puñetazo al césped, y luego maldijo porque una de las agujas se le clavó honda en la piel. Connor la sacó mientras siseaba con la lengua. *Todo habría sido más fácil si no hubiera aceptado el trabajo. Habría encontrado otro, y ya tendría el dinero con el que irme a México. Nunca debí meterme en el mundo de la Secta. ¿Qué esperaba? ¿No encontrarme con gente como Gale? ¿Con gente como el sacerdote homicida? 117, por el amor de Dios. ¡Y encima también soy sospechoso! Yo nunca habría hecho eso. Nunca. Nunca. Nunca. Hay límites que nunca se cruzan. Balas que nunca se…*

El grito le sobresaltó. Sonó agudo, en la distancia, lleno de reverberaciones al chocar con los toscos pinos y sus blandas nieves. Connor esperó, y al rato, dedujo que sería obra de animales. Un predador que había atrapado a un cervatillo. Un lobo que lo había alcanzado en la oscuridad. *Seguro que hay lobos por aquí.* El pensamiento trepó por su espalda, erizando los pelos de su nuca. *¿Por qué ha venido este loco aquí?*

El segundo grito lo dejó yerto, cual estatua viviente. Aún creía escuchar en sueños los gritos de los fanáticos que se quemaban en Shaunavon, mientras él se zarandeaba a un lado y otro de la consciencia. Y ese grito era igual. Tremendamente humano.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro. Al instante se sintió un imbécil. ¿Quién coño le iba a escuchar con esa voz en miniatura?

—¡¡¡SOCORROOOO!!!

Antes de que pudiera saber muy bien lo que estaba haciendo, Connor ya estaba en pie, intentando zafarse de las cadenas.

—Maldita sea –gruñó, dando tirones inútiles, mientras los gritos se repetían. Volvió a quedarse quieto, para pensar, con la cabeza fría. *Si solo bajara un poco los gritos… Me dejaría idear algo.*

Se rascó la cabeza con los puños, y al hacerlo dejó un arañazo rojizo en su frente. Connor soltó una maldición. Y solo un poco más tarde, una

bendición.

Arrancó con sus dientes una de las agujas del alambre de cerca, y una vez la tuvo entre sus dedos, se acercó, apurando los remanentes del silencio, hacia el candado en el poste del porche.

Su infancia en San Luis había enseñado a Connor que el camino de la delicuencia solo conllevaba sufrimiento y sangre. Pero su madurez en los días de la Epidemia le había mostrado que unos truquitos nunca venían de más. Como forzar cerraduras. De hecho, debía ser el más inocente de los trucos que conocía.

Aun así, tardó un par de minutos en abrir el candado. Los gritos habían perdido potencia, se alejaban en la espesura. Las cadenas cayeron al suelo de sopetón, provocando un ruido enorme. Connor arrugó al rostro, y observó al sacerdote.

Aaron permanecía profundamente dormido. Connor dio varios pasos hasta quedar sobre él, tan cerca para hacer lo que quisiera. *Podría acabar con él, ahora mismo. Eso es lo que habría pensado cualquier rehén.*

Pero Connor no recordaba haberse arrogado un sucio papel de justiciero, a diferencia del sacerdote. Así que le abandonó allí, con sus sueños y su soledad. *Todo su plan se vendrá abajo. Creo que eso es castigo suficiente. ¡Claro que sí!*

Esbozó una efímera sonrisa, hasta que el último grito emanó del bosque. Connor salió corriendo, sin ulterior reflexión, arrastrado al peligro como un pez al anzuelo. En pocos segundos pataleaba en las sombras, tropezando con raíces y sorteando las plantas congeladas del sotobosque.

—¡Por favor! ¡Por favor! —La voz apagada discurrió entre los árboles, y Connor se aferró a ella como a una débil cuerda, tanteando con zancadas cuidadosas.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo?

Podía ser que nunca encontrara la voz. Que le devorara una jauría de lobos. Que un espíritu furibundo de una excursionista muerta le atrajera en la noche como una sirena que consume a los marineros descuidados. *Ya nada me extrañaría. Si hubiera sido más cuidadoso, ese sacerdote nunca me habría disparado en el brazo. ¡Cómo duele, joder!*

Pronto sintió las heridas, el hambre, la sed, el cansancio que hacían mella en sus músculos. Todo se unió, encajando en su cabeza, en el espacio dedicado al más profundo de los miedos. Y pensó en la última posibilidad, aquella que no incluía bestias ni fantasmas, sino el bosque, la noche larga, y él vagando entre los altos pinos, que le susurrarían cantos de cuna

hasta que le fallaran las fuerzas y se desplomara, perdido en la tundra, para nunca despertar.

No. Joder. ¡Basta! Deja de pensar eso.

El último grito que escuchó le rescató de eso pozo terrorífico. Levantó la vista, escrutando siluetas bajo la luz de una luna creciente. Cuando los ojos no le sirvieron, agudizó el oído. Y escuchó un rumor, firme y sereno. *Un río. Viene de un río.*

Lo encontró cinco minutos después, tras llegar rebozado en sudor y tierra a lo alto de una loma que descendía a una playa pedregosa. La luz pálida se colaba entre los guijarros, para luego ablandarse y diluirse en las negras corrientes de un ancho caudal, que bajaba de las montañas con trozos de hielo desgajado. Un viejo muelle se alzaba sobre la orilla, y a sus pies la corriente se retorcía en torno a los pilares, formando tirabuzones de espuma. Connor estaba seguro de que, no muy al norte, se alzaba una catarata.

Había una lancha atada al muelle. Sobre él se movía algo, una sombra. Como el resto del bosque, era incapaz de escapar de la mirada de las estrellas. Ni la chica, ni la persona que la portaba al hombro, como un fardo.

—¡Eh, eh, tú! ¡Suéltala!

Por respuesta no recibió más que el gruñido del motor. En su cabeza, Connor lo sintió como un reloj que daba a medianoche, y la primera de las doce campanadas que marcaban la cuenta atrás. Salió disparado como una bala, levantando los brazos unidos para mantener el equilibrio, mientras torrentes de guijarros se deslizaban entre sus pies. Mantuvo todo el rato la mirada fija en la lancha, que arrancaba poco a poco su marcha.

Al intentar subir al muelle tropezó y se tragó los tablones de madera. Estaba seguro de haberse roto una ceja, pero o no lo notó o no le importaba. Las heridas ya eran tantas que se habían fusionado en una molestia constante, irresistible. Había atrapado por casualidad una piedra entre sus manos agarrotadas, así que sin pensarlo la lanzó contra el secuestrador. Se sumergió en el agua con un chapoteo.

Maldita puntería.

Las hélices chillaban y dejaban un rastro de espuma a su paso. Connor calculó que ya estaba a diez metros, cuando llegó al final del muelle. El pecho le bamboleaba por la fuerza de la respiración, y su aliento formaba volutas blancas, llenas de una ira ardiente. Había llegado la hora de rendirse, eso lo sabía cualquiera. Pero Connor, que ya había visto

injusticias pasar de largo en ese mundo de mierda, no pensaba dejar escapar la única que tenía a mano. Porque ya estoy harto de eso.

Bajó la mirada al turbio río, y no sacrificó ni un segundo. Tragó oxígeno de golpe, cerró la boca y saltó.

Connor acudió a clases de natación durante años en el instituto, incluso llegó a participar en una competición o dos. Un entrenador dijo una vez que, si se esforzaba, podría llegar a un evento de nivel nacional, o quien sabe, las mismísimas Olimpiadas. Claro que ese entrenador decía a muchos lo mismo, y nunca se había cumplido. Pero, en definitiva, le dio la suficiente confianza para saber que nadar no se le daba nada mal.

En una piscina climatizada. En un río del norte de Canadá en pleno invierno, no pudo avanzar ni tres metros sin que el frío le traspasara la ropa, la piel y le entumeciera los músculos. Connor avanzaba a duras penas, y las brazadas eran difíciles con los brazos atados. Se impulsaba sobre todo con las piernas, algo que no afianzaba su velocidad. El peso de su propio cuerpo comenzó a sobrepasar sus fuerzas. Se sentía rígido, como atado por cientos, miles de cadenas sacadas del Ártico. Su vista se emborronó, y constató con amargura que ya no veía la lancha. El pánico, el rencor, la obstinación, todas se diluyeron en su cabeza y no quedó nada más que el agua gélida. Antes de darse cuenta ya estaba sumergido, tiritando, notando las esquirlas de hielo que chocaban con su cuerpo.

Connor creía haber experimentado sufrimientos a lo largo de su vida, pero nada se comparaba a la tenaza del río. Se asfixiaba y se congelaba, todo a la vez. Tocó el lecho del río con los pies, en la más profunda oscuridad.

Su agonía le devolvió a la piscina, a una piscina solitaria, y a los gritos de una chica. Cuando él llegaba, ella estaba muerta, flotando sobre el agua clara. Connor alargaba la mano, y ella la aferraba con una piel viscosa. Esa mano le volvió a tocar, más allá de las pesadillas, aunque el frío ya no le dejaba sentir nada.

Da igual quien haya sido. Para ellos, serás el culpable. Connor intentó gritar, pero su rostro no respondía.

La vida volvió a Connor con una arcada. Vomitó toda el agua almacenada en sus pulmones, y nada más pudo respirar sintió que el cuerpo le temblaba sin control. Lo envolvía una manta sucia.

—¿Q-q-q-q-qué coj-j-jon-n-n-nes?

—Eso digo yo. ¿Qué cojones te pasa?

Los objetos seguían difuminados, pero Connor distinguía la luna, los árboles y los guijarros. A la persona que tenía en frente no necesitaba verla bien, le bastó con esa voz hosca y directa.

—T-t-t-tú n-n-n-o llllllllo ent-t-t-t-t…

—¿Qué no lo entiendo? Entiendo que querías escaparte, cabrón. Y lo peor es que casi te matas. ¡Eres un crío sin cerebro, nada más!

Connor pestañeó, y consiguió ver con claridad el rostro del sacerdote, prieto y lleno de arrugas. Estaba empapado, y la respiración salía de él con bufidos. Se puso en pie, y disparó a un tronco. Una. Dos. Tres veces.

—¡P-p-p-p-pero qué h-ha-ha-ces! —*Loco, loco estúpido.*

Aaron le agarró del cuello de la camiseta empapada.

—Que una cosa te quede clara. Mientras estés conmigo, solo hay una cosa que te matará. Una, y nada más.

Señaló con un dedo a los agujeros del pino. La savia brotó de uno de ellos, lenta y espesa hasta que se congeló.

Concepto captado, capullo. Connor no articuló réplica, más que nada porque se haría de día para cuando terminara la frase. Solo pudo observarle en silencio, intentando gesticular para recuperar sensibilidad, aunque era como si la cara no le perteneciera. *Parezco el loco de Gale.*

—T-t-t-t-ten-g-g-g-g-g…

—Frío. Ya lo sé. Ya lo sé. —Aaron se tomó un momento para recuperar el aliento. Se frotó los brazos, y le miró con más contención—. ¿Puedes caminar?

–C-c-c-creo que s-s-s-si…

Trató de incorporarse, sin éxito. Aaron lo levantó por los hombros y luego lo llevó apoyado en su hombro. Por primera vez, Connor deseó sentir dolor. El frío se había alojado con fuerza en sus nervios, así que se sentía débil, mareado, con un pulso ralentizado que a duras penas distribuía la sangre caliente. Ni siquiera podía notar que Aaron le había quitado la cerca de las manos.

—Más bien no puedes. Te tendré que llevar a rastras. ¿Tan desesperado

estabas para tirarte a un río helado?

Connor se calentó en la hoguera junto a la cabaña. Aaron no hizo nada más, solo se sentó junto a él, y lo observo, minutos y minutos. Su rostro albergaba algo más que ira o rencor. Estaba muy preocupado, y con ello, aunque lo ocultara mejor, atemorizado. Lo que atemorizó más a Connor y le hizo contemplar la posibilidad del fin. Por ello, se concentró todo lo que pudo para evitar los escalofríos, se frotó con la manta hasta notar el último poro de su piel libre de agua, y esperó, tan cerca de las llamas que cualquier persona no lo soportaría.

Al cabo de una hora comenzó a sentir el calor interno, animado por los órganos que aceleraban el trabajo. Allí podría haber afirmado que sobreviviría, aunque no estaba con ganas de hablar. En cuanto se desentumeció, el dolor volvió, y lo hizo con ganas. Casi lo imaginaba con forma física, diciendo bajo las heridas, con voz chillona de pato: *¿Por qué nos echaste? No hemos acabado. Ahora tendremos que empezar de cero. Venga, ¡manos a la obra!*

Dios. Puede que ese cabrón me vaya a contagiar su locura.

—El brazo me d-duele —susurró con la voz agarrotada.

—Ya lo imagino —Aaron soltó el aire por la nariz—. Nos largamos.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Tenías razón. Necesitas un médico. Y uno discreto.

Sigue teniendo miedo. ¿Por qué coño cree que soy tan indispensable? Él era un mercenario, y sus trabajos para la Secta nunca alcanzaron, ni de lejos, las altas esferas. Sus contactos y accesos en la filial de Toronto se contaban con los dedos de una mano, y eso si usaba mucho la imaginación. *Se agarra como a un clavo ardiendo. ¿Qué puede ser si no?* Lo que Connor no alcanzaba a comprender es la causa de su desesperación. Tampoco pensaba indagar en ellas. Por el momento.

Aaron no dudó en volver a esposarle con la cerca en el coche.

—¿De verdad?

El sacerdote subió al asiento delantero y arrancó.

—De verdad.

Connor mantuvo un gesto malhumorado el resto del trayecto. Pasada una hora, resquicios del amanecer asomaron entre los árboles, a las cinco de la madrugada. *Maravilloso.* Ya era de día, y Connor no había vuelto a conciliar el sueño, menos en el coche. Se arrebujó en sus mantas, con el ceño fruncido, y no hizo más que pensar en la chica y el secuestrador.

Al fin, hizo acopio de energías, y se lo dijo al sacerdote.

—No quería escaparme.

Aaron puso los ojos en blanco.

—¿Ah, no?

—Había una chica. Estaba en apuros. No paraba de chillar. ¿Tú no la viste?

—Oí un grito, si —admitió Aaron—. Pero eso es todo. Podía ser un pájaro. Un búho o yo que sé.

—Eso pensé yo, al principio…

—Oye, Connor, si de verdad llevas una hora buscándote una excusa que no te haga quedar como un idiota, has demostrado todo lo contrario.

Connor se quedó con la mandíbula desencajada.

—Yo no soy un mentiroso.

En el retrovisor del Mustang apareció la curva de su sonrisa.

—¡Te he dicho que yo no soy un mentiroso! Tú eres un puto cura, con la sotana y todo. A ver quién sabe engañar mejor a la gente.

—Un predicador no engaña, solo le dice a uno lo que quiere oír. La única mentira a partir de entonces… reside en uno mismo. —El tono en el que lo dijo era fluido y suave, como el de un sacerdote. A Connor le sonaba a burla—. No sé para qué me molesto. Yo soy el asesino, el mentiroso, el despojo vivo más malo de la Tierra, y tú el pobrecito que no ha roto un plato.

—Yo no he dicho eso.

—"Más bien, él es el banquete. Y tú también." ¿Lo recuerdas? Y vaya si lo fue.

Connor apretó los labios.

—Prefiero no recordarlo. Yo… quería sonar amenazador. Era una actuación, nada más. A veces, unas buenas palabras te libran de una buena pelea.

—O te meten en ella —concluyó Aaron.

—Tú siempre ves el vaso medio lleno, de eso no hay duda. —Connor se tiró contra el respaldo del asiento—. Cree lo que quieras. Nunca me ha importado una mierda lo que piensen otros. Pero sé que vi a la chica. Vi como la secuestraban. Yo solo quería…

—Yo también la veo —dijo Aaron.

Connor se propulsó hacia el hueco entre los asientos delanteros. Exudaba rabia.

—Te voy a meter el humor por el…

Perdió la voz en la última palabra. Aaron decía la verdad. Había una chica en la carretera.

Esperaba de pie en un arcén, con el brazo levantado y el pulgar en alto. Su ropa era una combinación de pantalones con agujeros, una chaqueta vaquera y un gorro púrpura sobre la melena castaña. Tanto rostro como estatura delataban su edad: no debía pasar de la adolescencia.

—Está haciendo autostop —musitó Connor.

—Ya lo veo.

—Para.

Aaron apartó peligrosamente la vista de la carretera.

—¿Te has vuelto loco? Ya cargo bastante equipaje contigo.

—Estamos en medio del bosque. A lo mejor pasan días antes de que otro coche pase.

—Connor…

—Para. Para, joder, solo te pido eso.

—Y yo te pido que vuelvas al asiento de atrás.

—Cuando pares.

—¡No pienso parar!

Aaron pisó el acelerador y el tirón de la velocidad empujó a su rehén contra los asientos de atrás.

La chica retrocedió un par de pasos. Connor vio los ojos que los seguían: Claros y densos como hielo derretido. Luego la carretera dibujó una curva y la perdió de vista.

—No has parado —dijo Connor con la mirada desenfocada.

Aaron le enseñó el aturdidor. Lo agitó varias veces a unos centímetros de su pecho.

—Que no se te olvide quien manda aquí, niñato —Masticó su furia con movimientos en la dentadura, y consiguió sosegarse—. Si recojo a cada persona desdichada que vea de aquí hasta Toronto, pronto tendré una caravana.

—Pero… Era solo una cría.

Aaron guardó el aturdidor en la guantera.

—Ya lo sé…

—¿En qué dirección baja el río?

Aaron frunció el ceño. Luego titubeó.

—Imagino que desemboca en Winnipeg. Así que hacia el noreste.

—¿Y en qué dirección estamos?

—Hacia el este. Pronto al sureste.

Connor guardó silencio. Se frotó las manos bajo las mantas.

—No creo que sea la misma chica. Sabes que no tiene sentido.

—Puede —reconoció Connor con un mohín—. Pero ya es mucha casualidad ver a dos chicas en la misma noche, en la misma zona de este bosque perdido en la nada.

—¿Cómo era tu chica?

—Fue difícil verla en la oscuridad. Con una complexión parecida a la de esa. Su voz sonaba a pubertad.

Aaron tamborileó sus dedos sobre el volante. *¿Es posible que ahora si me crea?*

—Lo mejor para ti será pensar que es la misma chica, y olvidarte del asunto.

—Supongo… —gruñó Connor. No paraba de rechinar los dientes.

El sacerdote hizo algo insospechado. Soltar una risita, gruesa y sin humor, pero risa al fin y al cabo.

—¿Qué?

—Me pregunto cómo alguien que se preocupa tanto por los demás acabó trabajando para la Secta, de todos los posibles candidatos.

Connor se encogió de hombros.

—Los tentáculos de esa organización se extienden lejos, muy lejos. Si quieres ganar algo de dinero en este mundo de la Epidemia, con ellos lo conseguirás. Y lo creas o no, llegué a hacerlo sin mancharme las manos. Amenazas, extorsión, en el peor de los casos, un secuestro. Cosas feas, pero admisibles.

Aaron se volvió a sonreír. A Connor le ponía muy nervioso. Vio que se miraba unas cicatrices en las manos, la marca de unas esposas mucho más duraderas que su alambre con púas.

—Pero para que te explico nada. Los conoces de fábula.

Aaron no enfureció ante tal constatación. Solo inclinó la cabeza a un lado, como si el cuello le doliera.

—Más de lo que me gustaría —admitió—. Si fueras inteligente, te habrías alejado de ellos. No hay manos limpias con esa gente.

—Lo que tú digas. —Connor no tenía ganas de discutir—. El dinero es mi vía de escape. Y estoy cerca, muy cerca. Un poco más, y tendré lo suficiente para correr a México y comprar una casa bonita desde la que contemplar como Norteamérica se desmorona.

—Cualquiera diría que lo deseas.

—Ellos se lo han buscado. ¿Tú has visto como está Missouri, o Nueva York? La Epidemia apenas los ha tocado como quien dice. Y ha sido la

excusa perfecta para que la Secta y cosas peores florezcan y se alimenten como parásitos. En cuanto tienen en peligro cerca, la gente pierde la confianza en todo lo que le rodea y se aferra a lobos vestidos de cordero. Así han pasado muchas cosas a lo largo de la historia, y así seguirán pasando.

»No tengo ninguna simpatía por aquellos que son capaces de tolerarlo todo por volver a su vida feliz e idolatrada. Por mí que se vayan al diablo. Hablas de la Secta como si fuera lo peor, pero ellos no son el problema. Son los que los siguen como idiotas.

Aaron apretaba la mandíbula y miraba a la carretera como si la pudiera taladrar con los ojos. *Se lo que piensas, capullo. No, eso no justifica lo de Shaunavon. Los idiotas solo se merecen caer por sus actos, no por el juicio de gente como tú.*

De pronto, el sacerdote aflojó las manos del volante, y su piel perdió el color de golpe. Un coche apareció por la carretera, creciendo a la sombra de las ramas. El Chevrolet estaba pintado con un blanco que destacaba las manchas de barro y tierra, además de las franjas de colores y el escudo de la Policía Montada.

Connor abrió la boca, los ojos dilatados. Pensamientos y pulsaciones pujaban por atronar más y más fuerte en su cabeza. Aaron le miró desde el retrovisor bajo el parabrisas. Esas pupilas oscuras bastaban como única advertencia. Con un lento movimiento de mano, abrió la guantera y sacó la pistola. Tenía el brazo estirado, el pulgar sobre el gatillo, el arma sobre el asiento, esperando.

La ventana llamaba a Connor a inclinarse, y el impulso de sus instintos no dejaba de acosarlo. *Él no te matará. Te necesita. Grita. Grita. ¡Grita!*

Aaron no redujo la velocidad, y el momento de cruzarse se precipitaba sobre ellos. Miraba con el rabillo del arma la pistola, la pistola que flotaba sobre la mano del sacerdote.

El coche pasó de largo. Connor se tiró hacia atrás y dejó que la manta lo tapara.

Aaron no soltó la pistola hasta que tuvo la certeza que los policías se habían alejado, por lo menos, un kilómetro.

Arrugó la boca con una meca de alivio, torciendo su mirada hacia Connor.

—¿Por qué?

Connor se incorporó y compuso una sonrisa ladina.

—Puede que seamos distintos, sacerdote. Pero no para ellos.

Alcanzaron una estación de servicio medio kilómetro por delante de esa ruta solitaria. Aaron podía darse por afortunado esa mañana: no solo había esquivado a los policías, había encontrado un lugar donde repostar su sediento Mustang. Un par de kilómetros más, y habrían quedado tirados.

Connor leyó en voz alta los letreros que daban la bienvenida a los extraños.

—Habitaciones a veinte dólares la noche. Treinta y discreción garantizada. Comidas y provisiones. Las minas de Lonely Hill están CERRADAS. Gasolina A 4.25$ el litro. Nada de regateos. —*Menudo usurero*—. ¡NO ACEPTO A ENFERMOS DE LA EPIDEMIA¡ ¡LARGO O DISPARO! —La última frase salió de su boca con un grito gruñón y pueblerino. Los cárteles estaban hechos de madera, y alguien había grabado las letras con movimientos toscos.

—Qué suerte tenemos de estar limpios —contestó Aaron con sequedad—. Vamos, baja.

Connor arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—No pienso dejarte aquí solo con mi coche —Aaron apagó el motor y sacó la llave del contacto.

—Le tienes demasiado cariño a esta antigualla.

Aaron le obligó a bajar gracias al aturdidor. Se aseguró de que la manta tapara sus manos.

—Voy a comprar gasolina y preguntar por si hay un médico en las cercanías. Y tú permanecerás callado, como una tumba. ¿Entendido?

Con desgana, Connor asintió. El dolor afianzaba raíces en la herida de bala. Cada vez era peor.

—Si te preguntan por las manos, yo contesto. Si te preguntan por las heridas, yo contesto. Si te preguntan por tu nombre…

—Contestas tú. ¡Entendido, capitán! —Connor levantó los puños e intentó ejecutar un gesto marcial, que solo le valió más sangre en sus muñecas.

Aaron ignoró su acción.

—Te quedarás siempre a mi lado. Donde yo pueda verte.

—¿Puedo preguntar algo ahora, antes de entrar?

—Mientras tenga sentido…

—Llevas una sotana de sacerdote llena de sangre y rasguños por todos lados. Si el tío que regenta este local te pregunta por eso, ¿qué vas a decir?

Aaron hundió los hombros en una postura que no daba mucho espacio a la paciencia.

—Venga, ven, y date prisa.

Los estantes del establecimiento estaban casi vacíos. Las etiquetas lucían mentiras descaradas: donde hablaban de comida, agua, cebo y cañas de pescar solo había lugar para el polvo.

Un viejo con una gorra de orejeras leía una revista en un taburete junto al mostrador. A un lado tenía una estufa portátil, y al otro una escopeta cargada.

—Buenos días, buen hombre —saludó Aaron.

Aunque ese sabor de hastío impregnaba sus palabras, Connor admitiría ante cualquier juez que ese hombre sonaba libre de toda mácula. Esa era una voz entrenada, jovial y afable.

—¿Qué es lo que desean? —Connor tuvo que aguantar la risa. El viejo sonaba exactamente igual que el acento que había imitado hace un rato. Siguió ojeando la revista, como si hablara con fantasmas.

—Nos basta con unos bocatas, unas botellas de agua, unas vendas y unos litros de gasolina.

El viejo frunció el ceño, y con lentitud levantó la mirada.

—Cielo santo, ¿qué les ha pasado?

El sacerdote se rascó la barba, cargado de inocencia.

—Hemos estado de caza.

—Ya lo veo. —El propietario le repasó de arriba abajo—. ¿Cree que unas vendas les bastarán?

—Por el momento. Aunque no vendría mal un poco de ayuda extra. Salvo que usted tenga un doctor oculto en la trastienda, nos podría informar de los médicos de la zona.

—No hay médicos en la zona —El viejo carraspeó y escupió un gapo de mocos y saliva sobre un cenicero—. Les traeré las cosas que necesitan. Espero que tengan dinero.

—En eso no hay problema.

El propietario asintió con un gruñido y se perdió detrás del mostrador. Antes de que se olvidara, cogió la escopeta.

Aaron husmeó por el local, de un lado a otro, calculando la longitud de los pasos para que los viejos tablones del suelo no chirriaran. El aire olía a cuero, a polvo y a serrín, combinados en un tufo rancio. Connor se frotó la nariz con su codo sano. Por encima de la pared más alta, le observaba la cabeza de un gran alce. Esos ojos negros retaban a todo el que veían, llenos de una hosquedad que equivalía a la de su dueño. Si de Connor dependiera, todas esas cabezas de animales muertos podían perderse en un pozo y no volver a salir nunca.

Absorto en ese pensamiento, no detectó cuando volvió el anciano propietario.

—En este bidón hay tres litros —El recipiente cayó con un golpetazo en el mostrador—. No daré más. Parece mentira, pero últimamente he tenido más clientes de lo normal.

—¿Más clientes? ¿Creía que esto ya no tenía más atractivo turístico? —preguntó Aaron, fingiendo indiferencia.

—No desde que golpeara ese enfermedad tan rara, desde luego. Pero entre los policías de hace un rato, el extraño caballero, y los chicos que se concentran en ese orfanato al norte, puede que amase una pequeña fortuna. —Un jadeo que pretendía ser risa salió de sus labios.

La sonrisa que Aaron se esforzaba en esculpir se diluía por los lados. *Esperaba una carretera tranquila, y resulta que ha venido en el lugar y momento equivocados.*

—Serán cincuenta dólares por la mercancía —Agarrando la revista, el tendero hizo un gesto a Connor—. Es un sitio alejado para cazar. ¿No ha

habido suerte con las presas?

Aaron cortó su línea de visión. De su mano salieron dos billetes de cincuenta.

—Por la rapidez de sus servicios.

Pese a todos los problemas que tenía el sacerdote, Connor reconoció que envidiaba el nivel de su cartera. *¿De dónde sacará tanta pasta?* Con un poco del dinero que guardaba Aaron, Connor ya podría huir y poner pies en polvorosa de ese país.

Una idea tan excitante como utópica. *Aquí es dónde estoy. Atrapado en la red que forman este tipo y sus misterios.* Se dejó arrastrar fuera del local, con la cabeza gacha. Y al borde del vehículo, con la rabia acumulada en la cabeza, paró.

—Tengo que ir al baño.

Aaron dejó las cosas en el suelo. Solo el bidón seguía en su mano.

—Los árboles están ahí al lado. Mea donde yo te vea.

—No he dicho mear, sordo. He dicho ir al baño. Los he visto, están en el edificio de al lado.

Tuvo que esperar una eternidad para que se decidiera. El sacerdote oteaba la pequeña edificación, marrón y de techo plano, moviendo los dedos.

—Está bien, joder —dijo al fin—. Te acompañaré, y te darás prisa.

Llevó a cuestas la gasolina, y con la otra mano, palpaba el bolsillo donde guardaba el aturdidor. No sospechaba que la cabeza de Connor trabajaba a toda velocidad, cogiendo y descartando planes. *No lo he intentado. Todavía no. Y por ello me cree un estúpido. Ahora se arrepentirá.*

Entró en el cuarto de los aseos, y tuvo que contener una arcada *¿Hace cuánto que ese viejo no limpia?* Llegó al váter más cercano y cerró la puerta. Al otro lado, escuchaba que Aaron se paseaba, vuelta tras vuelta.

El estómago de Connor estaba tan vacío que a duras penas habría producido una mierda. Solo necesitaba un momento, una oportunidad. Iba a escapar de ese cabrón en ese mismo momento. Echó una ojeada al habitáculo. Había un ventanuco sobre la pared. Era imposible que pasara por él, pero podía servir de distracción.

Sí, claro... Él no sabe el tamaño de la ventana. Haré un ruido. Romperé el cristal. Él se pondrá en alerta. Dará la vuelta a los baños, y cuando venga a mirar, yo habré salido por la entrada. Con que llegue al coche y la pistola de la guantera basta. Entonces tendré a ese hijo de puta. Caerá en el truco más viejo del mundo, seguro. Es brillante.

Usó la manta para cubrir su puño de los cristales. No tenía ningún objeto. En cuanto lo rompiera, todo sería rápido. Colocó piernas y brazos en tensión, y lanzó el puñetazo.

Se quedó en una mera vibración comparado con el rugido que anegó el aparcamiento. Connor escuchó un motor que ascendía en revoluciones, y en cadena, los chirridos de unas ruedas que derrapaban.

—No. ¡No!

Aaron gritó y salió corriendo.

Hipnotizado por el ruido, y con la sospecha patente en sus crecientes latidos, Connor abrió la puerta y caminó al exterior. Encontró a Aaron arrodillado en medio del asfalto, con el bidón de gasolina como única compañía, lanzando al cielo una cantidad absurda de insultos y maldiciones. Connor se consideraba afortunado de tener la fe cristiana lejos de sus consideraciones; en otro caso, habría jurado estar ante una posesión demoníaca.

Rozó con los pies las marcas que las ruedas del Mustang habían dejado en el asfalto. Las líneas formaban una curva cerrada hacia la carretera, rumbo al este. En el aire flotaban retazos del humo de escape.

—Que quede bien claro —dijo Connor—. Esta vez yo no he tenido nada que ver.

Ya le gustaría. Su plan de fuga había desaparecido con ese coche.

—Me apuesto lo que quieras a que ha sido uno de los críos.

El viejo observaba el jaleo del aparcamiento apoyado en el vano de la puerta, haciendo visera con la mano para protegerse del sol. Aaron giró la cabeza. Su cara había enrojecido, marcada por arrugas de rabia.

—¿Qué?

—El que ha robado tu coche. Los niños que acogen en el orfanato no

causan más que problemas.

Acababa su frase, y Aaron ya corría hacia él con los puños cerrados, olvidadas máscaras y bondades. Lo agarró del cuello y lo empujó contra una de las mamparas de cristal. El viejo abrió mucho los ojos.

—¿Dónde? ¿Dónde está ese orfanato?

Tuvieron que andar más de dos kilómetros sobre terreno ascendente y boscoso para encontrarlo. Había un camino de barro seco con marcas de neumáticos, invadido por maleza y en desuso, pero practicable. El sol partía su luz en innumerables agujas, y despertaba un resplandor sobre la nieve sucia que se apretaba contra el suelo, capa tras capa de días de nevadas. *Odio este lugar*, pensó Connor, con el humor ensombrecido. En esos momentos quería creer en un dios superior, aunque fuera para culparle de toda su mala fortuna.

Para colmo, nunca le había gustado lo agreste. No le gustaba el campo, le agobiaba el bosque, y en general, aborrecía el dominio de lo salvaje. Todo tenía un orden y un límite, como él siempre sabía, algo que se desmoronaba fuera de la ciudad. Se desorientaba con facilidad en el campo, rodeado por el ruido de los animales y el acoso de los bichos. Si un escarabajo se le acercaba en un radio de diez metros, Connor empezaba a sudar y a temblar.

Pegó más de un estornudo en esa larga caminata. *Y encima siempre acabo resfriado. ¿Por qué me tiré al río?* Su captor mostraba más decisión, que se traducía en más rápidos andares, y en que Connor tenía que adecuar su ritmo, lo que dejó sus pies con un dolor tremendo. eso no quería decir que Aaron estuviera animado. Lo rodeaba un aura de negatividad tan fuerte que Connor temía acercarse; era como si, cerca de él, la luz de sol enfermara. Connor se retroalimentaba, en cierto modo, y maldecía para sus adentros, deseando un descanso. Recordó a la chica que hacía autostop. *Seguro que la policía la recogió, y ahora está tomando una taza de café caliente en algún bonito albergue. Perfecta suerte la suya.*

El orfanato los recibió al salir del bosque, en lo alto de un cresta con unas vistas envidiables: una catarata y un río cincelaban las millas y millas de taiga a sus pies. El vapor ascendía sobre las píceas, y creaba un halo de humedad que impedía que la nieve se asentase.

A Connor le recordaba a un resort de lujo en una estación de esquí, con varios pisos, terraza, y paredes forradas con bella madera rojiza. Al echar una mirada a la entrada, se perdió el glamour acumulado. En una silla junto a la puerta estaba sentado un sacerdote, otro condenado reverendo,

rodeado de botellas vacías de licor.

Aaron le dio una patada para que despertara. Veía el brazo tenso bajo el bolsillo, con el aturdidor. Había perdió la pistola, pero eso no lo hacía inofensivo.

El sacerdote era un hombre entrado en años, con un pelo ralo y una barba extensa, mezclados el gris y el tono rubicundo. Gimió algo en un idioma distinto al inglés, y luego volvió a roncar.

—Despierte, padre —pidió Aaron. Al final le pegó una patada más fuerte.

El sacerdote despertó de golpe. Unos ojos vidriosos observaron a Aaron y su toga llena de manchas color óxido. El anciano hinchó la vena de su frente, y se alzó de golpe, con una botella en la mano.

—Tú, maldito. ¡Has sido tú, asesino! ¡Tú me has quitado a mis niños! —Intentó acertar a Aaron con un golpe desmañado—. ¡Te mataré! ¡Juro por el Señor que haré justicia!

De nuevo volvió a atacar, pero presa de su propio impulsó perdió pie y cayó de rodillas, jadeando y sollozando.

—Yo no le conozco, reverendo —musitó Aaron. Por alguna razón, parecía más perplejo que enfadado—. Somos viajeros y estamos de paso. Nos han hablado de usted. ¿Es el padre Finnian?

Tras un par de gimoteos, el anciano levantó la cabeza, frunciendo los ojos y abriendo la boca. No obtuvieron respuesta, solo un poco de vómito a los pies de Aaron.

—Estamos perdiendo el tiempo —terció Connor—. Este tío está como una cuba. Menudos estáis hechos los voceros de Dios por estas latitudes.

—Cierra la boca —le conminó Aaron.

—¿Sacerdote? —Finnian se limpió con el dorso de la mano—. ¿Es usted un sacerdote? ¿De qué?

—Sigo a Cristo y al Señor —respondió un Aaron monocorde, la mirada vacía.

Finnian suspiró y levantó los puños.

—Gracias, Señor, gracias. Mis ruegos han sido escuchados, gracias. Usted puede ayudarme. Usted puede ayudarme.

Connor chistó, envuelto en sus mantas.

—Oh, genial, no tenemos suficientes problemas y van y nos envuelven en… en…

Su vista se convirtió en una sucesión de nubarrones. El brazo le comenzó a arder. Notaba la bala dentro, entre las fibras de músculo y las venas. De pronto, se había movido. Y dolía. Dolía una barbaridad.

Aaron le agarró antes de que se desplomara.

—Antes, yo necesitaré la suya.

El padre Finnian resultó ser un consumado experto en medicina. Había trabajado en varios hospitales antes de encontrar su verdadera vocación en la fe y el servicio. Pudo tratar a Connor como cualquier doctor, incluso se encargó de sacarle la bala y coserle la herida antes de que despertara del desmayo.

—Un par de horas más con esto ahí dentro, y se te habría infectado y gangrenado. Te habrían tenido que amputar el brazo, eso sí sobrevivías. ¿Cómo pudo pasar esto?

Aaron usó la consabida excusa: una excursión de caza. Aunque tuvo que aderezarlo con nuevos detalles para explicar la cerca de la alambrada. Al parecer, Aaron se lo encontró así en el bosque, con el tiro y maniatado, y no se había atrevido a quitarlo para no hacer daño a Connor. Lo malo es que tuvo que resignarse a que Finnian lo hiciera. *Esta vez salgo ganando, hijo de puta.*

Soltó un aullido de placer cuando pudo separar las muñecas más de veinte centímetros. Finnian le puso un ungüento y las envolvió en vendas, además de añadir una oración de su propia cosecha. Resultó ser un hombre sereno y amable una vez la borrachera hubo pasado, aunque lucía ojos enrojecidos y ademanes bruscos, una mezcla de pena y temor adornaba sus ojos de verdor pardo.

—¿Qué es lo que te ha pasado, hijo? —preguntó con acento irlandés, una mano en el hombro sano. Connor dirigió una breve mirada a Aaron. El sacerdote tenía los nudillos sobre la barbilla y mostraba su gesto lánguido de costumbre. Ejecutó un movimiento imperceptible con los ojos. *Inventa algo, eso dice.*

—Yo… no recuerdo nada… No, nada de nada —dijo como despistado.

—¿Será posible que haya sido la misma persona?

—¿La misma persona de qué? —intervino Aaron.

Finnian resopló, y se tendió en un sillón. El salón de esa casa era pequeño y acogedor, lleno de cuadros, alfombras, un armario de bebidas, una radio vetusta y una hoguera cálida. Miró con aprensión a Aaron.

—Solo se lo contaré si jura ayudarme. Como hermanos del mismo Dios. ¡Júremelo!

Aaron inspiró con fuerza. Luego asintió.

—Lo juro.

¿Cuál será el valor de sus promesas?

Finnian empezó por contarles de que iba ese lugar tan aislado. Como bien decían los vecinos, se trataba de un asilo para huérfanos, pero no uno normal.

—Hace tiempo, me mudé de Glasgow. Las cosas con mi esposa no iban bien y… bueno, eso no es relevante. Tenía mucho dinero que invertir, y buscaba un lugar tranquilo donde sentirme realizado. Llegué aquí hace cinco años, cuando la Epidemia comenzó su infernal avance.

»Yo me dedicaba a la enseñanza allá de donde vengo. Es algo que siempre me ha atraído. Y este lugar, a ese respecto, no es un paraíso de la sabiduría. La gente enseguida quiso saber quién era yo, el rico dueño de esta mansión. Familias numerosos, gentes con pocos recursos, pero honrada y trabajadora vino a visitarme a menudo, con regalos y conversaciones. Quisieron que diera clases a sus hijos, y así es como vi que esa era la labor que quería que desempeñara el señor, estuviera donde estuviera.

»Al llegar la Epidemia, muchos huyeron, otros murieron. El lugar se despobló. Un día, apareció en mi casa uno de los niños que enseñaba. Sus padres habían muerto, y no le quedaba nadie.

—Y entonces pasó —constató Aaron. Connor les miró a uno y otro, y percibió una extraña conexión.

—Vi la luz, clara y diáfana. Ese era mi rol. Combatir a la Epidemia en aquello que más amenaza: El futuro. Llegaron más huérfanos, niños a los que la enfermedad no había tocado, pese a matar a los suyos. Formamos una bella comunidad, algo tan hermoso…

—¿No habría sido más seguro dejar que se encargaran las autoridades? —preguntó Connor. Todos esos niños, en un lugar así… Aunque al buscar en su mente un orfanato ideal, su mente se quedaba en blanco.

—¡No! ¡Las autoridades no pueden saberlo, jamás! —Finnian sacudió el aire de un manotazo—. Si saben que han estado cerca del virus, les encerrarían y Dios sabe que más. ¿O no sabéis como acabó Oslo con la cuarentena?

—¿Y dónde están los niños? —preguntó Aaron.

Finnian se persignó en el pecho.

—Os lo enseñaré.

Había más de una veintena reunidos en el comedor, donde un amplio ventanal dejaba ver el paisaje canadiense. Pese al enorme espacio que dejaban las mesas, todos estaban pegados, juntos los unos a los otros, sin importar edades. El más pequeño, de cinco o seis, abrazaba al más alto, que bordeaba la mayoría de edad. Apenas habían tocado los platos del desayuno.

—Están aterrados —susurró Connor. Lanzó una mirada afilada a Finnian—. ¿Qué es lo que ha pasado?

El reverendo le ignoró y se dirigió a los huérfanos.

—Tranquilos, muchachos. Estos hombres son amigos míos. Uno lleva un uniforme como el mío, ¿veis? Ellos nos ayudarán a encontrar al asesino.

—¿Qué? —dijo Connor.

—¿Qué asesino? —preguntó Aaron.

Finnian los condujo al patio trasero.

—El que ha matado a mis niños.

Las tumbas estaban frescas, con tierra rebozada. Destacaban por su color negro de tierra en el campo helado, como manchas de tinta sobre una hoja vacía.

Connor se estremeció. Rememoró la muerte, con todas las formas que había adoptado en su vida. Ese día, bajo la ventana del autobús. El otro, mucho peor, en la piscina. Sin perder un instante, apartó la mirada y

apretó los puños.

—Cinco muertos y dos desaparecidos. Ya tengo preparada la pala por si tengo que cavar más hoyos —dijo Finnian con la voz áspera.

—¿Cómo fue? —preguntó Aaron, que miraba las tumbas con aparente impasibilidad.

—En la noche, escuché ruidos. Muchos ruidos. Venían de los dormitorios. Cuando llegué, fue tarde. Quien sea que hubiera hecho eso había desaparecido, se había esfumado. Solo dejó los cuerpos tras de sí. Todavía no he limpiado las camas, y la sangre… está por todas partes. Señor, tengo que hacerlo antes de que vuelva la noche, o los niños no podrán dormir.

—¿Cómo los mataron? —Connor se indignó ante la frialdad de Aaron.

Finnian balbuceó. Luchaba por aguantar las lágrimas.

—Fue… algún tipo de arma blanca. Tenían… agujeros. No sé nada más.

Antes de que rompiera en llanto, Aaron apoyó una palma en su espalda.

—¿Hay algún testigo con vida?

Finnian les llevó a una de las habitaciones de juego. Allí había otro grupo de jóvenes. Finnian les llamó por sus nombres y les pidió que volvieran a relatar lo que habían visto.

No fue gran cosa. La mayoría solo escucharon algo. Otra chica vio una sombra que cruzaba junto a su cama. Un par se escondieron.

—Benjamin y Agatha se metieron debajo de las camas —explicó Finnian—. Y Nash, el pobre, estuvo toda la noche metido en el sótano, lleno de miedo. Le he dicho tantas veces que no baje allí. Una entrada auxiliar de las antiguas minas está abajo, y no quiero que nadie se adentre allí, es peligroso.

El chico tenía una mirada apocada, los pies muy juntos, el pelo revuelto sobre la frente.

—Yo solo quería salvarme…

—Oh, lo sé, lo sé —Finnian le revolvió el pelo—. Tú tranquilo…

—¿Y los desaparecidos? —preguntó Aaron al regresar al salón.

—Dos chicas. Zoe y Bright. Yo… yo ya no sé qué pensar.

Connor le miró fijamente, y tardó en caer en la cuenta.

—Cree que han sido ellas.

—No —soltó el padre de manera automática. Luego se desplomó en su sillón—. O… no lo sé. Ellas siempre han causado problemas. Muchos problemas. Fueron de las últimas en llegar, y son adolescentes. Están en la edad, pero… siempre han guardado secretos, de eso estoy seguro. Secretos que influían en su comportamiento. Ya han tenido peleas con otros de los huérfanos. Por no decir que son inseparables.

Aaron estrechó sus ojos. Al igual que Connor, iba encajando algunas piezas. Solo algunas.

—¿Cree que han huido? ¿Si es que lo hicieron?

Finnian se frotaba la frente. Miraba con ansiedad al armario de licores.

—No sé adónde iban a ir. La estación de servicio es su única opción en kilómetros a la redonda, y hace siglos que no pasa nadie por allí… Bueno, hasta que llegaron ustedes.

—Padre Finnian, alguien nos robó el coche en esa estación. Hace poco más de una hora.

Como respuesta, Finnian se abalanzó a por una copa de whisky. Una vez vació el vaso, toda moderación en sus sospechas se esfumó:

—Seguro que han sido esas arpías. Después de todo lo que he hecho por ellas. ¡Se pudrirán en el infierno! ¡Quién puede matar así a sangre fría, quién!

Aaron dio varios golpes en el suelo con el pie.

—¿Tiene alguna idea de adonde pueden haber ido?

—¿Qué? ¡No, ya se lo he dicho! ¡No tengo ni idea!

Aaron apretó los labios, y Connor suspiró. Así que habían topado con un callejón sin salida. *Sabía que habría problemas, lo sabía desde que ese maldito sacerdote le dijera que iban por el norte. Hemos tenido que toparnos con más locos. Y borrachos.*

—Usted juró que me ayudaría —recordó Finnian, analizando el rostro de Aaron. El color del alcohol ganaba espacio en sus mejillas—. Y viste las

ropas del sacerdocio. Por la fe católica, lo prometió.

Aaron masculló algo en voz baja. Connor creyó entender una frase. Yo no soy católico.

—No sé qué ayuda podemos ofrecer —repuso entre dientes.

—Busquen a las chicas. Encuéntrenlas. Y tráiganlas de vuelta. Así recuperaran su coche, y harán justicia. Todos saldremos ganando.

Cuando Connor salió al frío de la mañana, pensó todo lo contrario. *Aquí solo ganaría Aaron.*

El sacerdote se detuvo en el césped, pensativo.

—¿Y ahora qué? ¿Nos va a tocar caminar hasta que tengamos más ampollas que pie? —Connor pateó una piedra entre los restos de nieve—. Reconócelo, se acabó. Vamos a estar varados aquí una buena temporada. Eso si la Secta o la Policía Montada no nos encuentran antes.

—Eso es imposible. Tengo que llegar a Toronto.

—¿Para qué? —Connor se le encaró. Notó que su valor había crecido en igual medida a sus fuerzas, sobre todo desde que tenía las manos libres—. ¿Para matar a más gente? ¿Para saciar tu venganza a base de sangre y balas?

Antes de que pudiera reaccionar, Aaron lo tenía agarrado por el cuello del abrigo. Connor podría haberle propinado una patada y salir corriendo. Quizá llegara a México la próxima década.

—Tú no sabes nada de mí. ¡Nada! —La nubecilla blanca de su aliento envolvió a Connor. Le temblaban los párpados—. Así que abandona tus dotes de videncia, crío.

Se apartó y caminó en círculos, sacudiendo las manos.

—Solo sé que tu coche estará a kilómetros de aquí. Así que lo que quieres de Toronto ya no importa.

—No. No lo está —La voz de Aaron se relajó. Connor sintió el alivio en los oídos.

Se giró, y le vio por primera vez sonriendo. Levantó junto a su rostro el bidón lleno de gasolina, que había dejado junto a la entrada.

—Solo a uno o dos kilómetros.

Connor quiso hundirse en la miseria. Los pies le mataban. De haber sido alguna parte más prescindible de su cuerpo, se la habría arrancado a mordiscos. *Las cosas que pienso. Este lugar me está arrastrando a la locura.*

Necesitaba hablar. Necesitaba liberar pensamientos, y poner en orden todo lo que tenía en su cabeza. Esa carretera monótona, amurallada por abetos y alerces a lo largo de cientos de metros, le hacía cavilar en exceso.

—¿Piensas cumplir tu promesa?

—¿Entregar al asesino? —repuso Aaron. Caminaba por delante de él, y solo veía su ancha espalda—. Si está en mi mano, sí. Mató a niños indefensos. Ni tú pensarías que eso sería injusto.

—No hablo de eso. —*Espero que en el elevador de grano no hubiera niños* —. No sabemos si la persona que nos ha robado el coche es dicho asesino. O asesina.

—¿Tanto crees en las casualidades? —Aaron juntó las manos en los bolsillos de su sotana.

—Creo que los indicios más potentes de ese crimen no están fuera del orfanato. Están dentro. Ese Finnian me huele raro.

—Sonaba como un hombre razonable que bebe demasiado whisky.

—Es un ermitaño en medio de las montañas que alberga a decenas de menores en su casa.

—No he dicho que sea extraño. ¿Pero qué ganaría con tal crimen?

—No digo que gane nada. A veces, los crímenes son accidentes, circunstancias que se unen y desencadenan un incidente, de la mano de un ejecutor, intencionado o no. Creo que alguien tan implicado emocionalmente podría haber requerido algo de algunos de esos niños. Y al no verse correspondido, podría haber reaccionado con ira. Y el alcohol es una circunstancia especialmente problemática.

Aaron caminó con más lentitud. Torció la cabeza con una mirada de asombro.

— Contado así, cualquiera puede parecer culpable. Si tan poco te gusta mancharte las manos, ¿cómo sabes tanto de criminología?

Connor resopló. No pensaba tolerar un flanco por el que Aaron pudiera devolverle la moneda que tanta veces había lanzado. Y de todas maneras, no aguantaba los secretos.

—Quería ser policía, hace tiempo. En San Luis uno veía muchas cosas. Robos, asesinatos, violaciones… No podía soportar todo eso sin hacer nada. Quise estudiar y entré en una academia. Pero las cosas no salieron bien.

—Las cosas raras veces salen bien —coincidió Aaron.

Anduvieron por la linde del asfalto en silencio, cada uno envuelto en sus propias tormentas de recuerdos. Tardaron quince minutos en ver el Mustang. Resultaba inconfundible: el color rojo, rayado por un lateral, sin ventanilla en el asiento del conductor…

—Mantente alerta —advirtió Aaron. Sacó el aturdidor y lo pulsó. Un pequeño siseo brotó de sus dientes metálicos.

Connor tensó su brazo bueno, preparado para lanzar un puño. También preparó las piernas por si tenía que correr, que nunca resultaba una mala alternativa.

Apenas Aaron se asomó a los asientos, Connor notó un contacto frío en la nuca, y un pequeño chasquido.

—No os mováis o disparo.

Aaron levantó ambos brazos. Miraba a la persona detrás de Connor con semblante pétreo.

—No quiero hacerte daño. Solo quiero recuperar mi coche.

La voz detrás de Connor soltó una risa. *Es una chica.*

—Estás lleno de sangre. Lo siento, pero no me fío de ti. Ahora, dame el bidón de gasolina.

—No puedo hacer eso —dijo Aaron—. Necesito mi coche.

La voz aguardó un momento.

—Dámelo o mato a tu amigo.

—No es mi amigo —dijo Aaron encogiéndose de hombros.

Connor movió los labios. *¿Qué coño haces?*

—Te hago una oferta —continuó Aaron—. Si bajas la pistola, yo bajaré el aturdidor y podremos hablar, aquí mismo, tranquilamente.

—No te creo —dijo la chica tras ella.

Aaron examinó la situación. Connor vio en su mirada que estaba sopesando arriesgarse con la violencia. *No, joder, eso no, idiota.* Decidió que, para salvar su vida, tendría que seguir su propia estrategia.

—El padre Finnian te está buscando. Cree que has hecho lo del orfanato. Pero nosotros no. Si bajas el arma, buscaremos al verdadero culpable.

Se instaló un largo silencio. Connor sabía que el sacerdote lo estaba fundiendo a golpes en su imaginación. Incluso él mismo temió haberla cagado. ¿Y si esa chica no tenía nada que ver con eso? ¿Y si se asustaba y prefería acabar con los problemas a golpe de bala?

El peso en el cuello de Connor desapareció. Oyó un par de pasos que se alejaban. Connor se dio la vuelta y reconoció a la ladrona.

Era la misma chiquilla que hacía autostop bajo los pinos, bajita, delgada y con una mata de pelo rubio oscuro que asomaba debajo de su gorro de lana. Los ojos eran de un color profundo como el océano, turbios y asustados.

—Yo no maté a nadie. Cuando me desperté, todo ya había ocurrido.

Connor observó que la chica no paraba de mover los dedos dentro de sus zapatos.

—¿Y entonces por qué saliste corriendo? ¿Qué es lo que te preocupa?

La chica frunció la frente. Seguí a la defensiva.

—Eso a ti no te incumbe. ¿Cómo sabéis de…?

—Buscas a alguien —terció Aaron, con esa otra voz suya que era menos agrietada y agria—. No lo estás haciendo por ti. ¿A quién buscas?

La chica palideció. En un acto reflejo, se mordió un labio, tan fuerte que parecía que se lo arrancaría.

—A una de mis compañeras —dijo al fin.

Y así, todo cobró sentido para Connor. Desde que tenía uso de conciencia odiaba los misterios; no podía dejarlos pasar. Evitarlos no surtía efecto alguno. Es como una esquirla que se te mete en el zapato, y aunque muevas el pie al caminar para evitarla, tarde o temprano se te vuelve a clavar en la piel. Por eso, en las pocas ocasiones en las que la resolución estaba al alcance de su mano, le alcanzaba una felicidad y un éxtasis sin parangón.

—La chica que vi en el muelle. La chica que vi junto al río. Era ella, ¡esa era tu compañera! Y el secuestrador que vi era el asesino —Connor golpeó el puño varias veces contra su palma, para enfatizar el descubrimiento.

Un brillo surgió de los ojos de la chica. Respiraba mucho más rápido.

—¿Viste a Zoe? ¿Cuándo? ¿Cuándo fue eso?

—Un muelle junto al río que hay aquí cerca. Unos kilómetros al este.

La chica asintió.

—Sí, sí que sé dónde está —agarró a Connor por las muñecas, y parecieron compartir ímpetu, con un poquito de dolor por las muñecas—. Tenéis que llevarme, os lo ruego.

—¡Un momento! —dijo Aaron con un alarido. Tenía la expresión llena de pliegues, como si acabara de probar un limón—. ¿Por qué deberíamos creerla?

La chica soltó un suspiro.

—¿Habéis hablado con Finnian? Ese viejo borracho es un hijo de mala madre. No soporta que las cosas no se hagan a su manera. Siempre me ha odiado, ¡a mí y a Zoe! Su conciencia cristiana le impide echarnos, así que esto le viene de perlas.

—¿No sugerirás que ha sido él? —Aaron negaba con la cabeza.

—No tengo ni idea, y me da igual. ¡Hay cosas más importantes que él y su maldito orfanato! ¡Yo solo quiero recuperar a Zoe!

—Por favor, deja de gritar —El sacerdote se masajeó las sienes.

—Vamos, Aaron, cree en mi intuición —intervino Connor—. Deja de ser un capullo y haz lo correcto. Por una vez.

—Debería coger el coche y dejaros aquí a los dos —gruñó en respuesta.

—Lo veo difícil —dijo un Connor radiante—. Ella tiene la pistola.

La cabaña y el claro con los restos de la fogata resultó ser un lugar mucho menos amenazador a la luz del día. El color había despertado, con pinos y alerces que vestían nieve como novias expectantes. Los pájaros saltaban de rama en rama, y dejaban caer con sus patas gotas de aguanieve que lanzaba destellos en su caída. Las ventanas de la casa seguían siendo negras, eso sí, y su interior, un poso de oscuridad impenetrable.

—Esto no es de los guardabosques —explicó Bright—. Era la casa de uno de los capataces de Lonely Hills. Las minas discurren bajo tierra, con montones de túneles muy largos. Son kilómetros y kilómetros, en todas direcciones.

La joven tenía mirada aguda y movimientos ágiles. Estaba muy inquieta, siempre moviéndose de un lado para otro, siempre balanceando la pistola de un lado para otro. *Ni siquiera piensa en ella como un arma.*

Por peligroso que fuera, a Connor le venía de perlas. Ahora ella tenía el poder, y no Aaron. Ella iba en cabeza, y no Aaron. Ella daba las órdenes, y no Aaron. El sacerdote les seguía encorvado, con gestos cáusticos, en silencio. A*hora necesito ganarme la confianza de esta chica. Resolveré el caso y después, la convenceré para que dejemos al sacerdote aquí tirado.*

El esfuerzo no le iba a costar mucho a Connor. Bright no soportaba a Aaron. Apenas le prestaba atención, y cuando lo hacía, se ejercitaba en mostrar un profundo desdén.

—Te puedes quedar en el coche, si quieres —dijo antes de emprender camino al río.

—Mientras tengas mis llaves ni hablar —Aaron levantó una ceja. Debía de sentir fascinación por esa adolescente que lo había vencido.

—Como quieras. Pero no estorbes.

Media hora después, llegaron a la playa pedregosa. Un salmón saltó entre las aguas del río, alterando un cauce potente, de superficie rugosa. No parecía muy revuelto, pero era engañoso. Solo con mirarlo, a Connor le volvían a entrar escalofríos.

—Cogieron un bote. Allí les perdí la pista.

—Entonces ya están muy lejos. Esto no sirve de nada —dijo Aaron.

—¿Por qué no te callas y eres menos cenizo? —rugió Bright.

El sacerdote se quedó con la boca abierto. Sus ojos se convirtieron en rendijas.

—Hace mucho que no tendría que haber botes aquí. A no ser que… —Bright sacó del bolsillo un teléfono móvil. En él, usó una aplicación y ojeó el mapa de la región.

—¿Qué buscas? —preguntó Connor.

Bright lo señaló en el mapa, sonriendo.

—Ves, apenas doscientos metros al norte hay una entrada a Lonely Hills. El mapa marca un embarcadero.

—Sería una guarida perfecta para un asesino —dijo Connor, mesando su barbilla.

—Habéis visto demasiadas series de televisión. Malditos críos… —soltó Aaron.

—Si le encontramos, me dirá que ha hecho con Zoe —dijo Bright—. Si la ha hecho daño, yo…

—Tranquila, se lo sacaremos como sea —dijo Connor.

Así pues, caminaron junto al río, a favor de la corriente, produciendo pisadas que crujían y desplazaban los guijarros. Bright agarraba con fuerza la pistola, y de vez en cuando, se mordía el labio.

Connor la vigilaba de cerca, hasta que llegaron a la entrada de la vieja mina.

La playa se convertía en un alto acantilado junto a unas cataratas, envolviendo el pinar y los abetos con velos de vapor. En un lateral, una vez el río calmaba su caída, el risco se abría en una gran boca que invitaba a la oscuridad. Vigas de madera sostenían la estructura, y del borde salían tres filas de tablones, unos muelles podridos con barcas abandonadas. Connor observó, con un salto en su corazón, que unas pisadas se entrelazaban sobre el barro que rodeaba el portal.

Por estúpido que pareciera, sentía como si se fuera a adentrar en las fauces de un monstruo, un devorador de niños como los que salían en los

cuentos.

—Las minas llevan décadas abandonadas —dijo Bright, haciendo visera con la mano para otear su interior—. Habrá que andar con cuidado.

Bright observó a sus acompañantes para ver si estaban listos. Se fijó un largo rato en Connor.

—¿Estás asustado?

—Yo… Que, qué va.

Bright sonrió de lado.

—Pues estás loco si no lo estás. No debemos separarnos. Eso también va por ti, sacerdote.

Aaron la ignoró y se acercó hasta un cartel de metal que colgaba de uno de los laterales. Encendió su propio móvil para ver con claridad el símbolo.

—Peligro biológico. ¿Qué demonios pasó aquí?

Bright arrugó la boca, como si le doliera hablar.

—Cuando la Epidemia llegó, la gente tenía mucho miedo. Finnian nos contó que, incluso después de muertos, nadie quería encargarse de los cuerpos. Nadie quería contagiarse. Temían los cementerios, demasiado superficiales, y se ha demostrado que incinerar solo dispersa el virus. Así que los trajeron todos aquí, construyeron un foso y lo llenaron de los muertos. Luego inundaron ese foso con el agua del río. No os preocupéis, los accesos a esa sección están sellados. No tengáis miedo.

Connor levantó la mirada, con los pelos como escarpias. Los troncos hundían sus raíces, y sobresalían del techo de la entrada como tentáculos afilados, listos para atraparle y llevárselo a lo más hondo de esa tumba.

El mercenario tragó saliva. Estaba cagado de miedo.

Los túneles rebosaban de sonidos horripilantes. El agua que se filtraba entre las rocas, y goteaba, creando en su impacto largos ecos. Cadenas de una maquinaria largo olvidada, sacudida por ocasionales brisas y generando un tintineo que ganaba gravedad a medida que atravesaba las minas. Golpeteos suaves, como pies que frotaran la tierra, a decenas, seguramente manadas de comadrejas, ratas o arañas que recorrían en

grupo la oscuridad en busca de alimento.

—Los mapas que he encontrado en Internet están incompletos —se quejaba Bright, susurrando. No funcionaba, su voz rebotaba y ganaba amplitud entre las paredes. Si el asesino estaba allí, seguro que les había oído hace tiempo.

Con la linterna de los móviles, ella y Aaron apartaban la oscuridad. *¿Por qué ese sacerdote no tenía el mío? Seguro que está perdido cerca de Shaunavon. Joder.* Una vez pasada la zona de embarque para el río, el lugar se convertía en una serie de angostos pasadizos con raíles polvorientos. En un punto, encontraron uno de los vagones, cubierto por una sábana ajada. Aaron la levantó sin titubeos, y Connor dio un respingo. El vagón estaba vacío.

Dios, no aguanto esto. No aguanto la oscuridad. No la aguanto.

Lo atraía el misterio, cierto, pero eso era pasarse de la raya. Casi se arrepentía de haber apoyado a Bright. Casi quería salir corriendo y volver a la luz. Claro que él no tenía móvil ni luz, así que sería un buen trecho de larga sombra. *Ni hablar. No quedaré como un cobarde.*

Llegaron a un cruce de túneles que formaba una pequeña plaza.

Un cartel rezaba *Acceso sur de Pinewood*. Debajo, varias láminas describían instrucciones a seguir para los mineros. Connor siguió con la mirada unos cables enganchados a la pared. Varias lámparas colgaban de ellas, pero estaban todas apagadas.

—Hace mucho tiempo que este sitio no tiene corriente —dijo Bright, mirándolo de reojo—. Apagaron el generador hace tiempo. Vamos a ver, por dónde deberíamos…

Se acercó murmurando a la boca de otros túneles, ojeando el mapa.

Antes de que lo advirtiera, tenía a Aaron a su espalda.

—¿Y si esto es una trampa? —le susurró al oído.

—¿Qué?

—Esta chica nos ha conducido a un lugar aislado y perdido. Si nos pasa algo aquí abajo, nadie nos encontraría. ¿No te da que pensar?

—Me da que eres un puto paranoico —Connor se esforzó en refrenar su tono—. Para eso, podría habernos disparado.

—¿Para qué matar a los niños del orfanato? No se puede pensar en términos racionales ahora mismo.

—¿Tú hablas de términos racionales…?

De pronto, Aaron le tapó la boca con la mano.

—Ssshhh, escucha.

Bright se detuvo. Connor se quedó paralizado. Entre tantos ruidos como anegaban esas galerías, costaba mucho identificar uno nuevo. Pero enseguida Connor lo detectó, sobrepuesto a los otros, creciendo como mala hierba.

Un chirrido metálico, lleno de estridencias. Algo que raspaba contra el lecho de roca, saltando y rebotando en su rugosidad. El ruido se arrastraba, cada vez más cerca. Provenía de uno de los túneles.

—Corred —susurró Aaron. Bright le miró, las manos temblorosas—. Vamos, corred, idiotas.

Los tres salieron a la carrera por un túnel en sentido opuesto, penetrando en la mina.

El ruido de las pisadas, la respiración enfebrecida y el roce de las ropas atronaba en el oído de Connor. Pese al esfuerzo físico, se sentía helado, con un aliento que siempre soplaba a su espalda. Una voz gritó en su mente. *Te has quedado el último, corre, ¡corre!*

El túnel giró dos veces, y en ambos Connor casi cae de bruces. La herida de bala le ardía, y los calambres despertaban en sus muslos. Frente a ellos quedaba un montacargas vacío, que conectaba los dos lados del túnel. Cuando Bright lo atravesó, se limitó a soltar un mugido de disgusto. Con Aaron, soltó un quejido retumbante.

—Vamos, date prisa —gruñó el sacerdote.

Connor se precipitó, casi brincando. El ascensor chirrió y crujió, y antes de llegar al otro extremo, chasqueó con la polea que se rompía. En un instante estaba junto a los otros dos, al otro solo veía roca, roca negra, chispas y cabeceos que lo arrojaban contra el duro hierro. Y con un último golpe, terminó. Connor parpadeó, en una posición que no entendía, y miró a su alrededor, pero era como si tuviera una venda sobre los ojos. Lo rodeaba la oscuridad, vieja y absoluta.

Controlando la ansiedad que restallaba en su pecho, Connor avanzó con los brazos por delante, frunciendo la vista hasta que se adaptara a la luz. Llamó con un par de gritos a Bright y Aaron, y solo le llegó la misma voz, distorsionada en la piedra. *Vamos, contrólate Connor, contrólate, tú has estado en lugares peores.* Empapado de sudor, rescató traumas enterrados, con un prodigioso empeño. Tres años después de lo del autobús, unos matones le encerraron en el trastero de las escobas, al salir de clase. Estuvo tres horas allí hasta que alguien de mantenimiento le oyó, sin moverse y atado en la penumbra.

—Para que los negros estén con la negrura, donde les corresponde —dijo uno de ellos cuando cerró la puerta de golpe.

Connor se frotó el pelo húmedo, y focalizó sus pensamientos en ese trastero, solo que mucho más grande y polvoriento. Esa fantasía lo hizo avanzar más rápido, tocando con los dedos las paredes, mapeando el espacio.

Pateó con el pie algún objeto, y este rodó con un escándalo terrorífico. El recuerdo de Connor tembló y pensó que caería desmayado, pero consiguió controlarse. Cogió el objeto y descubrió con el tacto que era un casco de minero. *Espera un momento…*

Se obró el milagro. El casco tenía linterna, y funcionaba a batería. Por algún azar del destino, todavía le quedaba energía. Un haz ambarino y trémulo arrancó las sombras, contraídas como telarañas rotas.

—Gracias a Dios —murmuró Connor.

Seguía intranquilo, sin duda a causa del silencio. Allí abajo, nada hacía ruido, y los túneles eran más bajos y estrechos. No se puso ese casco repugnante en la cabeza, lo llevó sobre las manos, orientando así el camino.

Alcanzó una confluencia de túneles. El espacio ganaba una altitud de dos pisos, y en el centro, colgaban unas bombillas muertas. Connor apreció una pared llena de máquinas. Un pequeño vistazo le bastó para descubrir que no databan de las viejas minas. Una pegatina tenía escrita la cifra "2024" en un lateral. *Claro, debieron de traerlo cuando usaron este lugar de cementerio.* La examinó más detenidamente, sus botones y palancas. Resultó que funcionaba, algo que no tenía sentido si no había luz.

A no ser que…

Los botones le resultaron más familiares, y recordó alguna misión lejana para unas fábricas de Missouri. *En fin, la vida de mercenario no es*

siempre glamour.

Corroboró sus sospechas al pulsar varias veces una pequeña palanca, y luego levantar una mucho más grande y pesada. Cuando terminó, un borboteo profundo se extendió por Lonely Hills. El ruido atronó de punta a punta por largos segundos. En un instante, Connor se vio cegado por las lámparas que resucitaban y apuñalaban la oscuridad, reducida a rescoldos agonizantes.

Connor dio un salto de alegría.

—Joder, sí, ¡chúpate esa, maldita mina de los huevos! Si me querías muerto, te has equivocado de objetivo, cabrona. —Se sentía victorioso, había vencido a la oscuridad.

Entre sus botes de celebración vio una escalera metálica junto a un hueco, que ascendía varios metros sobre él. Connor tiró el casco y se encaramó. Llevaba medio tramo cuando escuchó el disparo. Le siguieron, ruidos, un crujido, gritos. Se parecían tanto a los de Zoe.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes!

Bright…

Subió a toda prisa. *En este mundo de mierda, la oscuridad toma muchas formas.*

—Si no me sueltas, te volveré a morder.

—¿Por qué me tratas así?

—¿Qué por qué? ¡Hijo de la grandísima…!

Connor detuvo su avance, y se pegó a una pared. Dejó que su respiración se tornara un susurro, tan fina como las corrientes de la mina. *Juraría que ya he oído esa voz.*

Frente a él, sobre el suelo, vio trozos de plástico desparramados. Tardó en reconocer la forma de la pistola, reventada a golpes. *Mierda. Mierda…*

—¿Adónde me llevas?—gritó Bright.

—De vuelta a casa…

Connor comenzó a asomarse. Una mano alcanzó su hombro y tiró hacia

atrás.

Su cuerpo entero se llenó de gélida adrenalina, y antes de gritar, una mano cubrió su boca. Aaron le miró con ojos brillantes. Puso un dedo en sus labios. Connor asintió. *Quien diría que encontrarlo sería un alivio.*

Señaló a las lámparas que colgaban de las vigas. Connor puso un pulgar en su pecho, y hasta se atrevió con una sonrisa arrogante. Aaron puso los ojos en blanco, y gesticuló en sucesión.

Tú por este lado. Yo por el túnel de la izquierda. Distráele. Le rodearemos.

Connor obedeció sin rechistar. Cargó su pecho del viciado oxígeno, y aguardó diez largos segundos, antes de saltar y acercarse al asesino.

—No des ni un paso más — clamó con esmerada dureza.

—¡Gracias al cielo! —gritó Bright.

La persona que lo agarraba se giró, lentamente.

Su rostro seguía siendo el de un adolescente timorato, marcado por acné y la primera pelusa de la barba. Pero sus ojos habían cambiado. Vibraban de electricidad, aullaban con su propio generador de energía demencial.

—Tú eres Nash, si no recuerdo —dijo Connor, con las manos en alto. Lo poco que sabía de sus estudios en la academia, es que ese era un criminal desesperado. *Los más peligrosos.*

—No me hables en ese tono —balbuceó Nash—. Odio que me hablen en ese tono. Me tratan como si fuera idiota.

—Está bien, perdona —asumió Connor—. Yo sé lo que es que te hablen así, y no es agradable.

—Tú no sabes nada —escupió Nash. Connor observó el arma que relucía en su brazo. Era una pica de minero. Su afilada punta rebosaba de restos de sangre.

—Entonces déjame saberlo.

Bright observaba con los ojos vidriosos, presa del brazo de Nash. La hoja rozaba su cuello.

—La Epidemia… Todo es culpa de la Epidemia. Murió mucha gente, muchos amigos, uno tras otro. Nadie quería acercarse a los cuerpos. Les asustaba acabar como ellos. Pero mis padres necesitaban el dinero, así

que aceptaron trasladar los cuerpos a la fosa. Aquí detrás.

Connor se arriesgó a levantar la mirada. Justo a espaldas de Nash se alzaba un portón de hierro forjado, con varios signos con colores chillones que se repetían. Las curvas y ominosas figuras del riesgo biológico.

—¿Nunca te habías preguntado quién se encargó de traerlos? —Ahora parecía hablar a Bright—. Papá y mamá lo hicieron. Pero el gobierno les engañó. Les encerraron con los muertos, y luego apagaron la luz. No querían riesgos. Nadie los quiere nunca. No les importa hacer daño a quien sea.

Dios mío… Connor miró con más detenimiento la puerta. Había una palanca a su lado, y junto encima, una luz roja. *La he devuelto la corriente.*

El chico arrugaba mucho la boca, y gruñía de vez en cuando. Parecía que iba a echarse a llorar.

—¿Tú mataste a los otros chicos, Nash? —pregunto Connor.

—¡Querían hacerme lo mismo! Nunca debí decírselo. Se levantaron por la noche y vinieron a por mí. Querían echarme. Decían que seguro que estaba infectado. Yo huí, intenté esconderme. Pero ellos me encontraron —Nash carraspeó—. Y me obligaron a defenderme.

Connor consiguió mantener su gesto amable, sin mover un centímetro los ojos. Por una esquina a la derecha, Aaron comenzaba a acercarse. Llevaba en una mano el aturdidor.

—¿Zoe también hizo algo? ¿También te obligó a defenderte?

Si quería mantenerlo distraído, tenía que dejarlo hablar. Ese chico deseaba desahogarse.

—¡No! ¡Nunca la haría nada! ¡Ella siempre me trató bien! Yo la quería, como papá quería a mamá. Me la llevé conmigo. Ella no lo entendía. Intentó escapar varias veces, pero yo se lo iba a explicar, pronto.

—Saliste con ella por el sótano a las minas, y de allí al bosque —dedujo Connor—. ¿Dónde la dejaste?

Aaron estaba a un metro. Solo le faltaba estirar el brazo.

—La perdí. ¡Me la arrebataron! Un hombre me la quitó. Alguien malvado, vestido como la noche. Intenté impedirlo, pero era muy fuerte.

Aaron frenó su mano. Toda su concentración desapareció. Es como si, de repente, escuchara al chico.

—Apenas le vi la cara. Si pudiera, también le mataría —gruñó con una tesitura horrenda. Su mueca se trasformó. Hizo un sonido alargado con la boca, como un animal salvaje—. Ya lo veo. ¡Tú, fuiste tú! ¡Y AHORA LA QUIERES A ELLA!

Nash trastabilló hacia atrás, espantado y rabioso. Bright gritó. Aaron chocó con ellos, completamente hipnotizado.

Por suerte, sus instintos reaccionaron antes que su cabeza, y con el índice encendió el aturdidor, que descargó un golpe de electricidad en la espalda de Nash. El chico se retorció, sus músculos bañados en convulsiones.

Y no cayó inconsciente. Pegó un empujón a Aaron que lo proyectó contra la pared más cercana, justo en el panel donde se abría el portón de la fosa. La palanca se dobló con su peso, y tras un ruido ronco, el portón comenzó a elevarse. De dentro emanaba el olor de un pantano, tan intenso que se podría cortar. Connor imaginó el agua llena de huesos y podredumbre.

Bright intentó zafarse de él, propinando patadas y mordiendo. Nash gritó, pero se limitó a agarrarla más fuerte, tanto que su torax dejó de moverse y ella empezó a perder el aliento.

Connor la miró, y vio un cuerpo, flotando sobre el agua, una chica sin rostro, su melena flotando como una nube negra de tormenta. Se vio a sí mismo intentando ayudarla, antes de que llegaran los demás chicos.

—¡Has sido tú, puto negro!

—Asesino. Tú la mataste.

—No —contestó Connor, los puños contraídos. Aaron se incorporó y volvió a lanzar una descarga a Nash. A saber de dónde sacaba las fuerzas ese muchacho, pero no se detenía, solo gritaba y gruñía como una bestia.

Eso nunca se escuchó repetirse, dando una y dos zancadas hasta embestir contra Nash, con el puño por delante.

La pica de media luna le arañó el pecho en diagonal, un largo tajo que le abrió las ropas y la piel de debajo. Pero en ese momento, Connor no sentía nada, ni escuchaba, ni decía, ni sufría. Tomó al chico por el cuello con fuerza sobrehumana, arrancó la pica de sus manos y la tiró por el hueco de la fosa. Y luego le arrastró a él hasta el borde, dónde la luz casi alcanzaba a ver la amplia laguna de debajo, y si Connor hubiera visto más de cerca, los cadáveres en descomposición con ronchas ambarinas y ojos

violáceos.

—¡No, por favor, suéltame, suéltame!

Las palabras continuaron en su mente, esculpidas en su propia voz. *No he sido yo. No he sido yo.* Y toda la furia que invadía su rostro se evaporó.

Su brazo bueno era, en ese momento, todo lo que separaba a Nash de caer en la tumba de sus padres.

—No le sueltes, por favor —susurró Bright.

Eso era lo que estaba pensando. Aaron les observaba, junto a la puerta, sin decir nada.

—No lo haré —dijo Connor.

Bright se colocó a su lado.

—Nash, ¿sabes quién era ese hombre?

El joven asesino, hecho un guiñapo de temblores, apenas decía cosas con sentido. Lo único útil fue algo que le había quitado al secuestrador, un broche de color plateado.

—Eso no me ayuda —dijo Bright, con cara de odio.

—Yo sé lo que es. Y Aaron también.

El sacerdote cogió el objeto. Hizo un gesto oxidado, lleno de cansancio.

—Claro que lo sé.

Tenía la forma de una cruz, con las aspas de un molino. El símbolo de la Secta.

—¿Vale como pista? —preguntó Bright, esperanzada.

—Eso creo.

Connor acercó a Nash desde el borde, y lo acercó junto a sí.

—Te entregaremos a Finnian, y él se encargará de…

No hubo terminado la frase, Bright lo echó a un lado y agarró a Nash por los hombros. El joven torció el gesto, y con las mejillas untadas en

lágrimas, estuvo a punto de suplicar.

Bright le pegó un pequeño empujón, como haría un abusón de colegio, y con eso le tiró a la fosa. Se escuchó el ruido de un chapuzón, y enseguida gritos.

Aaron alzó la palanca e hizo que el portón se cerrara.

Mucho rato después, cuando volvían al orfanato, Connor cogió fuerzas para protestar, mas no tenía palabras con las que armar sus argumentos.

Solo lamentaría, mucho tiempo después, no haber cortado la corriente. Cualquiera podría volver ahí dentro, y bajar de nuevo la palanca.

—No puedo creer que ese chico… —Finnian llevaba una botella en la mano, una copa de whisky en la otra—. Parecía un ángel. Era tan comedido y bueno…

—Las apariencias engañan —dijo Connor. Desde que habían salido de las minas, le dolía el estómago y no paraba de tener nauseas. *De una cosa estoy seguro, no es la Epidemia.*

Finnian le había sanado la herida de la pica, y por suerte, tenía algunas reservas de vacunas, incluida el tétanos. Pese a lo feo del asunto, el ataque se había quedado en un arañazo superficial, la cicatriz que quedaría no sería excesiva. *Estos días no paro de acumularlas.*

En ese instante, Bright bajó las escaleras de los dormitorios. Levantaba una maleta hinchada de ropa y otras pertenencias. Tenía los labios fruncidos y llenos de pequeñas heridas. Su gesto mostraba profunda decisión.

—Sigues empeñada en esa estúpida idea tuya —gruñó Finnian. Su lengua ganó un filo gélido—. No esperes una cálida bienvenida si vuelves con el rabo entre las piernas.

—No se preocupe, padre Finnian —soltó ella en tono similar—. No soportaría la vergüenza. En cualquier caso, puede que más compañeros se sumen a mi idea.

Los dedos en torno al vaso de whisky se tornaron blancos. Pero Finnian no dijo nada. Connor no conocía el ambiente en ese lugar antes de la matanza de Nash, pero desde entonces, la tragedia había robado al orfanato todo rastro de alegría. *Tiene razón. Se vaciará en cuestión de*

semanas.

No hubo más despedidas. Finnian se levantó y encendió su vieja radio, cuyo sonido nació marcado por las distorsiones.

Cuando salieron al exterior, el sol había desaparecido. Solo un reguero de luz rosada marcaba el horizonte, coronada por incipientes estrellas.

—¿Tan pronto? ¡Si estamos al mediodía!

—Estamos al norte de Canadá —Bright se arrebujó en su abrigo tras cerrar la puerta—. Son inviernos gélidos y largas noches cerca del Círculo Polar.

Connor soltó una risotada triste. Solo podía pensar en lo cálido y duradero que sería el sol de México. Aaron le esperaba junto al Mustang, con el aturdidor en la mano. Ya que la pistola había quedado fuera de juego, era esa pequeña herramienta la que marcaba el poder. *Y lo vuelve a tener Aaron. ¿Para que me molesté en tener esperanzas?*

Bright se detuvo ante él, ausente de temor en su semblante.

—¿Cuál es vuestro destino?

—Mira, ya tengo bastante con hacer de niñera de…

—No necesito que nadie me cuide —le interrumpió la joven—. Antes de llegar a este orfanato, estaba sola. Durante años, he vivido a la sombra de la Epidemia y la catástrofe que ha generado. La he visto actuar en su mismo epicentro. Las cosas que vi, no las imaginaríais.

¿De qué habla? Pero si es solo una cría.

Aaron la observó largo rato.

—¿Tanto te importa tu amiga?

—Con ella, ha sido la única vez que no he estado sola —dijo Bright. Sus palabras sonaron ahogadas.

—La sede más cercana de la Secta está en Toronto —afirmó el sacerdote—. Y hay que llegar cuanto antes. Pararemos lo menos posible.

—Hecho. —Sin más dilación, Bright abrió el maletero y dejó sus cosas.

Connor se habría sorprendido menos con que cayera un meteorito y le

abriera la cabeza. *No entiendo nada.*

Tras él, la puerta se abrió de golpe, y la voz de la radio desbordó el umbral. Connor se giró de forma abrupta, y topó con una escopeta apuntando a su cuerpo.

—Apártate —gruñó Finnian.

Connor obedeció. Ningún pensamiento cruzó su mente. Simplemente, se quedó en blanco.

—Tenía que haberlo supuesto. ¿Cómo me tragué lo de la excursión de caza? La sotana llena de sangre, las heridas, el coche. Todo encaja. ¡Tú eres el pirómano de Shaunavon!

Aaron exhaló un largo resoplido. Asintió de mala gana.

—Yo masacré a la Hermandad. Y no me arrepiento. ¿De qué sirve arrepentirse?

—Obtendrías el perdón de Dios, en primer lugar. ¿Es qué has olvidado los sagrados Mandamientos, oveja descarriada? ¿Tú, que debías ordenarlos?

Bright alternaba la mirada entre uno y otro, nerviosa.

—El perdón de Dios me está vedado, al igual que su guía. He oído su nombre en boca de seres aborrecibles. Para mí, ya no significa nada.

Idiota. Así solo vas a conseguir que te mate.

Confiaría en el buen juicio del padre Finnian, si no estuviera como una maldita cuba.

—Entonces será mi mano la que actué por Su voluntad —Finnian apuntó.

Antes de pensar en lo que hacía, Connor se ponía delante. Se inclinó hasta que el cañón tocaba su pecho. Al principio se limitó a respirar, mientras dejaba que las palabras llegaran hasta su boca reseca.

—Usted está a punto de incumplir los Mandamientos, padre. No matarás, ¿lo recuerda? ¿Y por qué? ¿Por un asesino? ¿Por un pobre justiciero? No eché por tierras todo lo bueno que ha hecho en su vida por él. Bajé el arma, y dejé que él mismo sea el que se conduzca a su juicio.

No se molestó en esperar una reacción. Simplemente se alejó hacia el Mustang.

Finnian arrojó el arma contra la nieve cuando el vehículo arrancaba, y sus gritos se sumieron en una nube de monóxido de carbono.

—Escucha mis palabras: ¡tarde o temprano, la cólera de Dios te encontrará, pecador, lo hará!

Aaron soltó una pedorreta con los labios.

—Si lo que dicen de la Secta es cierto, yo la encontraré a ella.

Pisó el acelerador y llevó el coche por un camino de tierra, rumbo a la carretera.

Algunos minutos después, Connor fue consciente de la situación y se tocó las vendas de las muñecas, sonriente.

—¿Está vez no vas a usar el alambre de la cerca?

Aaron frenó en seco. Bright se quejó porque casi se golpea la cabeza, pero Aaron se limitó a mirar a Connor. *Mierda. Se ha acordado.*

—No creo que sea necesario. ¿Me equivoco?

Connor no supo que responder.

—Te lo pagaré todo. Si me ayudas en Toronto, te pagaré el viaje a México, el dinero que sea. ¿Tenemos trato? —Y levantó la mano.

Connor osciló la cabeza de lado a lado, ojiplático. *Está loco, totalmente loco. Pero es de los locos de los que puedes sacar más beneficios.*

Recuperó su amplia sonrisa, y le estrechó la mano. Vivan los tratos pacíficos.

Claro que la curiosidad también revoloteaba en su cabeza, y por mucho que Aaron lo esquivara, al final Connor Levine sonsacaría las respuestas. *¿Qué es lo que buscas? ¿Qué te ha hecho la Secta? ¿Qué significan las marcas de tus muñecas? Todos tenemos secretos, sacerdote, y yo averiguaré los tuyos. Absolutamente todos.*

Capítulo 3

Interludio

Noah se ajustó el broche plateado, hasta que las aspas del molino quedaron en el centro mismo de su blanca camisa. *Perfecto, Madre no tolera el mínimo maltrato a los símbolos de la Orden.*

Inspiró, se peinó un mechón rebelde, y con una sonrisa angelical entró en la inmensa sala.

La Gran Madre de la Orden interrogaba a otro infiel, una vez más. Se estaba aficionando a ello, últimamente. Si se tratara de una mujer menos santa y buena, Noah casi diría que lo hacía por gusto. *Jamás, eso jamás.* Solo por ese pensamiento, Noah juró rezar cinco veces esa noche.

El reo colgaba de varios cables. Noah siguió su recorrido, subiendo hasta los complejos engranajes hechos para moler el grano del molino. Vaya, esto promete.

—¿Dónde lo escondéis, señor Benford? No me hagáis repetirme, os lo ruego —dijo Madre con voz entrañable.

—Ya os he dicho que no sé de lo que me habláis.

La Madre suspiró. Miró a los fieles a los lados y asintió. Activaron el mecanismo, y las ruedas dentadas giraron y giraron hasta que los brazos del reo se estiraron y comenzaron a crujir. A un gesto de la Gran Madre, se detuvieron. *Siempre está dispuesta a dar últimas oportunidades.*

—Os dejo con vuestro calvario, Benford. El dolor es el camino más recto hacia la honestidad.

Benford aulló, cabizbajo.

—¿Quién es ese hombre, Gran Madre?

La mujer siguió de espaldas a Noah, en lo alto de las escaleras. Una túnica escarlata marcaba su delgada figura. La melena que cubría su espalda era plata fundida, sedosa y reluciente. Todos lo sabían: incluso en los albores de la vejez, la Gran Madre había sido bendecida con un físico y una salud portentosos.

—Es nuestro alcalde, Hijo mío, un hombre que ha sido corrompido por el poder y la avaricia. No es digno príncipe ni varón de virtud. Pero no te he

hecho venir aquí por eso. ¿Has oído las últimas noticias?

Antes de que Noah contestara, una persona emergió de las sombras. Dónde Noah vestía de blanco, él lo hacía de negro. El alzacuellos rodeaba su cuello como un collar de perlas.

—Samuel…

—Nuestro viejo aliado, Ronald Gale, ha muerto —explicó el susodicho—. Un incendio devoró el hogar de su Hermandad. Las autoridades hablan de un sospechoso. Un hombre vestido con sotana, taciturno y sombrío, que conducía un Mustang.

—¿Y qué? Ronald Gale no era indispensable.

La Gran Madre chasqueó la lengua.

—No seas ignorante. Deja que tu mente se adelante a esa boca atrevida.

Noah se encogió ante la severidad de su voz.

—Discúlpame, Gran Madre… ¿nos es conocido ese sospechoso?

—Hemos oído de varios testigos de la zona. Y su nombre llegó a nosotros. Es Aaron.

La garganta de Noah se bloqueó, hirviendo de rabia. Hirviendo de deseo. *Por fin. Por fin ha llegado el día que esperaba…*

—Si me lo permites, Gran Madre, yo mismo buscaré y apresaré a ese demonio con piel de hombre.

—No esperaba menos —reconoció la Gran Madre.

Noah creyó que entraría en éxtasis y, Dios le permita la comparación, se elevaría en el aire como el nuevo Arcángel. Samuel cortó con voz seca su efervescencia.

—Madre, debo protestar. Ya conoces mi opinión. No atraparemos a Aaron con violencia. Es demasiado listo. Conoce nuestras tácticas.

—Oh, por favor —bufó Noah—. Fue culpa tuya que escapara. Tú le diste la oportunidad.

Samuel dirigió a él una mirada negra y ácida.

—Y tú los argumentos.

Sé que me odias, Samuel. Y me envidias. Porque soy más agraciado, más virtuoso y más eficaz que tú. Solo falta la última demostración. El acto que mostrará quien es digno heredero de la Gran Madre.

—¡Basta! –tronó la Gran Madre. Todas las reflexiones de Noah quedaron sepultadas bajo una oleada de temor. Samuel cerró la boca, y bajó la mirada como un niño regañado.

—La violencia no es nuestro camino predilecto —dijo con voz más sosegada—. Pero es el necesario cuando la palabra choca con oídos sordos.

»Noah, viajarás a Toronto y visitarás nuestra brazo armado. Allí, te harás con buenos soldados y buscarás a Aaron. Es posible que sepa lo del niño, así que estará impetuoso, lo que te facilitará encontrarle. Rastrea hasta la más mínima pista. Sé que eres bueno en eso. Y cuando le encuentres, atrápalo. Y tráelo ante mí. Vivo.

Noah llegó a desear que no hubiera pronunciado la última palabra. Luego lamentó ese oscuro pensamiento y juró resarcir su pecado con algún pecador preso: que la impureza se limpiara a golpes sobre el impuro.

Samuel hinchó los hombros, y titubeó, pensó en decir algo, pero al final abandonó el templo, siseando como una culebra. Noah le enseñó los dientes en una sonrisa espléndida.

—Alcalde Benford —dijo la Gran Madre—. ¿Habéis cambiado de opinión?

Benford acumuló fuerzas, inflando el pecho. Soltó el aire y escupió:

—¡Púdrete en el infierno, bruja!

—Qué lástima…

La Gran Madre asintió, y se volvió a accionar el mecanismo. Noah contempló como las ruedas desmembraban a Benford y rociaban el suelo con su sangre. Entre los gritos y la agonía, imaginó que era Aaron.

Capítulo 4

Grietas en el hielo

Bright siempre se ponía en lo peor. No podía evitarlo, lo llevaba engranado en su cabeza. Si le hubiera dado por ser vidente, pronto habría tenido a una horda de clientes desconsolados frente a su puerta. Podría haberme puesto Madame Funesta de apodo. Qué bien suena. O que mal. Precisamente, suena fatal. Lo peor, es que solía acertar. Demasiado. Por eso, cuando notó el temblor, no dio por hecho que fuera un bache ni nada parecido. Pensó en algo mucho, mucho mayor. Siempre había tenido una sensibilidad especial para esas cosas. La abuela Ivalu decía que, el día de su nacimiento, un rayó tronó sobre alguna pradera de Dinamarca, y marcó para siempre sus sentidos. Bright daba por sentado que esa historia llegó en algún momento a sus padres, y desde ese momento su nombre de pila quedó relegado al olvido.

—Yo ya no lo recuerdo…

—¿Qué murmuras? —preguntó Connor.

Que pesado es. De alguna manera, había quedado atrapado en el medio de dos extremos: Connor, el chico de ojos altivos y barbilla prominente que no paraba de parlotear, y ese Aaron, el cura de expresión gris y callado como una tumba.

—He notado un temblor.

—Habremos pasado un bache. O quizá ha reventado una rueda.

—Quedan horas para Toronto —intervino Aaron—. Mejor revisarlo ahora. Tengo una de repuesto.

—No hablo de eso —dijo Bright—. Es la tierra. Un terremoto.

—Entonces en el coche es donde estamos más seguros —dijo Connor.

Bright alargó un dedo hacía los árboles. Ramas desnudas y hoja caduca compartían el blanco de las cencelladas. Los carámbanos tenían longitudes totalmente aleatorias, y parecían interpretar una partitura para la que el oído humano no tenía entendimiento. Aunque de niña lo habría encontrado precioso, Bright estaba empachada de frío y hielo.

—Si muchos de ellos se caen ya nos podemos despedir.

—¿Qué? Es hielo. Es solo agua.

Bright cerró la boca. Le temblaba por una carcajada contenida.

—Solo agua… Como se nota que no eres del norte.

—Soy del norte. Solo que otro norte. Todo es cuestión de perspectiva, pequeña.

—No me llames pequeña —Bright le metió un copón en el brazo sano. Qué pena. Si hubiera tenido el otro al alcance se callaría un buen rato.

—Ya estamos con la agresividad —Connor se pasó la mano por el hombro como si apenas hubiera sentido una pequeña brisa—. La próxima vez, prueba a pegarme un empujón cerca de un borde alto. Igual te sale mejor.

—Vete a la mierda.

—Bueno, ya está bien, ¿no creéis? —Aaron amargó el gesto—. Me dais dolor de cabeza.

—Y tú también te puedes dar por aludido —añadió Bright, ciñendo la solapa de su chaqueta sobre la boca, encogida y hosca.

—Ya se ha ofendido —dijo Connor.

Por supuesto que sí, pensó ella, pero no le dio la satisfacción de contestar y parecer una cría quejica. Sabía que Connor mostraba hacia ella una doble cara, como una espada que a veces la golpeaba con el mango, y a veces con una hoja hiriente. "¿Y todo por el cabrón de Nash? Bright rebuscó en su conciencia, intentando agarrarse al mínimo atisbo de culpabilidad y arrepentimiento que podía encontrar. Tardó poco en rendirse. Todavía se sentía bien. Todavía lo recordaba y disfrutaba la expresión de sorpresa, gozaba del chapoteo y los gritos.

Quizá cuando encuentre a Zoe, se acabará. Por eso tengo que encontrarla. Porque ella me dirá que eso no está bien. Y por fin sentiré que no lo estuvo. Si no sería una farsante, cubierta de capas y capas como una cebolla maloliente. Sería como el sacerdote, que ha matado a cien y luego lleva sotana como si nada. Me sentiría falsa.

La calefacción que tenía puesta Aaron y el cartón que sustituía la ventanilla rota viciaban el aire. Un calor abrasivo rodeó de repente a

Bright, y le empezó a extraer sudor con rapidez.

—¿Por favor, podemos parar? —repitió, con una voz más temblorosa—. Al menos hasta que acabé el temblor.

En realidad, no aguantaba. El hedor a cuero, a ropa mal lavada, a sangre reseca, a óxido y a escayola martilleaban su estómago. Creo que voy a vomitar.

—¿No tenías prisa por encontrar a tu amiga? —preguntó Connor, mirándola fijamente.

Bright fue a responder que su amiga podía esperar diez minutos de nada, cuando el coche pegó una sacudida y el centro de gravedad parecía atragantarse en su tráquea.

Una grieta negra y brumosa dividió en dos el asfalto, avanzando por delante del Mustang, como hecha por un niño invisible que no para de maltratar un folio con garabatos. Varios robles y píceas centenarias mostraron sus raíces momentos antes de derrumbarse, y el resto se contentaron con sacudir sus ramas sobre la carretera. Cientos y cientos de agujas de hielo llenaron el camino del Mustang, y varias de ellas acabaron clavadas en los neumáticos. Bright contó dos fuertes estallidos, y no pudo evitar soltar un grito.

Aaron enseñó los dientes, pegó un volantazo y aplastó el pedal del freno. En pocos segundos Bright perdió la visión del horizonte, sustituido por un borrón cambiante. Los cristales estallaban, la carrocería se abollaba y sus brazos bailaban. En ningún momento vomitó. Ya me vale. Me equivoqué en lo de las predicciones. ¿Podría haber imaginado que estaría muerta en cuestión de segundos?

Al menos la forma es divertida. Parece diseñado para mí. Como un parque de atracciones. He pagado el ticket. La sensación de la adrenalina desbocada, las preocupaciones diluidas. Y todo que da vueltas, y vueltas, y vueltas…

En algún momento perdió el conocimiento, pero poco después un recuerdo pasó volando, y con una chispa brillante iluminó el final.

Bright creía que su cabeza se despegaría de su cuerpo con tanto giro de cuello, siguiendo el rumbo de las aspas que daban vueltas, y vueltas, y vueltas. La sensación le encantaba, aunque odiaba el ruido, y levantaba un viento tan fuerte que tenía que apretar las piernas para no caer hacia

atrás y no parecer un bebé debilucho.

—Quiero ir.

—De eso ni hablar —dictaminó su padre con tono incandescente. No había enfado alguno, simplemente, una rebosante energía, y con solo una diminuta esquirla, Bright ya se parecía a ella—. Te quedarás con la nana Ivalu. Será divertido. Van a reunir a los niños del pueblo. Podréis jugar todos juntos y tomar té dulce de algas.

—Pero yo odio ese té. Está asqueroso y me quema la lengua. Prefiero chocolate.

— Pídele chocolate. Y si ella prefiere hacer té, lo tomarás y aceptarás como una buena chica su hospitalidad. Os contarán cuentos de monstruos y mitos de viejos héroes durante toda la noche. Se os pasará volando. Seguro que a la mañana siguiente, ya hemos vuelto.

—¿Por qué no me queréis llevar con vosotros?

Su madre cerró la cremallera de una mochila y se la subió al hombro.

—Cariño, esto es un trabajo peligroso, por mucho que nos guste. Y podemos encontrarnos con gente a quien no le siente bien lo que hacemos. No es lugar para una niña.

—¡Pero si ya tengo nueve años!

—Vaya, tienes medio pie en la tumba —rio su padre. Su madre la silenció de un solo vistazo—. Te prometo que el año que viene te llevaremos en una de nuestras excursiones.

—Prometidísimo —insistió su madre. Se colocó unas gafas de sol. Delante de ellos, más allá del helipuerto y las últimas casas, la llanura blanca relucía con un ardor gélido.

Bright bajó la cabeza. Se miró los pies con gesto enfurruñado.

—Siempre decís que hay que escuchar al corazón. ¿Es qué el mío vale menos que el vuestro?

Su padre se puso de cuclillas. Varias plaquitas en la pechera de su abrigo tintinearon, chocando unas con las otras. ¡Salva el Ártico!, Ecologismo en acción y como hebilla del cinturón, el símbolo de la paz.

—El tuyo vale como el de tu madre y el mío juntos, y un poquito más. Si

lo ponemos en una báscula, revienta la aguja.

—No me hace gracia —musitó Bright.

—Está bien, doña solemne —dijo su padre con tono grave, Bright no puedo evitar sacar un parpadeo de sonrisa—. Lo que sé es que tú corazón es tan valioso que haremos lo que sea por protegerlo. Eres lo más bonito que tiene el mundo ahora, y no lo pondríamos en peligro por nada.

—¿Por qué estaría en peligro?

—Fred, tenemos que irnos —dijo su madre—. Cariño, volveremos enseguida. Veinticuatro horas máximo.

—Te traeré algo de recuerdo —Su padre la dio un beso en la mejilla—. Ya lo sé. Un trozo grande de hielo. Muy viejo.

—Eso es solo agua.

El piloto del helicóptero asomó la cabeza por la puerta.

—¡No te van a quitar el título de padre del año por esto, Fred! ¡Sube de una maldita vez!

—¡Voy, voy! Dum… Lo traeré algo con algo conservado dentro. Algo muy antiguo. Lo miraremos bajo las estrellas, y te hablaré de lo que significa. Pero ahora, el mundo nos necesita. Adiós, cielo.

—Adiós…

Bright observó en silencio como el vehículo se despegaba del suelo, superando las rachas de viento con suaves bamboleos. En cuanto viró y se encaró hacia el noreste ganó mucha velocidad, hasta que Bright no pudo mirarlo más porque el sol lo cegaba. Dolía mucho si lo mirabas de cerca, y le hacía llorar los ojos. Debe de ser increíble que todo el mundo te necesite. Bright se limpió una lágrima y bajó la cuesta que llevaba a las calles.

Narsaq parecía más vacía que de costumbre. Restos de nieve se acumulaban en el césped junto a los caminos, y el viento engendraba una música discontinua, que reverberaba en tonos grises al chocar contra las coloridas casas. Bright vio la casa de la nana Ivalu en lo alto de una colina. Las luces estaban encendidas, y el humo de la calefacción salía por una tubería. De pronto, la empinada caminata que la esperaba se le hizo una odisea.

Unas manos enguantadas la taparon los ojos. Sus pensamientos se

cortaron con tanta fuerza que dio un bote.

—¿Quién soy?

—Zoe… No estoy de humor. Y con esa voz que ha puesto, más vale que sea ese presentador de los deportes pasado de rosca.

Bright recuperó la vista y tuvo que pestañear varias veces. Ya se le habían vuelto a secar los ojos. Con que velocidad iba de un extremo a l otro. Zoe se colocó frente a ella, los brazos en jarras. Estaba creciendo rápido, iba a ser alta y bella como su madre. Una vez, Bright oyó decir a un chico del pueblo que, de mayor, volaría lejos y se haría modelo. Algo así como los maniquíes que se exponen en las tiendas. Menudo aburrimiento. Cuando se lo preguntó a Zoe, ella hizo una pedorreta con los labios.

—¿Qué pasa? ¿Triste porque se han ido papá y mamá?

—¡Oye!

—Mi madre también se ha ido —dijo Zoe. Lisa era compañero de hace años de sus padres. Por eso se conocían Bright y Zoe—. Pero no pienso lloriquear por las esquinas. ¡Ya verás tú que no!—Zoe la agarró por el hombro y encogió el índice y el pulgar—. Estamos a esto de la adultez. Ya tenemos que ser independientes. Aprender a buscar cosas que hacer sin nuestros padres.

—Muy bien, listilla, ¿y qué pretendes hacer?

Zoe frunció la barbilla. Bright soltó una carcajada, y su amiga hizo un amago de escupitajo. El resultado cayó torpemente en el suelo, a un metro de Bright.

— Calculé mal la cantidad de moco —afirmó Zoe para excusar su falta de puntería—. Creo que el plan de ir con Ivalu no suena mal. Y me encanta el té de algas.

—No acababas de hablar de independencia y no sé qué más. Que rara eres.

— Hago como los adultos. Parecer más lista de lo que soy. Y más dura. —Zoe la dio un toque y salió corriendo—. ¡Quién llegué última a la puerta se queda fuera hasta congelarse!

—¡De eso nada!

Las dos niñas llegaron juntas, riendo, resollando y disputando la marca de la victoria. Acordaron un empate con revancha y se sentaron en el salón de la nana Ivalu. Nadie sabría decir cuántos años tenía la anciana, pero

Zoe afirmaba que, como mínimo, debió de vivir con los vikingos. Bright no aventuraba tanto. Pensaba más bien que su cara regordeta y arrugada funcionaba como el tocón de un árbol, y cada línea contaba por un año. El problema es que las cuentas no terminaban de cuadrar. Cada día, Ivalu ganaba unas arrugas y perdía otras, y eso que su expresión afable parecía inalterable.

—¿Qué miras, niña curiosa? —preguntó Ivalu esa tarde.

—Nada, yo solo…

—¡Qué colorada te has puesto, parece mentira! En tu cara tan blanquita se nota mucho. Ten, un cazo de té.

Bright se tragó un resoplido. No se atrevió a pedirle chocolate. Sería la única de la sala en cambiar las cosas, otra vez más. Como con la salsa de los macarrones. Luego todos dirían que era tonta y no querrían jugar con ella. Así que sorbió cucharadas pequeñitas, apretando los músculos de la cara para no hacer muecas y tragando con rapidez. Su mirada se desviaba constantemente a un reloj que colgaba en una pared junto a la ventana. El péndulo iba de izquierda a derecha con una lentitud insoportable.

—Bright, déjalo ya —dijo Zoe, bebiendo directamente de su cazo—. Tenían que ir lejos. Tardarán.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Oí a mi madre desde mi habitación. Hablaba con alguien sobre un petrolero que estaba en el Mar de Groenlandia. Habría encallado, y estaría contaminando toda la costa, pero nadie lo sabe.

Bright bajó la mirada al cazó de té de algas y susurró.

—¿Y qué tiene eso de peligroso?

—¿Eh?

—¿Y quién ha enviado un petrolero por allí? —preguntó ella para disimular.

Un niño nativo, de piel tostada y pelo negro acercó la cabeza y respondió:

—Seguro que han sido los rusos. Siempre son los rusos. Hay una familia de finlandeses al otro lado de la cuesta que dicen que son lo peor.

—Oh, cállate. No tienes ni idea —Zoe le apartó de golpe.

—Cállate tú, niña pálida.

—¡No está bien insultar por el color de piel, capullo! —soltó Bright. Después de gritar se sintió mucho mejor, como si soltaran un yunque que reposaba en su pecho.

—Bueno, ya está bien, niños —intervino la nana Ivalu—. Aquí todos somos iguales. Tenemos carne y huesos, ojos y nariz, orejas y boca. El resto no tiene importancia. Siempre os ponéis irascibles cuando llega el invierno y el sol comienza su largo sueño. Y a lo sé, os contaré una historia. Luego podréis cenar y dormir.

—O sea, que va a durar toda la tarde —volvió a susurrar Bright. Zoe le propinó un codazo para que dejara de hacerlo.

Aunque al final, Bright tuvo que reconocer que se entretuvo. Para los pocos gestos que Ivalu hacía, su voz no paraba quieta, subía, bajaba y saltaba, animada como la marea y sus olas. Habló de cazadores que vivían aventuras, de dioses sabios y furibundos, de bailes en la nieve y monstruos en las profundidades.

La que más le gustó hablaba de una gaviota gigante que bajó de los cielos durante un invierno largo y duro que cubría el mundo entero, en un tiempo en que el mar era hielo y el oxígeno arañaba los pulmones.

La gaviota se presentó a una tribu y ofreció su carne para saciar a los hambrientos, asegurando que Pinga lo había enviado, y que un trozo de su alma se quedaría en todos ellos. Dentro de sus cuerpos, nacería un calor tal que, en poco tiempo, matarían el crudo invierno. La tribu aceptó. Se realizaron ceremonias y se sacrificó a la criatura entre rezos por su alma, pues sabían que, en cierto modo, ellos mismos formaban parte de su ciclo de reencarnación.

Se cuenta que la tribu se expandió, y allí por dónde iban el invierno se alejaba, asustado. Tan fuertes se sintieron que decidieron ofrecer su don, y una a una fueron sometiendo a otras tribus. Hasta que se encontraron con una que adoraban el hielo y el invierno, y que temían a la tribu de los poderes extraños, que cada vez tenían más hambre y cada vez devoraban más, incluidos otros humanos. Esta tribu abrió una sima en la tierra, y atrajo hacia allí a la tribu de la gaviota. Cuando entraron, sellaron la grieta con hielo y maldiciones, y así no se supo nada más de esa tribu, ni de su alma mentirosa, que por supuesto, no bajó de los cielo por orden de Pinga, ni de ningún dios bondadoso.

La nana observó la negrura tras las ventanas, y con signos de agotamiento, ordenó plácidamente a los niños que fueran a sus camas. Bright se metió en su saco de dormir muy irritada. La historia había desterrado todo asomo de sueño en su cuerpo, y su mente pensaba

acelerada. Su padre le había enseñado a sacar mucho jugo a esos cuentos, y a veces Bright los exprimía sin pensarlo, por imitación. Al final, era una alegoría, y como otras leyendas locales, hablaba del inmenso poder de la naturaleza, a la vez protector y destructivo.

Y a esos villanos les pasó lo que les pasa a los que no respetan la naturaleza: recibieron un justo castigo. Lo he adivinado yo sola, se felicitó a sí misma. Escuchaba a su madre a lo lejos, mientras la peinaba el pelo.

—Contigo, el futuro es prometedor. Serás mejor…

Por eso volvió a sentir el enfado, creciendo como un tumor indeseado. Ella se merecía estar con ellos, haciendo cosas buenas, en vez de sentarse en un salón a escuchar cuentos inventados de vieja. Cuando sus padres volvieran, le debían una explicación.

Observó el fuego de la chimenea, con impaciencia. Consiguió dormirse, esperando que para cuando despertara viera el rostro de ambos, a la luz del fugaz amanecer.

No volvieron al día siguiente, ni al siguiente, ni tampoco al siguiente. Pasó una semana, y la impaciencia tornó en estupefacción, luego en ira, luego en miedo. Todos los días, Bright miraba el fuego, y a veces el humo también, con sus volutas negras que se adentraban en un túnel de oscuridad, donde se perdían sin retorno.

Así se planteó la posibilidad. De que sus padres nunca regresaran.

El humo ceñía su rostro, y arrancó la oscuridad con toses y arcadas. Punzadas de dolor acorralaban su cuerpo, una masa entumecida e informe que bien podría estar disuelta en ácido. En realidad, lo bueno es que duela pensó Bright. Intentó mover algo, alguna extremidad sin concretar, y replegó su opinión a un abismo de su mente. No, no es nada bueno, joder. Pero tengo que moverme, tengo que moverme.

Sus ojos localizaron el perfil del Mustang en la penumbra, apenas a unos metros. El coche había volcado, con las ruedas hacia arribas como los insectos muertos, no sin antes estrellarse contra un árbol, partiendo su morro en dos. El aceite goteaba y formaba un gran charco, y del entramado de tubos y cachivaches que perfilaban el vientre del vehículo salían humo y llamas. Es como si todas las cosas malas que pueden pasar en un accidente se hubieran juntado en mis narices. Pero estoy viva. Recuérdalo, Bright. Todavía tienes algo que hacer.

Un ruido surgió entre los árboles, un zumbido que desgarraba el aire. Bright recordó al padre Finnian talando un árbol, y descubrió el origen:

una sierra. Por debajo, escuchó susurros.

—Ya he llamado al jefe: llegará aquí cuanto antes.

—Pero primero hay que sacarlo de ahí. Date prisa. Si muere…

El primer instinto de Bright fue gritar.

—¡Socorro! ¡Socorro! —La súplica sonó más fuerte en sus oídos que en el bosque.

Un hombre vestido con un chaleco naranja apareció frente a ella y se arrodilló. En su pecho podía leerse "EMERGENCIAS" con grandes letras blancas.

—Tranquila, chica, tranquila. Hemos venido en una ambulancia. Te sacaremos de aquí.

El enfermero miró al de la sierra. Hubo un único segundo de silencio.

—Trae una camilla, rápido. Luego sacaremos al sacerdote.

Aaron… Bright giró el rostro hacia el Mustang. Los brazos de Aaron rozaban el techo aplastado del coche, y su cabeza estaba cubierta de hilitos de sangre. Acabarán rescatando un cadáver. Aunque da igual, en su estado no podrá llevarme hasta Zoe. Ojala el coche hubiera tenido combustible, en su momento. Así le habría perdido de vista.

Bright esperaba recuperarse rápido. Cuando la subieron a una camilla, y la portaron por una larga cuesta hacia la carretera, notó la hinchazón de contusiones y el escozor de algunas heridas, pero sentía volver sus fuerzas, así que supuso que no perdía sangre ni se había roto nada. Podía considerarse afortunada.

—¿Cómo… nos habéis encontrado?

Al mirar hacia arriba, vio el rostro de uno de los enfermeros del revés. Le pareció que sonreía.

—Después del terremoto, un amigo vuestro vino hasta nosotros y nos avisó.

—¿Connor? — Si es verdad, podría llamarlo amigo. Quizá—. ¿Y dónde…?

—Es aconsejable que no hables más. Creemos que puedes tener una hemorragia interna. Será mejor que te metamos en la ambulancia y te

sedemos.

Bright perdió las ganas de hablar. No era de confiar en nadie, pero tendría que creer en las palabras de los médicos. Dicen que su fuerte es la jodida sinceridad.

Las luces de la ambulancia la hicieron fruncir los ojos. Había aparcado en la linde del asfalto, a escasos metros de una grieta que discurría de forma más o menos similar a la línea discontinua. Un sudor frío embargó a Bright, y sabía que no tenía nada que ver con sus lesiones.

Antes de que comenzaran a subirla, el enfermero que la había hablado antes se dirigió al de la sierra.

—Tú súbela y déjala dentro. Luego coge la sierra y saca de ahí al sacerdote antes de que se muera.

—Como digas —rumió el otro enfermero.

—¿No deberíais tratarme o algo?

El enfermero se volvió a ella con gesto de sorpresa.

—Tengo que hablar por radio. Necesitamos ayuda para encargarnos de vosotros. Espera aquí. Enseguida estaré contigo.

No me iré a ninguna parte.

Así acabó Bright en el interior de la furgoneta, con las puertas abiertas a la carretera infinita y el cielo plomizo, volviendo la cabeza a un lado por el dolor que le producían los halógenos del techo en los ojos. Escuchó los pasos que entraban en la cabina. La radio que se encendía. Palabras ininteligibles.

A lo lejos, la sierra comenzó a morder metal. Bright escuchó el chirrido con aprensión, agitando los dedos de las manos. Observó un momento las ropas desgarradas, los moratones de sus brazos. Quizá la sangre se desparramaba en sus entrañas, y la robaba la vida, en silencio. Bright sacudió la cabeza. El viento se colaba por las puertas abiertas y secaba sus heridas, no sin ocuparse de meter el frío en su piel. Se podía haber preocupado de cerrar las puertas.

El cielo respondió soltando unos copos de nieve. Caían de uno en uno, arremolinados en el aire, perlando el arcén con su brevedad. Bright siguió la mirada a uno que entraba en la ambulancia y volaba sobre una bandeja atada con jeringuillas, pinzas, bisturís y mascarillas, hasta caer y derretirse bajo un pequeño grifo donde descansaba una esponja húmeda. No pudo evitar ver un rastro de agua rosada que alguien había limpiado

de forma más bien pobre, en un armarito de cristal justo debajo, donde almacenaban desfibriladores.

Seguro que atienden pacientes graves todos los días. La sangre estará a la orden del día. Siempre está a la orden del día. Bright vio su rostro reflejado en un espejo sobre el grifo, con su piel cetrina, sus ojos vidriosos, su maraña de rizos embarrados.

¿Sabes a quién te pareces? —preguntó una vocecilla en su interior.

Bright apartó la mirada y acalló su mente. Si sigo por este camino, me voy a parecer a ellos muy deprisa.

El silencio lo invadió todo. La sierra dejó de sonar. El viento se calmó. La puerta del conductor se cerró. De un plumazo, su oído interno se vació de percepciones. Bright pensó que se mareaba. O que iba a vomitar. O que el corazón le iba a estallar.

Todo volvió a su cauce como si nada hubiera cambiado. Solo una breve narcolepsia, y el ruido volvía. Algo se arrastraba por el bosque. Un animal aullaba a lo lejos. Y los pasos, los pasos de enfermero. Cuero barato que chirriaba y hacía un ruido a pedorreta sobre el asfalto. En otra situación, Bright se habría partido el culo.

El enfermero saltó junto a su camilla y la miró un breve instante. Luego, se dirigió a la bandeja de las jeringuillas.

—Que, ¿te encuentras mejor?

—No —dijo Bright.

—No te preocupes. —El enfermero introdujo la aguja en un recipiente sin etiqueta, y lleno la jeringa de un líquido lechoso—. Ahora te sentirás mejor. No te dolerá nada.

El otro enfermero pegó un grito.

—¿Quieres venir a ayudarme de una vez?

—Espera un momento, estoy ocupado. —Con la boca fruncida, dio unos golpecitos a la jeringuilla—. Genial.

Bright clavó los nudillos en el borde de la camilla.

—Tú no te muevas —dijo el enfermero con una sonrisa—. Tengo que encontrarte la vena.

Tenía el brazo lleno de sangre, hojas y tierra, así que el enfermero cogió la esponja para lavar la herida. Bright captó el reflejo del lado contrario en el armarito, el que había absorbido más sangre. Tenía una figura impresa, un poco desdibujada, pero reconocible: una cruz con cuatro aspas.

Bright guardó todo el aliento en sus pulmones, al igual que su miedo y su odio y su impaciencia. El enfermero lavó su piel a toda prisa, y acercó lentamente esa aguja al hueco de su codo.

No son imaginaciones mías. Ya estoy escarmentada de eso.

Estaba inclinado sobre ella cuando Bright le propinó un rodillazo en la tripa. El enfermero abrió mucho la boca, y dejó que la jeringuilla se le escurriera entre los dedos. La miró con nuevos ojos, ojos rojos, febriles, dantescos.

—Estúpida zorra —se llevó la mano a un bolsillo bajo el chaleco.

Bright se propulsó con los brazos, gritando y soltando el aire mientras todas esas lesiones en sus músculos se abrían y estiraban de nuevo con el esfuerzo. Consiguió caer, ella y su camilla, sobre las piernas del enfermero. Él soltó un manotazo. Solo tocó a Bright de refilón, barriendo la suciedad de su sien. Antes de que se levantara, Bright apoyó en él sus rodillas y estiró los brazos hacia la bandeja y su instrumental. Tenía la mirada fija en el bisturí.

El enfermero recuperó fuerzas, y le pegó un puñetazo en el esternón. Tuvo suerte de haberlo pillado por sorpresa, con un poco más de fuerza le habría aplastado la tráquea. Aunque Bright no lo pensó. Su juicio se disolvió en un magma de dolor. Con un último manotazo tiró la bandeja y todo lo que contenía por encima de ella. El bisturí cayó y se le clavó en el muslo.

Es solo otra herida, Bright. Nada importante. No pienses en ello. Mejor, no pienses en nada. Solo actúa. No dudes.

El enfermero la agarró por el cuello, y comenzó a sacar su arma. Bright ignoró sus nervios y sus fibras, sacó el bisturí de golpe y se lo clavó al enfermero en el cuello.

Su cara se quedó petrificada, y solo su boca hizo un gesto. Paladeaba con mordiscos, moviendo su lengua. Debía de tener parte del filo en la boca. Bright era partidaria de no dejar las cosas sin terminar. Así que se lo clavó varias veces más, con golpes meticulosos, sajando venas y arterias hasta que el enfermero cayó hacia atrás, hecho una fuente roja.

Bright suponía que ese era el momento en el que debía de mostrar alegría, alegría de estar viva. Pero solo veía a Zoe, y ella tenía toda la

alegría, toda la esperanza robada. Ella le decía cuando hacía bien, la que le decía cuando hacía mal. La que le hacía sentir que algo de lo que hacía tenía algún maldito sentido. Sin ella, se sentía como un cascarón, algo a lo que le habían comido el fruto y lo habían tirado. Bueno, ya me sentí así antes, mucho antes de perder a Zoe.

Así que se levantó, henchida de dolor y apatía, echando a un lado el cuerpo. Tenía que conducir. La ambulancia le valdría.

Claro que se le había olvidado el detalle de que quedaba otro enfermero. Bright siempre se perdía en los detalles, y un detalle con piernas y brazos dispuesto a matarte no era de los más banales. En cuanto la vio se detuvo, con la mirada vacía, procesando la situación. Debió de concluir algo cuando soltó al Aaron inconsciente que llevaba a rastras.

—Ni una camilla. Si queríais parecer enfermeros, lo habéis hecho de puta pena —soltó Bright.

El enfermero cargó hacia ella, sacando una pistola, la otra mano abierta como una garra hacia ella. Bright solo tuvo que echarse a un lado, y luego un pequeñito empujón lo lanzó contra el hueco de la grietas. En un tiempo inferior a dos segundos, escuchó su cráneo reventar como un melón maduro. Podría decirse que le estoy cogiendo práctica, je…je… ¡Pero qué demonios digo!

Bright corrió hasta la cabina, abrió la puerta, y miró bajo el volante. La llave seguía enganchada al contacto. En las entrañas de la ambulancia, el motor dormitaba y ronroneaba.

Por fin las cosas salen…

La radio de la ambulancia soltó un chasquido quejumbroso.

—Hermano Evan. Hermano Evan, ¿estás ahí? Casi hemos llegado. Ten al sujeto despierto y entero. El jefe está impaciente por verlo. Yo de ti no lo decepcionaría. Recuerda lo que hizo con Gery… Que las aspas sigan girando por ti, hermano. Ahora nos vemos.

Bright agarró las manos al volante, con la presión necesaria para que sus dedos dejaran de temblar. Podría haber pisado el acelerador y haberse arriesgado. Eso lo hacía a menudo. Pero su margen murió en cuestión de segundos. Unos focos crecían a lo lejos de la carretera. Varios pares.

Casi hemos llegado. Era bastante literal. Estrechó los ojos y distinguió la forma de los coches. Dos furgonetas y un todoterreno, chapados en azabache. Un brazo con un fusil de asalto sobresalía por una ventanilla. Todo eso gritaba PELIGRO para Bright. Enseguida descubrió que no sabía

qué hacer. Su instinto estaba tan mudo como un muerto.

Bajó corriendo de la furgoneta y se tiró sobre el cuerpo inconsciente de Aaron.

—Eh, sacerdote, sacerdote. Despierta. Despierta —Bright le pegó un par de bofetadas—. Joder, sacerdote, necesito que despiertes ahora.

Aaron gimió. Tenía los ojos entreabiertos, pero no parecía cerca de la consciencia. La sangre le empapaba el rostro, tenía un ojo inflamado, y la piel llena de cortes por cristales rotos.

—No te puedes morir ahora. Yo confié en ti. ¡Confié en ti! —Bright sacó todas sus fuerzas y le agitó los hombros—. Por favor…

—Rachel… — murmuró el sacerdote, con un jirón de voz.

—¿Qué? No, no, idiota, despierta.

La luz barrió a la extraña pareja. El todoterreno aparcó por delante, y casi dos decenas de hombres armados salieron a la nevada.

—¡Aaron, tú sabes quienes son! ¡Tú tienes que saber que hacer! —Bright le aporreó el pecho, y por un momento temió matarlo—. ¡Aaron!

Del todoterreno, en último lugar, salió un hombre alto y delgado, casi de la estatura de Aaron. Llevaba la camisa más blanca, lisa y limpia que hubiera visto, y los pantalones eran plateados como el hielo más viejo del Ártico. Por contraste, su pelo era castaño, y sus ojos, alfileres de oscuridad. Del centro de su pecho pendía un colgante con el símbolo de la Secta, bañado en rojo.

El desconocido desveló una amplia sonrisa, y comenzó a caminar hacia ellos, los brazos extendidos cual viejo amigo.

—Tal y como te recordaba, cubierto de sangre y heridas. Tal y como te prefiero.

Bright miró hacia arriba, aterrada. Su voz era lo más gélido que sintiera en años.

Por algún motivo, Aaron lo sintió, y abrió los ojos de golpe.

—Noah…

Por mucho que lo intentara, Bright no podía cerrar los ojos. Llevaba días sin dormir, y a la vez, todo el tiempo que llevaba despierta parecía un sueño. No ayudaba que el sol tuviera vigencia seis horas al día, antes de desaparecer y devolver a la noche su dominio. Andaba de aquí para allá, entre gestos de ánimo, descaradas condolencias e intentos vanos de distracción. Al final se quedaba tumbada en su cama, mirando al techo, mirando al cielo por la ventana, ambos igual de blancos, y pensando sin saber muy bien que pensaba.

Pero lo que pensara daba igual, porque si cerraba los ojos los veía. Su imaginación se activaba con la potencia de una locomotora, y sus miedos servían como el mejor carbón. Los veía a ellos, en el hielo, de alguna manera u otra inertes. Con los ojos abiertos y muertos.

Zoe no estaba allí, había ido a comprar comida para la nana Ivalu. Si la reacción de Bright había sido la apatía, Zoe se había lanzado a una actividad frenética y continua, recado tras recado tras recado, cualquier tontería la valía para pasear por el pueblo durante horas. Había intentado convencer más de una vez a Bright para que la acompañara, pero sus súplicas caían en saco roto. Bright necesitaba tiempo, y a la vez, quería que no pasara ni un solo segundo.

Su mente quería quedarse quieta para siempre, pero su cuerpo empezó a notar la falta de desayuno. Un par de rugidos la obligaron a levantarse e ir al salón, a comer con los demás. De camino, oyó un par de voces agitadas. Con una presión en el cerebro, de algún sentimiento difícil de definir, Bright siguió el sonido por un pasillo. Provenía de la entrada de la vieja casa.

La hija de la nana Ivalu, Naaja, ejercía de administradora y organizaba muchos de los asuntos de la localidad. En ese momento, discutía con un trío de hombres desconocidos. A decir verdad, solo con el de delante; los otros dos se limitaban a hacer gestos desde un plano apartado.

—Sus cualificaciones me importan una cagarruta de gaviota, señor Kersley. Si requiriera el servicio de nuevos rescatadores, ya lo habría solicitado a las autoridades.

—¿Y por qué no lo ha hecho? —preguntó el hombre—. ¡Ya han pasado diez días!

Están hablando de la desaparición de papá y mamá. Al momento, Bright se escondió tras el vano de la puerta. Observó, con un ojo asomado, y escuchó atenta.

—Ya tenemos a los mejores trabajando, rastreando la zona —explicó con sosiego la hija de Ivalu—. Conozco a los desaparecidos, a diferencia de

usted, y les guardo gran aprecio. Créame, no escatimaré en recursos.

—Escatima rechazando mi ayuda —dijo el señor Kersley, un hombre con la sombra de una barba y pelo castaño, con un flequillo de puntas afiladas. Parecía que llevara un rastrillo sobre la frente—. Lo que ha pasado allí arriba es mucho más que un simple accidente petrolífero. Mucho más que unas simples desapariciones. El lugar donde ha ocurrido no es otro punto sin significado en el mapa de Groenlandia.

—No sé a qué se refiere —dijo Naaja—. Váyase de aquí, señor Kersley, o llamaré a la policía local.

—¿Me asegura qué no sabe nada de la construcción megalítica? ¿O acaso pretende negar su existencia?

La hija de Ivalu iba a girarse, pero se detuvo en seco.

—Las ruinas son sobradamente conocidas, y sobradamente aburridas. Temo que usted haya creído cuentos y leyendas antes que auténticos registros históricos.

¿De qué están hablando? ¿Qué tienen que ver los cuentos con esto?

—No digo que los crea. Al menos, no yo —Kersley se encogió de hombros.

Naaja resopló, y cruzó los brazos sobre el pecho, con una mirada gélida sobre ese hombre.

—¿Qué es lo que quiere, señor Kersley? ¿Qué quiere probar?

—Conozco a Blackstar gracias a… —Kersley pestañeó dos veces, de manera casi imperceptible— lazos familiares. No es que les tenga especial aprecio. Y sé de lo que son capaces. Puede que lo que estén haciendo con ese barco sea mucho peor de lo que usted pueda creer. Pero yo puedo negociar con ellos. Deme un solo helicóptero. Iré allí, y lo solucionaré todo.

Bright miró el rostro colorado de aquel hombre, como si contuviera debajo un calor insoportable. Les pasaba a los que no estaban habituados a tanto frío. Le resultó más extraño la gota de sudor que resbalaba por su sien. Tenía su mirada anclada a la hija de Ivalu, expectante.

—Ya lo entiendo, sin duda… —Naaja soltó una risa tímida, mirando al suelo. El rostro que levantó estaba cincelado en hielo–. Al principio, yo creía que usted era otro inconsciente más de los que tanto he visto. Un americano recién salido de la universidad dispuesto a comerse el mundo, pisando a quien sea por el camino. Alguien que oculta sus miedos bajo un

complejo de héroe.

La mujer extendió un pie. Pegó un paso adelante como si comenzara un baile.

—Luego, he pensado en el dinero. Sobre todo cuando ha dicho que conoce a Blackstar, Alguien le ha pagado una auténtica fortuna, y no piensa decepcionarlos. A saber que quieren que haga.

Kersley soltó un quejido de indignación. Poco a poco, echó atrás una de sus piernas.

Naaja estiró el brazo, y colocó un dedo firme en el colgante que se ocultaba, a duras penas, entre las solapas de su abrigo negro.

—Todo ha encajado al verlo. He aquí el símbolo de los mayores mentirosos que puedan encontrarse, el ídolo de los débiles de mente. ¿De verdad me habla usted de cuentos y leyendas con tamaño desprecio? ¿Usted, que sigue la mutación más repulsiva de lo que yo calificaría de cuentos, patrañas, vilezas?

Kersley tragó saliva. Su barbilla se alzaba por encima de los ojos de la mujer. Bright se preguntó si mostraba altanería, o temor. Nunca había visto a la hija de Ivalu en un tono tan implacable.

—Les llaman la Secta en América, ¿si no me equivoco? Ni siquiera usan su nombre concreto, les basta esa descripción genérica. Realmente debe ser que se esfuerzan poco en ocultarlo.

Haciendo gala de renovada delicadeza, Naaja expuso el colgante a la luz con dedos gráciles. De lejos, a Bright le pareció una estrella, con unos brazos más gruesos que otros.

—Es la Orden del Viento Sagrado. Y si, en América hay mucho ignorante, como en todos sitios. —Kersley le arrebató el colgante, y se lo guardó bajo el abrigo—. No esperaba de su parte esa cantidad de prejuicios, señorita. Un hombre puede creer en lo que sea, y no tiene que dar explicaciones por ello.

—El problema no es en lo que cree, si no en lo que pretenda hacer en su nombre.

Kersley frunció el ceño. Su rostro se había llenado de sombras.

—A mí se me enseñó a prestar ayuda, a anteponer el bien de los demás al mío. ¿Es eso a lo que se refiere?

La hija de Ivalu negó con la cabeza, emborronando una sonrisa enigmática.

—Creo que me he equivocado. No es solo un factor, son los tres juntos. Puede esperar aquí todo el día si quiere. No le prestaré ningún transporte. Buenos días, señor Kersley.

Giró en redondo y abandonó la estancia. Kersley miraba el tapizado de las ventanas, obnubilado.

—Señor…

—Ya lo sé, ya lo sé…

Otro de los hombros le miró con disgusto.

—Deberíamos ocultar los signos, para la próxima vez, señor.

—Ya he tenido bastante cinismo de esa esquimal estirada. Larguémonos.

—¿De vuelta a casa? —preguntó el primero de los hombros.

—No. Todo menos eso.

Todavía tenía el rostro enrojecido cuando le pegó un empujón a la puerta y salió al aire frío de la mañana, pateando la nieve.

Bright cerró la puerta y escurrió su espalda por una de las paredes. Su mente era un mejunje de imágenes y palabras. Podría haber rescatado la de la Secta, la de Blackstar, la de las ruinas de las que nadie le había hablado, la de sus propios padres. Intentó darle sentido a todo, sin éxito. Diez días. La cifra refulgía y cegaba a las demás. Ya son diez.

—Bright, ¿Estás bien?

La niña levantó la cabeza, se tuvo que apartar el pelo para ver a Zoe, que llevaba un par de bolsas de plástico. Son muy contaminantes. Tardan miles de años en degradarse. Miles de años. Eso se parece a mis diez días.

—¿Me estás escuchando? —repitió Zoe. La coleta disimulaba de pena las greñas y nudos de su pelo. Dejó las bolsas en el pelo y se acercó—. No puedes seguir así, Bright. Por favor, háblame.

—Ninguna de las dos podemos seguir así, Zoe —contestó con firmeza, y la agarró por los hombros—. ¿Lo entiendes? ¿Si hubiera una esperanza, la más mínima, de resolver esto, como sea? ¿Una esperanza de encontrar a

mis padres, o a tu madre, la aprovecharías?

Zoe echó un pelo a un lado con un soplido.

—Claro que sí, Bright. Pero somos niñas. Vivimos de decirnos estas cosas…

—La oportunidad ha llegado. Cuando lleves las bolsas a la habitación de Ivalu, quiero que busques en el armario de llaves. Debe de haber algunas para la cerca de donde está el helicóptero.

Zoe desencajó su mandíbula.

—¿Has perdido el juicio? No sabemos pilotar un helicóptero.

—Tú hazme caso —Bright le agitó los hombros—. ¡Me acabas de decir que sí!

—Pero…

—Todo puede volver a ser como antes…

—Eso depende, Bright. Depende de muchas cosas —dijo Zoe con una sobriedad triste.

Bright bajó los brazos. Separó las manos de su ropa y las dejo caer, tiesas.

—Quizá… Quizá tengas razón, y estoy loca…

—No, no lo estás. Bueno, quizá tu corazón está loco —dijo Zoe con un amago de sonrisa—. Está bien, Bright, intentaré coger la llave.

Bright destensó su rostro.

—Zoe…

—Pero no lo hago por salvarles a ellos. Lo hago por salvarte a ti. Tú luz ya parpadea, y cada día es más débil. Sabía que, tarde o temprano, no soportarías quedarte quieta. Solo espero que no te metas en problemas.

Bright abrazó a Zoe, abrazó su cuerpo y respiró junto a ella, al borde de las lágrimas.

—Gracias.

Robar la llave fue un acto tremendamente sencillo, pero desde el momento de su ejecución, Zoe parecía otra, insegura, de mirada esquiva,

pálida, absorta en una pelea con sus propios pensamientos.

Nadie dijo que no tendríamos que hacer cosas malas. O peor aún, confiar en gente mala.

Su padre daba poco pábulo a los religiosos. Gente indolente que se refugia en seres invisibles para que les resuelvan los problemas. O pero, gente dañina que lo usa para justificar ser los mayores parásitos del mundo. Eso decía él, al menos.

Un miembro de esa Secta y sus rumores negros debía ser mucho peor, aunque Bright no vio en ese Kersley nada amenazador. Apoyaba la cabeza contra la pared de un edificio, sentado en la acera mientras bebía una copa de licor. Sus compañeros aguardaban a los lados, observando a la gente con miradas recelosas.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Zoe, embutida en su abrigo.

—Tú déjame hablar a mí —¿Y qué voy a decir?

Bright se aproximó, sola. Los hombres levantaron la cabeza, con más curiosidad que agresividad.

—¿Eres tú Kersley?

El hombre la miró a través de la curva de la copa.

—El mismo, ¿qué es lo qué quieres, jovencita?

—Mis padres desaparecieron en el mar del norte hace diez días. Fueron a protestar contra un petrolero de Blackstar, ¿no es así el nombre?

Una nube de vaho blancuzco veló el rostro de Kersley. Dejó la copa en el suelo mientras hacia un gesto con los labios estriados por el frío.

—Mira, niña, siento lo de tus padres, pero si la administradora de Ivalu te ha enviado para aleccionarme otra vez…

—Nadie me ha enviado —dijo Bright, frunciendo el ceño—. Tengo diez años, no cinco.

—Como tú digas…

—Te daré un helicóptero. Para ir al barco de Blackstar.

—Déjate de cuentos…

Bright sacó la llave del bolsillo. La dejó colgando entre las yemas de sus dedos, refulgiendo con la luz del breve sol.

—Yo no cuento cuentos —dijo Bright enseñando los dientes.

Kersley se levantó de un salto. Bright no había medido su estatura cuando le vio a lo lejos, pero le sacaba como poco medio metro. Apretando la espalda, evitó encogerse.

—Espero que esto no sea un truco.

—Tú verás si te lo crees o no —dijo Bright—. Puedes irte, y volver a tu casa. Sin haber conseguido lo que querías.

Bright no vio los gestos de desespero que la lanzaba Zoe a lo lejos. Las dos compartían un pequeño temor a cagarla muy fuerte, especialmente con ese desconocido y los dos armarios que lo acompañaban.

Y Kersley se rio. La señaló la nariz con un dedo anguloso,

—Tienes agallas, de eso no hay duda. No creo que esto sea un truco. Muy bien, en tal caso…

Bright retiró las llaves, y se las pegó al pecho.

—No tan rápido. Hay una condición: yo y mi amiga iremos con vosotros.

—Menuda tontería —dijo Kersley—. Eres una niña. Y eso puede ser peligroso. Como esperas que pueda rescatar a tus padres si tengo que cargar contigo.

—Eso me da igual. Iré porque no me fio de ti. Prométeme que iré en el helicóptero y prométeme que vas a salvar a mis padres, o tu plan se va al garete.

Intercambiaron unas miradas que relampagueaban, mientras el aliento se condensaba alrededor de boca y nariz. Bright estaba a punto de salir corriendo. Lo notaba en sus piernas. Por un momento, Kersley dejó de soltar vaho. Habló con una voz muy mesurada.

—No solo quiero salvar a tus padres. Quiero salvar a todos. Puede que al mundo entero, por estúpido que suene.

En sus adentros, Bright sonreía. Eso es algo que dirían papá y mamá.

—¿Cómo estás tan seguro?

Kersley afiló una sonrisa, tan fina como un mechón de su frente.

—Tengo fe. Porque Dios está de mi parte.

Eso no lo dirían papá y mamá. Ni de coña. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer?

—No te daré las llaves hasta llegar al helicóptero.

Kersley asintió con placidez.

—Así sea. Vamos chicos, tenemos transporte. ¿Cuál es tu nombre, jovencita?

—Yo me llamo Bright, ¿y tú eres Kersley, verdad?

—Es mi apellido. Mi nombre es Samuel. Samuel Kersley —le ofreció la mano, y Bright se la estrechó.

—Mi nombre es Noah, jovencita. Dime, ¿quién eres tú?

Bright juraría que, si cerraba los ojos, estaba escuchando a ese malnacido de la Secta. Es que todos dentro de esta corte de locos hablan de la misma manera.

—Una chica que quiere continuar su camino. Agradecería que me lo permitierais —dijo enseñando los dientes. Copos de nieve se le posaban en los labios.

Noah puso los brazos en jarra y se rio. Su carcajada era una perfecta imitación de un pájaro cantor, tenía el rostro cincelado como el de una escultura griega, y sus ojos brillaban como zafiros. Nada de eso evitó que Bright tuviera ganas de vomitar.

—Has conseguido a una chica que no se achanta. Todo un descubrimiento, ¿verdad, Aaron? Siempre has tenido facilidad para seducir a la gente. No sé cómo lo haces, pero siempre los acabas poniendo de tu lado.

Aaron torció la mandíbula y lanzó al asfalto un esputo de sangre.

—A diferencia de ti.

Noah caminó hasta él. Le dio un golpecito con sus zapatos relucientes.

—Estás fatal. ¿Cuántas heridas llevas encima? Parece que hubieras dejado

nuestras mazmorras hace dos días.

—Si tuvieras todas las heridas que llevo encima, ya estarías llorando como un bebé —gruñó Aaron.

—En eso te equivocas. —Noah le acarició la mejilla—. Las estaría haciendo pagar. Al igual que tú. No somos tan diferentes, y sin embargo, yo soy mejor que tú.

¿De dónde coño ha salido este chalado arrogante?

—Tu discurso flaquea, Noah —soltó Aaron con tranquilidad—. No paras de saltar de tema en tema, solo para hacerme daño con tus palabras, de una manera más bien pobre. Adivino que te han prohibido pegarme, por eso has estado ensayando todas tus frases de camino. Para desahogarte de alguna manera. No lo necesitas, Noah. Me ganaste. Ganaste hace tiempo, y eso nada puede cambiarlo. Espero que así te sientas mejor, pero me importa una mierda si es así. Eres un jodido inaguantable.

Noah frunció tanto los ojos sobre Aaron que Bright vio factible escabullirse por su costado sin ser vista. Algo posible, si no hubiera tenido compañía. Y si lo hubiera intentado, sus piernas no habrían respondido, así de aturdida estaba, absorta en la conversación.

—No, todavía estoy por ganar. ¿Por qué te atreverías si no a decir nada? —Noah le agarró por el cuello, y levantó su cabeza para que le mirara de frente—. Aquí llega el predicador, aquel que reúne a todos bajo su bandera. Aquel que cree que las palabras son más sucias que los puños. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué ahora solo parlotea?

—Pregunta a la Hermandad de Shaunavon.

Noah miró una de las manos, y vio que se había manchado de sangre. Armado de delicadeza, sacó un pañuelo blanco de un bolsillo del pantalón, y refregó los dedos con gesto agrio.

—No seas condescendiente, lo sé. Nada ha cambiado. Todavía te agarras a lo que te hacía fuerte. Todavía llevas estas condenadas ropas de sacerdote. Huelen fatal, ¿lo sabías? Deberías tirarlas.

—No tengo otras.

Noah dobló cuidadosamente el pañuelo enrojecido.

—Yo te podría dejar ropas nuevas. Creo que compartimos talla.

—Como quieras. Tú siempre fuiste mejor en los temas de moda. Seguro

que iría hecho un pincel.

—Hombre, gracias. —Noah se agarró las solapas de la camisa—.Tienes que cambiar un poco el estilo. Tanto tiempo de negro… Menudo rollo. Disimula un poco la sangre, eso sí.

—A ti te gusta más que el color destaque, si recuerdo bien —Aaron chasqueó la lengua—. Pero la camisa parece de buena calidad.

—Es confección italiana —presumió Noah—. El mejor algodón. Aunque pocas cosas te quedarán bien ahora. ¿Te has visto la cara? Estás viejo y mustio. ¿Es por eso que la cogiste?

Bright no tuvo tiempo de reacción, así que no pensó en moverse ni un centímetro antes de que Noah la agarrara por la nuca. Le acercó su nariz afilada y sorbió su olor, con el gesto deformado de un chacal carroñero. Soltó el aliento sobre ella. Olía a toneladas de menta.

—¿Dónde la encontraste? ¿En un motel de carretera?

Bright quiso escupirle, pero encontró que no había saliva en su boca.

—Yo no soy una puta —susurró.

—¿Ah, no? Jijiji, quien lo diría… —Noah la examinó de arriba abajo.

Como tenía una mano libre, le lanzó un bofetón. La cara de Noah salió despedida a un lado, aunque aún sonreía. Cuando volvió el rostro, tenía una gota de sangre en la comisura del labio.

Volvió a sacar el pañuelo de antes, y esta vez, lazada a lazada, se lo enrolló sobre los nudillos.

—Déjala ir.

—¿Eso quieres? ¿Por qué?

—Soltadla e iré con vosotros manso como un cordero. Iré a donde queráis llevarme.

Bright le miró, y aún confusa en su gesto, creyó que descargaba sobre él una oleada de rabia.

Si me dejas aquí, no podré seguirles el rastro. No podré encontrar a Zoe. Te necesito, hijo de perra.

Bright sintió que el peso de su cuello volaba, y sin ese apoyo, cayó contra el asfalto. Noah se alzó y miró a Aaron, carente de expresión. Una esquina

del pañuelo blanco colgaba de sus puños.

—¿Quieres negociar? Perfecto. Esta es mi propuesta. La dejaré ir —¡NO!— si me contestas a una simple pregunta.

—Dispara —soltó Aaron, sin contemplaciones.

—¿Cómo demonios conseguiste salir de esa celda?

Aaron echó la cabeza contra su hombro, y desde allí, soltó una carcajada lenta y grave. Las sienes de Noah se habían hinchado. No se había limpiado la sangre del labio.

Expulsando gruñidos y bufidos, Aaron se apoyó en las rodillas, y como una máquina defectuosa, chasquido a chasquido, se levantó.

Los secuaces de la Secta levantaron sus armas, pero Noah los disuadió con un movimiento de brazo. Desde el punto de vista de Bright, parecían dos gigantes enfrentados.

—Fue muy fácil —dijo Aaron—. La puerta estaba abierta.

Noah enseñó los molares, y sobre ellos pasó su lengua rosada.

—Las bromas no son lo tuyo.

Aaron lo aguijoneó con la mirada. Apenas frunció un poco el ceño, observando.

—En realidad, es muy fácil. Crees que lo controlas todo. Pero eres muy poco observador. Se te escapan ciertas cosas.

—¿Ah, sí? —Las venas se marcaron en los brazos de Noah—. ¿Cómo cuáles?

Un haz de luz barrió sus cuerpos, y los tímpanos de Bright se dieron un atracón de estruendos.

Una de las furgonetas de la Secta voló por el aire. Quedó encajada en medio de la grieta, humeando y achatada, emborronada en una lluvia de cristales. Una sombra del tamaño de un coloso rugía entre la nieve, chirriando sobre el pavimento. Por una vez, la peor vez posible, Bright se quedó paralizada, congelada como si la nieve hubiera atrapado sus extremidades.

Hasta que Aaron la empujó y la tiró contra la linde de la carretera. Vio saltar a Noah también, y lo hizo justo sobre un charco de barro a medio congelar. La ambulancia recorrió en un arco el espacio donde antes

estaban sus cabezas, su cabina aplastada con la facilidad de una fruta pasada.

Bright sacudió la cabeza, aturdida. Su espectro de audición quedó reducido a un pitido constante. Si alguien gritaba o decía algo, no esperaba escucharlo. Tanto ruido. Es como aquella vez. Bright se obligó a velar con una bruma sus traumas. Observó a Aaron y le ayudó a auparse. Seguía bastante débil, como demostraba su rosto, marcado por mil arrugas de dolor y esfuerzo.

Aquella forma monstruosa, de ojos luminosos esperaba ante ellos, ocupando el espacio de la ambulancia. Bright se sintió estúpida al acercarse. No es más que un camión. Un camión enorme. En la carrocería abundaban los rasguños, y sobre la chapa del contenedor, estaba grabado un anuncio de marca con papel desgastado.

Transporte de Mercancías Gaviota Blanca. ¡Somos como el rayo, así que apártate del camino! Justo debajo, el dibujo de una gaviota caricaturizada la sonreía con una dentadura humana, algo un poco imposible y un tanto espeluznante. También había un número de teléfono, pero la mayoría de los números habían desaparecido.

La puerta del piloto se abrió de golpe, casi propuesta a convertirse en un abanico pesado que despejara la polvareda. Bright reconoció la figura que asomaba entre la nieve vaporizada, distorsionada hasta parecer un espejismo fugaz.

—¡Tú! —gritó como para corroborar. El eco de su voz ya trepaba el inflamado conducto de audición.

—Dedicaré el resto de la tarde a desentrañar tu compleja observación —dijo Connor, con el rostro tembloroso, sudoroso y estremecido por cada respiración—. ¡Ahora, subid!

Bright tuvo que ayudar a Aaron a trepar el único peldaño de la cabina. Notaba la presión de sus brazos aletargados, y peor todavía, la calidad humedad de las heridas sin tratar.

Un grito se elevó a su espalda, y entró en su oído a golpe de escalofríos.

—¡Cogedles! ¡Cogedles, maldita sea! ¡No dejéis que escapen!

Creyó verlo, tan borroso como un reflejo sobre agua agitada, levantando los brazos. varios tonos de marrón cubrían su ropa blanca.

—¿Qué pasa contigo? —estalló de repente, mirando a Connor.

El joven dio marcha atrás. El golpe con una furgoneta la hizo golpearse la nuca, y Aaron gruñó, con los ojos entrecerrados y encogido.

—No es el mejor momento…

—Como si fuéramos a tener otro. —Bright observó el espejo retrovisor, dividido en una docena de afilados gajos. Los coches en condiciones de iniciar la persecución parecían veinte. Connor comenzó a girar el pesado tráiler.

—¿No es obvio? Estoy aquí para rescataros.

—¿Por qué? —Bright se quedó con la mueca ladeada. Se nota que no tienes a nadie por el que luchar, joder.

Connor separó un brazo del volante y lo lanzo hacia ella. Por supuesto. Soy una bocazas. Siempre lo hago, siempre.

Pero no la arreó una bofetada como haría ese irlandés puritano. La costumbre le había atrofiado sus instintos. La agarró la espalda y se la agachó antes de que una bala la atravesara las costillas. Cuando levantó la mirada, encontró el agujero del cristal, dejando entrar vaharadas de frío con olor a plomo.

—Por esto he venido, niña, por esto. Así que deja de quejarte, por lo que más quieras.

Bright preparó varias respuestas, las masticó en sus labios, y se las tragó como una comida con sabor a quemado.

—¿De dónde has sacado el camión? —preguntó Aaron.

—Estaba aparcado en una estación de servicio, unas millas más adelante, siguiendo la carretera. Me duelen las piernas de tanto andar. Ja, allí me encontré a estos idiotas. Los de la ambulancia, y les pedí socorro.

—No eran médicos de verdad —gruñó Bright.

Connor apretó los labios, con los que realizó una serie de muecas tirantes y retorcidas, mientras daba la vuelta al monstruoso tráiler, una férrea muralla ante la lluvia de tiros que vibraba en la carretera. Con el camión colocado, apretó el acelerador y exhaló a la vez. Sus labios se estiraban en una sonrisa abierta y bobalicona. Bright atendió a las figuras que empequeñecían. Todavía tienen dos vehículos en pie. Nos seguirán. No hay nada que celebrar.

—Aunque no lo creáis, no era tan evidente cuando los encontré allí. Me dejaron allí y me dijeron que esperara. ¿Qué iba a hacer? Daban el pego.

Parecían de confianza. Hasta que intentaron matarte.

—Eso hicieron, ¿eh? —Aaron arrugó la frente, la boca entreabierto. Está como si se hubiera fumado un porro.

Bright creyó que alguien preguntaría como sobrevivió, pero nadie lo hizo, ella incluida. No era de su interés.

—No estaban allí de casualidad. Eres su blanco número uno, ¿a qué sí? —Connor curvó su cuello, cargado de tensión—. Podrías haber contado que hiciste para cabrearles tanto antes de sellar nuestro acuerdo.

—No habría cambiado nada —la voz de Aaron ganó potencia.

—Podría haberme negado.

—Seguro que lo habrías hecho. Y cuando los de la Secta te engañaron, también habrías preferido largarte y dejarnos a nuestra suerte.

—Eso es… —Connor resopló por la nariz, pero no mostraba ira—. Maldito sacerdote, para ti todos son una página abierta, ¿verdad?

Aaron volvió el rostro hacia Bright, y ella sintió que se hundía de repente en una piscina helada, una masa de agua tan fría que la cortaba la respiración. Tan clara y fría como el blanco de los ojos de ese rostro acerado y ensangrentado.

—Todos no.

Bright miró por la ventana, y a lo lejos vio un largo puente. Una presa, corrigió en su mente a medida que remontaban la curva. Estaba agrietada por el terremoto. Nada más que grietas y grietas. No quiero verlas más.

—Nunca dejarán de perseguirnos —anunció el sacerdote. Se agarró el costado y usó el asiento de palanca, para estirar su cuerpo, y mirarlos desde arriba, otra vez—. Ya no vale huir. Hay que detenerlos.

Ya no valer huir. Hay que afrontar la realidad, dijo Bright para sí cuando vio una figura negra que descollaba en el mar helado, mucho más alta que cualquier iceberg . Yacía pesada y silente, en una posición incómoda, enseñando las líneas de flotación llenas de suciedad y escarcha, hundido de más por la popa, plagando con su peso de grietas la banquisa. Eso es lo que más le llamó la atención, la nube de grietas que marcaban la prisión de hielo del petrolero. Un océano negro y misterioso se dejaba ver, hibernando olas y mareas. Grietas y más grietas. No me gustan las

grietas. Papá siempre dice que son peligrosas…

—El camino que tomó el buque está cerrado —dijo Samuel. Bajó los prismáticos y frunció el ceño—. No veo luces encendidas. Ni una…

—¿Señor, dónde aterrizamos? —preguntó uno de sus compañeros.

Samuel detuvo su mirada en una plataforma de hielo que encaraba el estribor de la embarcación, su lado más bajo.

—Allí —señaló—. El hielo parece firme.

Bright dejó que Zoe la cogiera la mano y se la apretara. Así notaba menos el golpeteo de su corazón, más presente que nunca.

—¿Tú ves el helicóptero en el que vinieron? —preguntó Zoe. No la gustaban las alturas, y se mareaba con facilidad, así que estaba embutido entre dos asientos, en medio del aparato, con la frente hacia el suelo.

—No, no le veo. No veo nada.

—Tranquila, pequeña —dijo Samuel, echando atrás la cabeza—. El tiempo ha sido bueno toda la semana. Estoy seguro de que llegaron bien.

—No es eso lo que me preocupa. Es lo que les pueda pasar aquí. Tú dijiste que eran gente peligrosa.

—Yo no dije… —Samuel se interrumpió—. Así que nos espiaste. Eso lo explica todo.

Bright examinó el gesto del joven, la sonrisa a punto de permear en los labios.

—¿Te hace gracia?

—Un poco sí… Cuando era pequeña mi hermana hacía lo mismo. Escucharía tras las paredes, tras las puertas… Era más silenciosa que un gato. Su lugar preferido era tras el confesionario de la capilla del pueblo. Así escuchaba las historias de los que pasaban por allí, y luego me las contaba.

—¿Con qué propósito? —preguntó Bright.

Samuel apoyó el codo en el respaldo del asiento y la observó.

—Simple curiosidad. Supongo que la hacía sentirse, no sé… más conectada con el mundo. Siempre venía y me lo contaba todo, con exquisito detalle. Luego, cuando teníamos que ir a misa, se sentaría a mi

lado y me señalaría a uno y otro feligrés, hablando de sus alegrías y desdichas. Un día, alguien la oyó hablar. Una mujer cuyo hijo había desaparecido. Resulta que el tío del chico se había confesado un día, y dijo que lo tenía en su casa, que se había escapado. Como entenderás, se formó un lío monumental —dijo con gravedad.

—¿Qué es esto? ¿Una moraleja? Solo te oí hablar de casualidad.

Samuel negó con la cabeza.

—Da igual, no tiene importancia. Hablo demasiado…

Volvió la cabeza, pero Bright pudo ver en el reflejo de un cristal sus ojos, perdidos en el vacío.

Una nube de polvo gris envolvió las ventanillas en el aterrizaje. El sol desapareció y la sombra gravosa y tétrica del mastodonte de Blackstar les consumió. Bright asomó la cabeza y se puso la capucha del abrigo. Frente a ellos quedaba una escalerilla de mano, casi invisible entre el hierro y las juntas, discurriendo a pocos metros de las letras blancas y doradas de la compañía.

—¿Qué es lo que haces? —preguntó Samuel.

Bright puso un pie en el hielo.

—¿Qué crees qué hago? Date prisa. Tenemos que…

Samuel saltó y se colocó delante. Una risa entrecortada. Un signo de exasperación.

—De eso nada. Tú te quedas aquí.

—Nuestro trato…

—Nunca especificamos el curso de acción en el petrolero, niña. —Samuel apretó los dientes—. Haznos un favor, a ti y a tus padres. Quédate aquí, y deja el rescate para los que entienden de rescates.

Satisfecho con haberse deshecho de ella, se dio la vuelta y sacó una mochila del helicóptero. Sus compañeros bajaron de la aparato e hicieron un corro con el que comenzaron a cuchichear.

—Creo que tiene razón, Bright —Zoe la puso una mano en el hombro. Su cara había recuperado cierto color.

Bright suspiró, calada la capucha.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno… ¿Tú sabes por qué hablo tanto? No sé, así en general.

—¿Por qué tienes un cerbero hiperactivo…?

Zoe la pegó un galletazo en los riñones.

—Además de eso, listilla. Cada uno tiene su manera de ser valiente. Y a veces, hablar tanto es mi manera de sentir que soy útil, a mi manera. Quiero pensar que lo digo tiene significado. Y acabar con las dudas y el miedo.

Bright apreciaba a su amiga, pero pensó que ya estaba harta de los discursitos empalagosos de los que le rodeaban.

—Y creo que ese Kersley es igual… Quiería sentirse seguro, sentirse valiente, y hacer las cosas bien. Incluso le has recordado a su hermana… Quizá, nosotros solo le quitaríamos la valentía. Y tendría más miedo… Pero no lo sé… No tenemos elección, a fin de cuentas. No te angusties por esto, Bright.

¿Tengo que pensar que detrás de sus palabras hay sinceridad?¿O valentía? Bright miró fijamente las espaldas de esos desconocidos, y sintió el frío, como le mordía la cara, entraba por su boca y orificios y le mordía las entrañas.

Lo que no esperaba es que esa espalda se giraría, y ese hombre con el flequillo raspando su rostro la miraría, pestañeando y frunciendo los ojos entre el frío. De pronto se separó del grupo. Uno de sus compañeros le cogió por el hombro y le intentó decir algo, pero Kersley se desprendió de su zarpa con un andar decidido.

—Estoy seguro de que no confías en mí. Claro, apenas me conoces —dijo en voz monocorde.

—Mi padre siempre dice que no se debería confiar en quien deposita su propia confianza en algo que no puede ver ni tocar.

Samuel Kersley se rascó una ceja con su grueso guante.

—Vaya, pues si soy yo quien le rescato, su padre tendrá que empezar a callarse la boca —Bright tensó sus brazos hasta que vio su expresión burlona—. Le preguntaré si opina lo mismo. Toma, ten.

Su mano sostenía un walkie-talkie de esos que usan los excursionistas, con una antena larga y un par de botones.

—¿Qué?

Samuel se golpeó un bolsillo.

—Aquí está el otro. Estaremos en contacto permanente. Te narraré lo que vea, y podrás preguntarme toda duda que surja. Cuando encuentre a tus padres, serás la primera en hablar con ellos. ¿En paz?

Bright cogió el walkie-talkie con ambas manos. Dejó que su aliento se condensará sobre el plástico.

—Deberías probarlo.

Bright observó de reojo a Zoe, con esa expresión de arrogancia disimulada cuando predecía ciertas cosas.

Tuvo que volver a mover la boca antes de hablar, los labios se le habían entumecido.

—¿Qué pasó con ese lío?

—¿Cuál?

—Lo de tu hermana.

—Ah, eso. —Samuel se frotó los dedos mientras miraba el horizonte—. Mi padre era el cura. Tuvo que encargarse de resolver el entuerto. Tuvimos que pedir perdón a la señora y decir que nos lo habíamos inventado, y él hizo las paces entre la mujer y su hermano. No sé qué pasó con su hijo. Y luego llegó el castigo.

—Eso me lo sé —susurró Bright.

—No lo creo… —repitió Samuel, en el mismo volumen—. Dije que era cosa mía, que yo había espiado. Para evitarla ningún mal a ella. Son las cosas que se hacen por la familia.

—Claro —asintió Bright—. Perdón por preguntar. Deberías irte.

—No sirvió de nada —terminó Samuel, sin escucharla. Volvía a tener esa mirada extraña, perdida en el hielo y sus ecos de golpes en la distancia—. Nos castigaron a los dos. Así es la familia.

Sin decir más, se unió a los otros, y subió por las escaleras, mientras el

viento le marcaba ondas vibrantes en su chaleco.

—Suena a que es un buen tío —dijo Bright, los pies colgados sobre la puerta.

—A eso suena —ratificó su amiga.

Bright encendió la radio, y la recibieron una red de interferencias. Rotó un poco una rueca hasta que el sonido se estabilizó, y preguntó.

—¿Samuel. estás ahí?

—Sí, claro que te oímos, no vuelvas a gritar —dijo Connor, sacudiendo los nudillos. Su ropa era demasiado ligera para lo crudo del invierno.

—Idiota, era para avisaros. Ya vienen. Los he visto entre los árboles, en la curva de la carretera.

El ángulo desde el que se veía el bosque en la cabina resultaba ideal. Allí los árboles clareaban, y aquellos de hoja perenne no estorbaban la vista. La luna despuntaba entre las nubes negras, e iluminaba el bosque durante la nevada. El río resonaba desde el norte, alterado gracias al terremoto. Su ruido recordaba a Zoe a quien se despereza en el albor de la mañana, sorprendido por un cruel despertador. En el borde de la presa, los hielos se acumulaban en filas desordenadas, gajo tras gajo. Cuando se acumulaban varios en un mismo sitio, uno de los pedazos cedía a la presión y se hundía entre el agua y el cemento, y así desaparecía para siempre.

Aaron se apoyó en la puerta y la sacó de su ensimismamiento.

—Zoe, ¿recuerdas todo el plan?

—Me quedo quietecita, agachada, y cuando llegué el momento, aprieto el pedal del freno hasta que noté un golpe fuerte.

—Y entonces paras. O te despeñarás.

Directa al lago, Con su fría cáscara madura y agrietada con violencia. Me recuerda a casa. En cierto modo, podría volver a casa, podría volver con mi familia y mi pasado. Un salto y de vuelta al frío. Que fácil suena…

—Zoe —repitió Aaron, impaciente. Su rostro estaba pálido y pestañeaba demasiado—. Quiero que estés segura de esto. Hay que hacerlo bien. No

tendremos otra oportunidad.

—Lo sé —dijo ella, apretando el volante—. Sé lo que tengo que hacer.

No te rías ahora, Bright. Sé que cuesta lo suyo, pero por favor, no te rías.

—Eso espero —dijo Aaron, clavando su mirada. Murmuró algo entre dientes antes de volver a la carretera.

Puede que sí que lo sepa. Puede que no sea algo bueno.

Unos pájaros levantaron el vuelo. Bright vio a un par de lobos en lo orilla oriental del río. Bebieron un poco de agua para enseguida salir corriendo, con el pelo erizado y sus gargantas abundantes en gruñidos. Aunque sabía que no podían verla, Bright se agachó y pegó sus rodillas al pecho. Desde el retrovisor, vislumbró uno de los dos todoterrenos. Frenó a trompicones, y al final paró, en mitad de la presa.

El silencio se propagó desde ese instante, y solo el ritmo cardiaco de Bright era capaz de frenarlo, escalando en su percusión, un tempo acelerado y apresurado a un poderoso clímax.

¿Cuándo demonios va a salir? Los pensamientos negativos aparecieron de golpe, y se multiplicaron, con fertilidad inusitada, incluso para ella. Y si tiene dudas. Y si sospecha. Y si se huele la trampa. Y si él nos está tendiendo una trampa. Y si… Y si… Y si…

Un chasquido. La puerta del todoterreno se abrió, y Noah, lleno de barro, despeinado y con un rictus de bestialidad orleando su boca, bajó a la carretera.

—¿No crees que es este tu destino, Aaron? Porque alguna razón hay en todo esto, para que siempre acabes igual. De rodillas y derrotado.

No hubo respuesta.

—¿Y bien, quién eres tú , chico?

—Alguien que conoce el precio sobre su cabeza.

—El precio no está marcado.

—Tenemos tiempo para discutirlo, ¿o no?

—No mucho. La policía pasará por aquí tarde o temprano. Y no quiero gastar más balas.

—Lo mismo digo. —Bright casi podía leer la sonrisa de Connor en sus palabras, y se preguntó si sería cierta o fingida.

Se hizo un silencio. Bright quiso asomarse, pero el miedo la frenó. El mismo miedo que sembraba, una a una, sospechas, fracasos, tragedias en su mente.

Es imposible que él o sus secuaces no le vieran conduciendo el camión.

Es imposible que vaya a aceptar un trato.

Es imposible que no quieran examinar el camión antes.

Es imposible que no esperen una trampa. Creen que es una trampa. Ya lo saben, por el amor de…

—Bueno, ¿a qué esperas? —gritó Connor—. Aquí hace un frío de narices y no llevo mucho abrigo. No me pienso acercar a ti ni a tu pandilla de metralletas, si es lo que esperas.

—¿Cómo esperas un pago entonces? —bufó Noah.

—Tú vendrás aquí y me pagarás. Y luego me iré. No quiero a tus hombres a menos de diez metros de mí o le vuelo la tapa de los sesos a tu preciada presa.

Tras un rato de silencios, y ella estaba empezando a odiar a muerte esos silencios, Bright escuchó una risa que le chirriaba en los oídos. No había escuchado carcajada más forzada en su vida. Un momento después, sonaban lentas pisadas sobre el asfalto.

—¿Has visto, Connor, lo bajo qué has caído, dejándote atrapar por este mercenario morenito de los cojones? ¡Qué patético! ¿Puedes prometer al menos que esa niña no saldrá a apuñalarme el cuello?

La tráquea de Bright se endureció como si la atacara una alergia. Y ella no había sufrido una en su vida. Cerró los ojos y respiró con lentitud, mucha lentitud. Quizá esperaba diluirse entera entre la chapa y el cuero. Desaparecida y libre por arte de magia. Quizá para combatir ese sentimiento, pensó. Me gustaría que no te lo prometiera. Me gustaría tener un cuchillo. Pero bastará con el camión. También será doloroso.

—¿Qué chica? Yo solo tuve que matar al conductor—preguntó Connor.

Aaron intervino.

—Salió corriendo. Ya estará lejos de aquí —mintió con palabras bajas y

resonantes—. No la podrás poner la mano encima.

—Menudo consuelo para ti —Noah volvió a reírse—. Algo la pasará, tarde o temprano, lo sabes. La cogerán unos bandidos, y la robarán, la violarán, la quemarán. O la policía la meterá en una celda oscura con alguna excusa barata, y seguramente, también la violarán. —Bright escuchó una risita al fondo del puente—. O cogerá la Epidemia, y morirá entre espasmos y vómitos. Así está el mundo hoy día.

—El puto caos que os encanta —susurró Aaron.

—Al contrario. Nosotros somos el orden. Somos los que solucionamos los problemas que genera este maldito mundo, en nombre de algo superior…

Los pasos se detuvieron.

—Dite eso si quieres —Aaron exprimió su garganta para elevar el tono.

—¿Cómo coño tienes la decencia de acusarme a mí? Tú, que nunca habrías debido llevado esas ropas, mísero, estúpido, arrogante. —Noah titubeaba entre cada insulto—. Tú iniciaste los problemas. Tú, siempre tú. Y yo y mis hermanos tuvimos que solucionarlos. ¡Es tu puta culpa, y la culpa de gente como tú que las cosas estén así!

—Solucionarlos… Pues ven y soluciónalos —dijo Aaron. Es un modo de provocarlo. ¿O algo más? No deja de ser venganza.

Y lo consiguió. Noah siguió caminando, más impetuoso, más irregular, como una bestia arrebolada en su furia.

—No voy a matarte. No. No. Madre lo hará, como debe suceder. Ya lo veo, Aaron, ¡la gloria de un nuevo amanecer de manos de la Orden, la Orden que gobernará en nombre del Señor, que nos ha bendecido en estos tiempos oscuros!

—Eso lo dudo mucho.

—Él actúa por caminos inescrutables. —La furia de Noah se había transformado, sin perder la intensidad. Ya no lo invadía el odio, sino algo distinto, igual de poderoso—. ¿Cómo si no te íbamos a encontrar? Aquí en Canadá, en medio del bosque, igual que a la chica de Samuel.

Unos pasos después, llegó la rápida réplica de Connor.

—Cuidado con la grieta, no te vayas a tropezar.

—¿De qué grieta hablas? —siseó Noah.

¡La señal! —gritó una vez en su cabeza. Cada vez más lejana. Cada vez más pequeña. Más insignificante. La sustituía un pitido constante, cada vez más fuerte. La cubría un sudor frío.

Tiene sentido. Tiene todo el sentido del mundo. Tanto buscar… ¿Y para qué? A eso me ha llevado. Él nos estaba buscando a nosotras.

Podría decir después que perdió el control de su cuerpo. Un impulso desesperado. Pero por mucho que mintiera a los demás, no valía mentirse a sí misma. Y Bright lo había hecho tanto que no se reconocía. Bright, esa soy yo. ¿Qué sería de mi viejo nombre?

Alargó el pie y apretó el pedal del freno hasta que el camión salió con fuerza marcha atrás. Solo que en último instante, viendo ya el rostro de Noah, y su boca en forma de O que crecían en el retrovisor, pegó un volantazo. Torció el tráiler y frenó en el momento justo para estamparlo contra la barandilla que daba el lago. No esperaba que la maniobra le saliera tan bien. Debería hacer las cosas sin pensar más a menudo. Así salen mejor. El camión ocupaba los carriles de la carretera de punta a punta. Noah no tenía adonde huir.

Bajo de la cabina por el lado correcto, mientras las balas chocaban a decenas sobre la pared contraria del vehículo. Sonaba como granizo irregular, movido a capricho por el viento.

—¿Pero qué coño…? —soltó Connor.

—¿Es Zoe? —chilló Bright, las zancadas enmudecidas por las metralletas—. ¿Dónde está, cabrón? ¿Dónde está Zoe? ¡Dímelo o te mataremos aquí mismo!

Saltó a un ojiplático Noah y le agarró por el cuello de su camisa arrugada y llena de barro.

—Así que era una trampa… —Noah exhaló. Bright solo veía sus ojos, oscuros como el anochecer—. Después de todo.

La agarró una muñeca y se la retorció. La otra mano volvió de su pantalón, con un objeto plateado y afilado. Percibía el reflejo bordeando su iris, y el frío gélido de su hoja cuando lo presionó contra el cuello, hasta que el calor de una gota de sangre escapó sobre el filo.

—Yo también entiendo de trampas, niña.

—¡Para! —gritó Connor. El cañón del arma cambió de blanco.

Noah no podría haberle prestado la menor atención. Su mirada, principesca y grotesca a la vez, formaba un temible vórtice que engullía a Bright.

—Qué curioso… Realmente parecería que todo aquí son casualidades. Hasta me tienta saber de qué conoces a mi maldito hermano, o a esa chica que capturó para sus estúpidos experimentos —Bright se revolvió. Los dedos le rozaban los brazos, más gélidos y repugnantes que el cuchillo en su garganta—. Para de una vez. Si quisiera hacerle un favor, te llevaría con ellos, a ver qué pasaba.

Una ventanilla estallaba a su espalda. Los sonidos esforzados de los secuaces se colaban por la cabina. Connor y Aaron permanecían en su posición, atrapados en la indecisión. ¿En qué momento pensé que esto funcionaría? No lo pensé. Y de nuevo, alguien pagará por mi culpa.

—Pero no esta vez —Noah enseñó sus dientes blancos, la saliva les daba un brillo de mármol—. Dios ha insistido en ponerte aquí, ha sacudido y destrozado tu vil camino para ponerte en mis manos, porque tus pecados han ido demasiado lejos.

Puede que así sea…

—Purifico mis faltas con este digno sacrificio, si, oh, Señor —clamó Noah. Luego acercó sus labios y susurró al oído de Bright—. Mira a Aaron. Quiero que vea como me baño en tu sangre. Pensará en Rachel. Siempre piensa en Rachel.

Levantó el cuchillo con rabia.

Y la tierra comenzó a temblar.

Bright sintió el balanceo en sus tobillos, y si no perdió el equilibrio fue gracias a que la sujetaba Noah. Las balas cesaron, los murmullos de los miembros de la Secta se cortaron, y el cuchillo siguió colgando a la altura de la frente, agitado como si le envolvieran convulsiones.

No se sorprendió al escuchar el chasquido del cemento, las heridas que se abrían en el asfalto, las explosiones de piedra, quejumbrosas y sordas bajo sus pies.

El agua saltó a sus piernas con violencia. La carretera se convirtió en un lecho irregular de rocas, con chorros que zumbaba como géiseres. Y sintió que bajaba, peldaño a peldaño, se hundía y los árboles ganaban altura.

—¡Corre! —la gritó Connor.

Noah no la dejó. Hasta que el camión volcó, el río apareció y el acero del vehículo chocaba y chirriaba, mientras la presa se derrumbaba y caían abrazados al vacío.

Unos crujidos, mantenidos en el sonido, que culminaron en un golpe cargado de ecos.

—¿Qué es eso? —Bright rozó el walkie-talkie con los labios. Su aliento cargó las comunicaciones.

—Es solo una puerta, tranquila. El hielo se había acumulado en los goznes —repuso Samuel.

—¿Cuánto tiempo llevaría sin abrirse? —dijo una voz distante.

—Silencio, Hogkins. Vamos, encended las linternas. No hay electricidad.

Bright escuchó tres chasquidos en intervalos. Y luego los pasos, nada más que los pasos y el fantasma de una respiración superficial que en algunas ocasiones sufría dislates irregulares. Bright se contagiaba y sufría la aprensión, aunque realmente no sabía el motivo, lo que solo la agobiaba más. Tengo que seguir preguntando, ¿no? Pero a veces, tenía miedo. A veces, no pronunciaba las palabras cruciales, y cruzaban su mente para desvanecerse en la neblina de sus pesadillas. En su lugar, se limitaba a aspectos físicos.

—¿Dóndes estás ahora? —preguntó en ese instante.

—Un pasillo. Un pasillo largo. Luces apagadas. Motores apagados. Habitaciones vacías, polvo. Una ventanilla abierta. La humedad ha entrado y se ha condensado. Las esquinas están cubiertas de hielo. Bien, si la estructura es la típica de estos barcos… —La voz se convirtió en murmullo y luego en nada.

Bright frunció los labios y bajó el walkie-talkie. No quería admitir que, en el fondo, seguía queriendo ir. Que estaba siendo una niña inmadura. ¿Por quedarme o por querer ir? Quizá solo es un signo más de mi inmadurez.

Con desgana rellenó los fragmentos en las descripciones de Samuel con su imaginación desbordada, a la que debía poner diques y presas de optimismo redomado. Sus padres no hubieran querido otra cosa. No quieren otra cosa.

Zoe descansaba a su lado, apoyando medio cuerpo, y desde hace un rato sentía el movimiento continuo del hombro. Bright descubrió que dibujaba un tosco mapa del barco con un boli en la palma de su mano. Debía de estar siguiendo lo que decía Samuel.

—¿Por qué haces eso?

—Me gusta dibujar —contestó con sonrisa ladina. Su rostro había recuperado el tono natural y arrebolado.

—Se te da fatal dibujar.

—Sé que puedo dibujar muy bien.

—No es verdad.

—Sí lo es —Zoe se incorporó—. Solo que no me he puesto a ello. Solo es cuestión de intentarlo no. Poco a poco.

—Supongo.

Zoe la miró a los ojos un buen rato, hasta que Bright se rascó el cuero cabelludo, disimulando su incomodidad.

—Gracias —soltó al fin.

—¿Por qué?

—Por esto. Lo siento. Yo… no confié en ti, al principio. Es que… Ahora veo que estaba viviendo en una burbuja. Aparentando normalidad y esperando que todo se resolviera por sí solo. Y tú hiciste algo. Que haría yo sin ti, Bright.

—Lo mismo digo —Bright la cogió de la mano. Es raro verla así. Parece que tuviera los ojos húmedos. Quizá… Le ha venido todo de golpe. Sí, la realidad ha bajado y la ha aplastado. Y yo recibí ese impacto desde el principio… Es tan dura. Todavía no ha llorado, ni una vez.

En cierto modo, Bright se habría sentido culpable de permitirlo. Así que apretó el puño y lo levantó con una poderosa proclama.

—Nuestros padres siempre dicen que no basta con esperar. Hay que actuar para que las cosas mejores. Y eso hemos hecho.

Zoe chocó el puño con el de ella, y se tragó una risotada.

—Y que lo digas. Se lo contaremos todo cuando esto acabe. Van a flipar

con lo que hemos hecho.

Llegó a olvidarse por completo del comunicador, así que la tercera voz la sobresaltó como si un espectro la soplara en la nuca.

—Dormitorios vacíos, Samuel.

—Tiene que ser una broma… —masculló el joven—. Venga, bajad por la escalerilla a los almacenes. A ver si allí encontramos algún signo de vida.

—¿Signo de vida? —preguntó Bright con voz aguda.

—Aquí no hay nadie. Es como si todos se hubieran ido. Las camas están revueltas. Hay libros abiertos. En el comedor la comida está fría, pero servida.

—Eso no me tranquiliza… Ya podías haber avisado antes.

—Parecías muy ocupadas con vuestros dramáticas confidencias, tú y tu amiga —replicó Samuel en tono jocoso.

—¡Eres un cotilla! —gritó Bright, sonrojada.

—Oye, que no hay que ocultar nada. No hemos dicho nada extraño —dijo Zoe frunciendo el ceño.

—Haz caso a tu amiga y no te lo tomes tan a pecho. A veces hay que-

Bright agitó el comunicador. Pero no tenía problema alguno. Los pasos continuaban, mucho más lentos.

—Samuel…

Uno de sus compañeros emitió un quejido extraño.

—Tío, aquí hay cadáveres. Están todos congelados.

Bright sintió las palabras así, congeladas. La golpeaban los pulmones como torrentes de agua en una ducha fría.

—¿Quieres callarte? —dijo Samuel entre dientes.

—¿Samuel? —gimió Bright—. ¿A qué se refería?

—No te preocupes, niña. Son momias. A juzgar por las ropas —Bright escuchó algo que raspaba—. Sí, son nativos. Nativos de hace por lo

menos mil o dos mil años.

—¿Y por qué hay cosas así en un petrolero? —Zoe agitó la cabeza.

—Esto es… Parece un laboratorio. Aquí no transportaban petróleo. Salta a la vista. Debían de estar… investigando algo…

Su voz cayó, sustituida por golpecitos de cristal, traqueteos de cadena, y el característico rasguido del hielo endeble al partirse.

—Algunos se están derritiendo —comentó alguien.

Bright no pudo hacer más. Sus fuerzas vencieron y su mente inventiva se llenó de todo tipo de imágenes horripilantes. Cuerpos desperdigados en posturas retorcidas, mandíbulas abiertas y ojos secos y muertos bajo la lente azulina del hielo antiguo. La piel arrugada y amarilla, fina y pegada a los huesos como papel podrido. Manos como garras, acechando su rostro.

Vio a su padre caminando a lo lejos, dejando huellas en la banquisa.

—Te he traído un recuerdo. Como te prometí. Y te contaré historias, bajo la luz de las estrellas. Mientras observa nuestro amiguito silencioso.

Alzaba los brazos, donde llevaba un cráneo triste, con jirones de piel y pelo, ciego en sus cuencas negras.

—Mira, Samuel. Hay una brecha, en el nivel inferior. Debe de ser donde encalló el barco.

—Bien… Hogkins, no toques esos cuerpos, es asqueroso.

—¡Pero si solo es una mano! Mira, tiene una aguja incrustada, Les estaban haciendo análisis, y sacando muestras de…

—Por última vez, Hogkins —Un par de pasos. La respiración se duplicó—. Cierra esa bocaza y haz lo que te digo. Baja y no vuelvas a hablar sobre esto.

La segunda respiración se distanció, hasta caer en la neblina en que ella concebía el silencio. La de Samuel compensó más que de sobra su faltas, atareada en inflarse y dilatarse con silbidos propios de una gaita desafinada.

—¿Estás bien? —preguntó Bright sin pensar.

—Perfectamente. Nervioso, como todos —afirmó Samuel con entonación

cortante.

La idea es que no lo estuvieras. Por eso he confiado en ti. Para eso eres un rescatador. Bright selló sus labios y asintió, sin percatarse de que el signo pasaba desapercibido para Samuel.

—Esta roca no es normal, Samuel. Está tallado. No encallaron en un bajío natural. Esto son ruinas. Aquí hay columnas…

—Voy para allá.

¿Cómo qué ruinas? Tan al norte no hay ruinas de pueblos permanentes. Eso la enseñaban en…" Pero espera, lo que dijo la administradora. Claro, a eso se refería…

Volvió a escuchar la voz de la brecha, esta vez amortiguada, convertida en un susurro rasposo.

—Samuel, aquí hay gente. Abajo.

A los pasos se unieron una serie de sonidos. Si otras voces pertenecían a esa cacofonía profunda, Bright solo podía especular.

—¡Eh, eh, esperad, tranquilos! ¡Venimos a rescataros…! ¡Eh, qué está pasando aquí!

—No, no, tranquilízalos, tú… Por la sangre de Cristo, que es este-

La transmisión explotó, pues no había expresión más exacta para los oídos de Bright. Todo se convirtió en una masa de ruido constante e imperfecta, salpicada de picos y chirridos. Tanto Bright como Zoe levantaron las manos y se taparon las orejas, y el dolor disminuyó. Ahora, ya no combatían a mil profesores maquiavélicos rayando sus uñas contra pizarra, solo a cien gaviotas chillando y aleteando mientras rasgaban el lecho de la playa con patas impetuosas.

—¡Apágalo! —gritó Zoe, al otro lado del océano de estática.

Bright pulsó, giró, luego aporreó botones, pero no aplacó a ese ejército de gritos. En última instancia, con los ojos cerrados, levantó el codo y lanzó el walkie-talkie contra el suelo. El aparato estalló en fragmentos de plásticos y chasquidos eléctricos, y la marabunta que emitía lanzó un grito de agonía, penetrante hasta el tuétano, para finalmente desaparecer. Aunque Bright no lo sintió así. tardó mucho en sentirlo así. Podía percibir algún decibelio suelto, como una rata viva tras una fumigación de un sótano húmeda, que se engancha a una viga suelta y la aferra con sus colmillos. Así era el eco sordo, atomizado en sus sentidos. Si se fijaba bien, Bright podía percibir hasta un patrón, como si hubiera un ritmo

escondido en esa algarabía.

La sensación se desvaneció cuando Zoe zarandeó su hombro.

—Bright…

Despertó otra, mucho más intensa. Se descolgó del helicóptero, indiferente al frío mordiente, y se encaramó a la escalera del barco.

—¡Bright, espera!

Zoe la siguió a regañadientes.

Se hallaron las dos en la cubierta inclinada. No tuvieron dificultad alguna en seguir el rastro. Las huellas conducían a una puerta abierta a un pasillo negro.

—Bright, no seas impulsiva. Habíamos decidido…

—¡Me da igual lo que hayamos decidido! —La voz de Bright rebotó contra los muros de hierro y regresó a ella descontrolada. No pierdas los nervios, Bright. Jolín, al menos disimula…—. Lo siento. Enséñame ese mapa que dibujaste en tu mano.

Zoe obedeció con rostro tieso. Bright temió que se diera la vuelta, la mandara a la mierda y se marchara, pero la conocía demasiado bien para saber que no haría eso. Si los roles fueran inversos, Bright tampoco haría eso.

Siguieron las toscas indicaciones a boli, aportando cierta imaginación y sentido de la improvisación, a través de pasillos y camarotes en penumbra, las señales que indicaban los destinos marcadas en las paredes, letreros bajo polvo y hielo. El tiempo avanzaba tan lento que dolía, como lesionado, como cargante. Quizá porque a Bright la espoleaba una urgencia indeterminada, motivada por… ¿Por qué, por el miedo, la esperanza?

El miedo, decidió abruptamente al alcanzar la sala de los cadáveres. Yacían sobre camillas, en una cámara inmensa, entre cajas y toneles, hasta donde alcanzaba la vista.

Bright se estremeció ante su poder de adivinación. Dejando aparte un par de detalles, cada pieza truculenta de su fantasía encajaba en esa sala. Aunque leyeran su mente nadie podría transponer una réplica más clara en la realidad, con cuerpos congelados, agarrotados, tristes y famélicos. La única diferencia notoria radicaba en las agujas y tubos incrustados en los sarcófagos de hielo, el líquido negruzco en varios tubos de ensayo,

nadando a cámara lenta con burbujas de aire.

—¿Eso no te parece petróleo? —A Zoe le temblaba la voz—. Es decir, esto es un petrolero, pero que yo sepa lo que contiene un cuerpo humano es… ¡Bright, Bright, espera, por favor!

Están en peligro. Samuel, mis padres, todo el mundo. Si tenía que elegir, Bright pensaba en un monstruo, con fauces y aliento pútrido, gélido como la muerte. No concebía amenaza más terrible, lo que tenía todo el sentido en la oscuridad que penetraba. Estaba atrapada en un cuento, ahora lo entendía, mucho más aterrador que los de la nana Ivalu.

Se detuvo en seco frente a la grieta. Las voces emanaban con un sabor pesado, sometida a la presión de la acústica entre piedra y metal. Bright no podía entenderlas. Solo reconocía ciertos timbres. A la expectativa, saltó por el suelo irregular y cayó en una balconada de piedra.

En un recorrido de mirada Bright pudo observar la gran bóveda que sostenía el recinto, las toscas columnas, y los grabados desgastados. El hielo rellenaba todos los huecos de la estructura, como ventanas a un cielo denso y aturquesado. Y los cuerpos flotaban, en distintas posturas, como modelos en un escaparate olvidado. ¿Es de aquí de dónde sacaron los cuerpos…? El juego de luces resaltaba los jeroglíficos, las extrañas líneas y los dibujos de humanos, pájaros y estrellas. Todo seguía cierta simetría, hasta que aparecía una grieta, del techo, a la pared, al suelo. La negrura impedía calcular su profundidad. Bright solo veía que emanaba un vapor, plácido y glacial.

Si describiera esto a cualquier adulto, jamás me creería. Creas en lo creas, jamás sería esto.

—¿Y qué pasó con la gente de Blackstar?

Bright bajó la cabeza. Samuel estaba allí abajo, en la plaza de la bóveda, junto a sus compañeros.

Y junto a sus padres. Estaban los dos allí, vestidos exactamente igual que como se marcharon.

—¿Es qué no me cree? Se lo he dicho, se lanzaron por la grieta. Ellos solos. —La voz de su padre era la misma, no había ninguna duda… Aunque suena ajada. Me recuerda a mí misma. Mi voz asustada.

Su madre intervino poco después, tras comprobar el silencio incómodo que se instalaba.

—Nosotros no hemos matado a nadie. Por favor, ¡ellos querían matarnos! Cuando llegamos nos encerraron aquí, como animales. ¡Peor todavía! Casi

no nos daban de comer.

Bright nunca había escuchado a sus padres así de acongojados. Como resultaba común en ella, se contagió de su estado de ánimo, y el valor y la energía se contrajeron en su estómago. Ya solo quería abrazarles y volver con ellos a casa. Así dejaría todo atrás. Pronto sería solo un mal sueño. Tanteó la baranda y buscó apresuradamente alguna forma de bajar. No podía saltar, la caída llegaba a los diez metros. Samuel tiene que haber bajado de alguna manera.

—¿Y por qué los de Blackstar se tiraron? ¿Qué les pasaba? —Samuel usaba un tono monocorde, paciente.

—Ellos estaban enfermos… —dijo Fred—. Nosotros solo veníamos para una protesta pacífica. En su lugar, nos encontramos con esta mierda… Los cadáveres, los experimentos, el ruido…

¿Dónde está la madre de Zoe, a todo esto? Dedicó un par de fugaces segundos a tantear las posibilidades, y decidió que, simplemente, no debía haberla visto. Ella estaba más concentrada en cómo les recibiría, las palabras que diría, la expresión que compondría. Lo ensayaba mentalmente como si fuera una obra de teatro. No quería decepcionar a sus padres. Esperaba que la reacción fuera tan dramática que mereciera la pena enmarcarla en una fotografía. Si tuvieran una cámara o un móvil. Me tendré que esforzar en recordarlo. Pero da igual. Nunca lo olvidaré. Las lágrimas empañaban su visión.

—Entonces ha ocurrido lo que temía. Lo que había sido predicho… —murmuró Samuel.

—¿De qué estás hablando? —La madre de Bright se frotaba los brazos. Tenía los labios resecos y morados—. ¡Sois de salvamento! ¿A qué vienen tantas preguntas?

—¿Os hicieron algo?

La madre de Bright abrió la boca e hizo un gesto de incomprensión, totalmente muda.

—¿Qué? No, no, claro que no. Ellos…

—Os daban alimentos y bebida —afirmó Samuel. Bright solo veía su nuca. Contorsionaba los dedos de sus manos, colgaban junto a las caderas, inquietos y pálidos.

—¡Eso que importa! —Fred le clavó un dedo en el pecho. El aire se enrareció, y el entusiasmo de Bright quedó mustio como una planta

expuesta a un invierno muy largo.

—El mundo tiene que saber lo que ha pasado aquí —dijo su madre—. Estamos sobre algo… antinatural. Terrible. Algo que duerme al amparo de la Tierra, y que no debe ser perturbado. Tienen que saberlo. No hay otra opción que huir.

Una gota golpeó a Bright en la frente. Como si activara un interruptor que pusiera "peligro inminente", grandote como un grano. Sorbió una bocanada de aire y cayó sobre sus rodillas flácidas. Aunque ya lo sabía, tuvo que comprobar con sus propios dedos que solo era agua. Agua fría.

Debido a que la conversación había topado con un muro invisible e impenetrable, Bright pudo escuchar el plink-plonk que sonaba segundo a segundo, con el compás cuasiperfecto de un segundero. Esforzando la vista, podía ver los trazos grises en el aire, diminutos. Eso es el cambio climático —asintió para sus adentros—. Todo por tanto gas de efecto invernadero y tanto consumismo desenfrenado. Sí, papá y mamá tienen razón.

Sin motivo aparente, estiró su cuello hasta que le chasquearon las vértebras, y observó el origen de la gota. El muerto estaba a punto de saltarla encima, con su urdimbre de amarillos dientes proyectados hacia el borde del hielo, los brazos extendidos para apresarla.

En ese momento, Bright no sintió miedo. No era más que otro cadáver. No, sirvió para otorgarla comprensión. De las cosas que cambian. De las cosas que se ocultan. De las cosas que se liberan. De aquel terror infinito congelado en su cabeza, aguardando que el hielo se derritiera, quizá que ella misma lo derritiera, y la devorara, alejándola de todo lo que había conocido.

Pues todo ya había empezado. Y todo había cambiado.

—Enseñadme vuestros brazos —ordenó Samuel.

Fred negó con la cabeza. Su madre soltó un intento de risa sarcástica muy pobre, el vaho veló su gesto contraído.

—Así sea pues —gruñó Samuel. Sus compañeros se echaron hacia atrás, con máscaras de indolencia—. Dios, ayúdame…

Bright no observó nada concreto, pero su madre, mucho más cerca, agitó los brazos y pegó un grito. Se colocó a tiempo delante de Fred. Recibió en su lugar el tiro en el pecho. El ruido del casquillo flotó en el aire una eternidad.

El cuerpo de su madre cayó contra el suelo sin doblarse, lento y blando como un tronco podrido recién talado. La sangre supuró sobre su vientre en decenas de finos esquejes.

—¡No, no! ¡Lisa! ¡Hijo de puta! —Fred saltó hacia Samuel, El rostro de su padre se había transformado en rabia pura.

El forcejeo duró poco. Fred intentó arrebatarle la pistola doblando su muñeca. Samuel apretó el gatillo tras un gemido de dolor, y la bala atravesó el mentón del padre de Bright. Un globo rojo explotó en su nuca, hecho de sangre y esquirlas de cráneo.

Ya estaba muerto cuando se derrumbó junto a su esposa, primero de rodillas, luego hacia atrás, escupiendo fluidos por ambos lados de la cabeza.

Los charcos palidecían y se espesaban, se unieron formando pequeños puentes hasta una fusión completa. Siempre juntos, papá y mamá.

La miraban, aunque ya no podían reconocerla. Hizo que Bright vomitara en silencio. Recompuso su cuerpo y limpió su boca con el dorso de la manga del abrigo. Clavó en Samuel su mirada y todo lo que sentía, todo lo que necesitaba sentir.

Chilló, chilló sin fin, articulando un insulto que se quebró en las vibraciones de sus cuerdas vocales. Samuel giró la cabeza de golpe y la descubrió. Arrimó la pistola a su abrigo, y la ocultó en un bolsillo, con la torpeza de cualquier adulto avergonzado ante la presencia de un niño inesperado.

Al menos no quiere matarme a mí. Tampoco dijo nada ni intentó moverse. Estudió a Bright en una serie confusa de expresiones que buscaban desentrañar el mejor método de afrontar esa situación. Sus ojos estaban vacíos y parecían ausentes, como si atravesaran a Bright y enfocaran una pared.

Uno de sus compañeros y cooperadores le sacudió el hombro.

—Señor, ¿qué hacemos con…? —Terminó la pregunta señalando a Bright con la cabeza.

—Nada, nada, idiota. ¿Tienes el combinado? —El aludido enseñó un frasco diminuto de cristal, encerrando líquido negro—. Vámonos.

No. Me interpondré en tu camino. Y tendrás que matarme si quieres seguir. Tú no estás aquí para salvar a nadie. ¡Monstruo! ¡Monstruo! Bright liaba todas las palabras, convertidas en gemidos. Solo tuvo tiempo de

llorar, hasta que el suelo tembló.

No sentía que fuera algo uniforme, sino que venía en oleadas, alterando la masa sólida de la roca. Y su epicentro estaba en la grieta. El reguero de sangre de sus padres había avanzado por el enlosado, gracias a una ligera cuesta, hasta caer por el hueco.

El terremoto ganó intensidad y abrió brechas en la cámara. Trozos de lasca llovieron del techo. El hielo gruñía mientras lo despedazaban, puñal a puñal. Samuel y sus lacayos ascendieron por una cuerda al otro lado. Bright sabía que tenía que moverse. A cada segundo se acercaba la muerte. Y ella no lo temió. Todo su miedo había desaparecido con sus padres. Como lo echaba de menos.

Cayó de rodillas y apoyó la sien contra la pared, envolviendo su cuerpo con los brazos. Cerró bien la boca para aplacar los sollozos.

Un haz brillante la deslumbró. Trazaba curvas en los relieves de las paredes, resaltando cada escena, más blanca y nítida que el más potente de los neones. Cada onda de la vibración retrasaba su llegada, hasta que una aceleraba, entrechocaban y vuelta a empezar. Así compusieron un ritmo. La luz bailó, acompasada. Bullía sobre la piedra. La luz inundó el suelo con un maremoto y la separó de una vez de la crudeza de sus padres asesinados. Fue el último acto de gentileza antes de chillar. Ruido, estática, polifonía y elegía al mismo tiempo, apuñalando su tímpano con más ferocidad de la que gozara a través de un simple walkie-talkie.

No duele tanto, afirmó ella sin voz, convertida en estoicismo. Se tumbó echa un ovillo y cubrió sus orejas. El ruido incontrolable hervía en sus venas, marcando allí su ominosa cantinela, y contaba un cuento sobre ella, de tragedia y pérdida, sin palabras, solo tristeza.

Que esto sea una pesadilla. Que despierte y solo estén desaparecidos. Me quedaré y esperaré. No intentaré nada, seré una niña buena, por favor. No será culpa mía. No será culpa mía.

Una sombra apartó la luz y se agachó sobre ella. Es la luz del día. Papá ha vuelto. Y no trae ningún trozo de hielo con algo horrible conservado dentro. Después el ruido fue ya demasiado. Estranguló sus pensamientos y la hizo desmayarse.

Despertar resultó toda una sorpresa. Sentir poco más que rasguños y magulladuras todo un alivio. No tiene ningún sentido, por supuesto. Ninguno. He caído a cincuenta metros de altura entre trozos de roca afilado que bien superan mi tamaño. Es de locos. Como todo lo que pasa en este maldito mundo. Tenía por certeza que todo atisbo de normalidad

había quedado confinado en la Narsaq de su niñez.

Bright intentó liberarse de los escombros que la cubrían. El cielo aparecía esfuerzo a esfuerzo, tintado con susurros del amanecer entre un oleaje de nubes ligeras. Había dejado de nevar.

—Ahí despierta la bella durmiente —borbotó una voz a su costado.

Se giró y reconoció a Noah, su rostro amoratado, lleno de polvo y sangre seca. Le arreó un empujón repentino y se arrastró a toda prisa, hasta que se alejó por lo menos diez metros de él. Tropezó con una piedra y cayó de bruces contra la arena de la orilla. Estaba en el río, y junto a ella, el tupido bosque. Me servirá de escondite.

—Relájate, jovencita. —Bright le miró. Seguía en el mismo sitio—. No voy a perseguirte.

Paso a paso, Bright se aproximó. Los brazos pegados al torso, ahuecando las manos y llenándolas de aliento. El frío hacía mella una vez recobraba el control de sus sentidos.

Solo veía medio cuerpo de Noah. La camisa de algodón estaba reducida a jirones mugrientos. Creyó ver la etiqueta de marca italiana, enganchada entre dos rocas, viva al viento. Una pierna estaba sepultada, la otra… Costaba llamar pierna a ese amasijo de carne y huesos rotos, doblado cuatro veces gracias a nuevos y grotescos puntos de articulación. Una barra había destrozado su rodilla. Trozos de la rótula flotaban como guijarros sobre el agua, esperando ser recolectados por un niño curioso.

Debería sentir repugnancia, ¿no? Y un poco de lástima, a la postre. Será un tullido, si sobrevive. Seguramente le amputarán la pierna. Enseguida vio un fallo en su razonamiento, y decidió compartirlo con Noah.

—No vas a sobrevivir. —Subyacía una sonrisa solo visible en los mofletes, como de ilusión infantil.

—No adelantemos acontecimientos. —Noah abrió sus ojos inyectados en sangre. Seguían vivaces y relampagueaban—. Sin mi serías pasta de carne picada. Fui un buen colchón, para ti, ¿acaso no te gustó?

Bright no disimuló su mueca asqueada.

—Lo último que quiero pensar contigo es en colchones y camas, fanático de mierda. ¿Crees que fue Dios quien te puso aquí, a mi merced? ¿También Dios hizo esto?

Noah tragó saliva. Dio un respingo y tosió, hasta expulsar el guiñapo de

sangre que lo atragantaba. Enarboló una sonrisa llena de oquedades.

—No, creo que esto es obra de Satanás.

—¿Resulta balsámico atribuir todo lo malo a uno, y todo lo bueno a otro? Seguro que facilita las cosas echar la responsabilidad en ellos.

—Tú lo has dicho. ¿No es eso lo que necesita este mundo?

Bright resopló. Vio que Noah todavía conservaba en el cuello un collar con el símbolo de la Secta. La sobrevenían montones de imágenes, en los telediarios, en los periódicos, en las tendencias de las redes sociales, cada vez ganando más espacio, más fama. Y más seguidores. Ella había tragado a conciencia con textos llenos de basura, con testimonios de iluminados, y cosas peores. Buscando en un ordenador de segunda mano, hasta altas horas de la madrugada, mientras Zoe dormía. Buscando siempre el mismo rostro. En retrospectiva, es un poco triste. Menuda adolescencia de mierda. Pero me lo he buscado. Y es con lo que cargo.

Se agachó despacio, atenta a ese que pretendía ser su verdugo. Tanteó con las manos entre los escombros, y por fin encontró una cuchilla de piedra, rugosa y alargada. Si me colara en un museo y la sustituyera por una punta de lanza prehistórica, nadie se percataría.

—Tu bálsamo es una anestesia. Tu bálsamo es una excusa para ensañarte con todos. Deja de justificarte y asume que disfrutas lo que haces. —Bright empuñó la cuchilla y la agitó para comprobar su peso—. Déjame adivinar, ¿robos, asesinatos, violaciones?

Las venas se hincharon en las sienes de Noah.

—¿Quién eres tú? Que poco sabes de la verdad. Todo lo que he errado, lo he pagado. He cumplido Su labor y me he purificado. Pero, tú, niña, tu mente primitiva ya es una marioneta de lo impuro. Yo y otros diez como yo tendrían que violarte para que estuvieras pura.

Bright ni se inmutó. La verdadera cara de la Secta. Frunció los labios, y decidió. Ya sabía lo primero que iba a cortar.

—Pero no será necesario. Yo sé lo que quieres.

—¿El qué? —gruñó Bright.

—A la chica.

Bright se detuvo. Echó el aire por la nariz. Volvió a sentir viento frío.

—Déjame vivir, y yo te llevaré con ella. Sin represalias. Mata a ese negro trilero. Invalida a Aaron tanto como yo y entrégalo a nuestra Iglesia. Entonces, podrás irte con ella. Seréis libres, los dos. Samuel no os volverá a molestar, os lo garantizo.

Bright ya no apretaba tan fuerte el puñal. Colgaba lacio de sus dedos entumecidos.

—¿Puedes garantizarlo?

Noah descargó una mezcla de toses húmedas y risitas mezquinas. Superpuestas con la temperatura, le helaban la sangre.

—¿Ver a ese metomentodo presuntuoso y escrupuloso plegado a mi causa? Me levantaría sobre esta pierna con tal de ver la rabia en su semblante —Su tono bajó una octava, aguerrido y trascendente—. Es su chica y sus ridículos estudios a cambio de la gran presa de la Orden. Madre decidirá a mi favor. Como siempre.

Figuró esa escena. Una madre biológica ordenando con dulzura que niño tenía razón. No podría estar más alejado de la realidad (o no), pero eso a Bright no le importaba. Veía el rostro de Samuel, intemporal, igual de joven que hace ocho años, descompuesto y enfurecido. Despertaba un calor en ella como nada igual.

Como si Noah leyera las facciones de un enemigo tambaleante, se aprestó en asestar su última estocada.

—Puedes confiar en mí.

Bright le dio la espalda y sonrió. Era la sonrisa más firme que tenía en mucho tiempo.

Tal y como esperaba, Connor y Aaron se presentaron allí una media hora después. Bright estaba sentada en una roca, el filo descansando en la palma de sus manos.

El mercenario la apuntó con su pistola un buen rato, sin decir nada.

—No vas a disparar, Connor. Eres muy predecible.

—Mejor eso que actuar como una loca impulsiva. —Connor siseó alguna maldición antes de desviar el cañón—. Tienes suerte conmigo.

Pues sí, hoy sí. Ya iba siendo hora.

Aaron recostó su cuerpo contra el tronco más cercano. Pegaba uno de los brazos al cuerpo, pero su rostro rezumaba una resistencia al dolor

interminable.

—Tienes que descansar de una vez —soltó Bright.

Recibió una mirada indescifrable. Lo odio. De verdad que lo odio. Puedo leer a Connor como un libro abierto. Pero él… Nunca sé que pensar…

—¿Cómo has sobrevivido?

Bright se levantó y sostuvo el puñal de piedra. Mesuró el filo, con tanta intensidad en sus movimientos que podría crear brechas en el viento. Connor dio un paso atrás. Aaron ni se inmutó.

Por eso Bright se lo pasó, lanzándolo por el aire.

—Gracias a tu amiguito del alma de la Secta. Aquí presente. Creo que tenéis asuntos que resolver. —Tras lo cual, se apartó prudentemente.

Aaron caminó hacia Noah con pasos esforzados, golpeando el suelo con fuerza, formando ondas en el agua de la orilla.

—¿Lo ves, Aaron? —Noah gorjeó con una risa rota—. Lo estabas deseando. ¿Me contarías tus sueños de venganza a la luz de las estrellas mortecinas? ¿Las noches en las que gozabas con la visión de mi sangre derramada?

Aaron no dijo nada.

—Yo podría contarte los míos. Exactamente iguales. Aunque, a veces, se mezclaban con los recuerdos. Tus noches de sufrimiento eterno. Cortarte en pedacitos me ponía más cachondo que tres putas desnudas.

No te lo imagines, Bright. No te lo… Joder. Qué asco.

El sacerdote no aminoró el ritmo. Ya no podía verle la cara.

—¿Es ese un padre digno para la pobre criatura de Rachel? Es muy listo, sabes. Ha salido a ella, no a ti.

¿De qué está…?

—Mi muerte no cambiará nada. Hay otros, muchos más que pueden derribarte. Madre no cejaría en su empeño. Jamás.

Aaron abatió su sombra sobre ese cabrón.

—Pero, si me dejas vivir, podrás llegar hasta el niño. Conocerás a tu

progenie. Si crees que eso es lo que más le conviene…

Noah ya no se reía. Su torso se sacudía con cada respiración, como si lo golpeara un súbito escalofrío. Su nuez subía y bajaba, teñida de sangre.

—Y Madre lo querría. En el fondo sé que es así. Tiene esperanzas. Por Rachel. Añora a Rachel. Como tú.

—Murió. —Su voz bien podría haber salido de un micrófono defectuoso.

Noah frunció los ojos.

—Fue la voluntad de Dios lo que la mató. ¿No me digas que no lo sabías? ¿Qué esperabas? Era de prever. —Noah trató de incorporarse. Quizá de alejarse—. ¿No quieres que esto acabe? Está en tu mano. ¡Por una vez, que todo lo que toques no acabe en muerte!

Aaron se inclinó sobre él, ágil como una centella. Su mano, y el filo de piedra iban por delante. Le abrió la tráquea de lado a lado, hasta que chocó con la piedra de debajo. Noah suspiró de manera extraña, casi inaudible. Supongo que su último aliento se ha escapado por donde no debía.

—Estamos unidos por la sangre. Y esa es nuestra maldición —murmuró Aaron, con la reverencia de una oración lapidaria.

Lanzó el cuchillo a la corriente del río.

—No tenía mucha fe. Se le notaba. Estaba cagado. —Bright no sabría explicar porque dijo eso en voz alta. Lo dijo y ya está. Aaron no puntualizó nada al respecto.

Connor levantó los brazos.

—Muy bien. Otro cadáver a tus espaldas, sacerdote. ¿Ahora qué?

—Volvemos a la carretera, conseguimos un coche y vamos a Toronto.

Aaron siguió su camino al bosque, y Bright le siguió, hasta que Connor se interpuso en su camino.

—Eh, eh, espera un momento. ¿Por qué crees tú que deberías seguir con nosotros? No nos has causado más que problemas. La próxima vez que quieras suicidarte, preferiría que lo hicieras por tu cuenta y riesgo.

—Connor… —empezó Aaron, con tono cansado.

—Tiene razón —afirmó Bright. Sus hombros se desplomaron—. Supongo que os debo una disculpa.

—Las disculpas no arreglan las cosas. Es increíble…

—¡Tú, solo, escúchame, maldita sea! —gritó Bright—. No quiero tener más secretos. Perdí a mi familia, hace muchos años. A manos de alguien que trabajaba para la Secta. —Aaron levantó la cabeza—. Y ahora me han quitado a Zoe. A ella la debo bastante más que unas disculpas. Sin ella… Siempre me ha ido mejor cuando la he escuchado. Me va mejor cuando escucho a alguien.

»La verdad es que estoy asustada. Pienso que voy a volver a hacer algo mal, y que otros pagarán por mí. Es mi destino, como si caminara por un lago de hielo, y pise donde pise, el suelo ceda bajo mis pies y me hunda. La necesito. Pero también os necesito a vosotros. Solo sé huir cuando estoy sola. Quiero ayudar, pero en realidad estoy huyendo. Ahora lo sé.

¿Quién eres, Bright? ¿Quién soy yo? Mis padres tenían la respuesta. Con ellos, la verdad reventó en mil pedazos.

Bright sorbió por la nariz. Se percató entonces de la humedad de sus mejillas.

Qué vergüenza. Ahora sí que me van a dejar aquí tirada.

—¿Eso te convence? —preguntó Aaron a Connor.

Su suspiro tenía una sombra de risa consternada.

—No, claro que no. Nada de esto me convence, mierda.

Bajo la pistola y caminó distraídamente cerca de Aaron.

—Démonos prisa —dijo el sacerdote–. Acabo de asesinar a un alto miembro de la Secta. Mejor no quedarse en un único sitio demasiado tiempo.

Bright corrió hasta llegar a su altura.

Pretendía darle las gracias, pero otra cosa llamó la atención, y preguntó sin rodeos:

—¿Cómo puedes aguantar con esas heridas? Debe de ser tanto dolor…

Aaron no giró la cabeza, solo sus iris asomaron, las pupilas dilatadas, en

el borde de navaja del ojo.

—No lo creas. No deja de ser un peso que tira tras de ti. Si tienes algo con lo que compensar, algo que tire hacia delante, no importa…

—Ya, bueno… ¿Cómo la familia? ¿Tu familia?

Le sorprendió la contundencia en la respuesta de Aaron, un martillazo cargado de antipatía.

—Sí. La familia.

Luego rumió una risa sin humor, y Bright tuvo ganas de alejarse y perderle de vista, pero resistió.

—Lo que digas. Pero esas heridas son de verdad, y tienen mala pinta.

—Tengo montones de cicatrices parecidas. Déjalo ya.

—Que sacerdote más raro estás hecho. ¿Cómo te metes en tantos líos?

Aaron se detuvo un instante, hundiendo sus pies en la hierba nevada. Su voz sonaba a grietas invisibles en lo profundo de un océano helado, graves y aterradoras.

—Tal y como tú lo haces. Quieres compensar algo malo. Pero mi balanza es mucho más pesada que la tuya. Muchísimo más.

Bright sonrió, y al rato soltó con aire risueño.

—¿Sabes? Igual no nos llevamos tan mal.

Los sonidos se entremezclaban y la rodeaban. Funcionaban como una marea para los sentidos, arrastrando a Bright entre la frontera del sueño y la realidad. Las imágenes morían en segundos, captadas en su mente unos instantes, como pintura fresca expuesta a una lluvia inmisericorde.

Pero recordaba las aspas. Girando y girando. El ruido. La cabina. Una cabeza asomando a su campo de visión. Las facciones de una amiga.

—Despertara, cariño —dijo alguien a los mandos.

—Lo sé. Pero murmura… cosas horribles —dijo la voz de Zoe. Y Bright no recordaba decir nada. Es más, no podría ni asegurar que esa conversación

o esa escena se habían reproducido de esa manera.

Quizá los traumas o experiencias de años posteriores habían empañado la lente de su visión y el camino de sus audición, o quizá no.

—¿Están muertos?

—Sí, cariño. Lo siento. Ojala pudiera haberlos salvado. Ojala. Debieron hacerme caso. Debieron esconderse cuando les dije…

—No pasa nada, mamá. No pasa nada.

Zoe besó en la mejilla a su madre. Luego una breve oscuridad. Y vio a Zoe durmiendo, y a su madre controlando el aparato, cubierta por un abrigo amarillo lleno de jirones, mirando sin parpadear la infinita extensión azul.

Levantó el brazo, lentamente, con la mano extendida. Se bajó la manga, y una mancha relució sobre su muñeca, a la luz del sol. Debía ser un efecto óptico, porque tenía un color dorado, enfermizo, arrugado y cicatrizado, dilatado como un nido de ampollas.